
MISTERIO DEL CUADRO ROBADO
Enid Blyton

Éste es el doceavo libro de la serie «misterios», que nos narra, como en los volúmenes anteriores, las aventuras de los cinco amigos Fatty, Larry, Daisy, Pip, Bets y el perro «Buster».

Ern reaparece también, con gran desesperación de su tío, el policía señor Goon. Como de costumbre, éste considera un tremendo fastidio la intromisión de Fatty y sus amigos en el nuevo y extraordinario caso que intenta resolver.



Enid Blyton

Misterio del cuadro robado

Colección Misterio 12

ePub r1.0
gimli 09.02.14

Título original: *The Mystery of Tally-Ho Cottage*
Enid Blyton, 1954
Traducción: María Dolores Raich Ullan
Ilustraciones: Carlos Freixas
Diseño de portada: Noiquet

Editor digital: gimli
ePub base r1.0



Preámbulo

He aquí un nuevo libro de aventuras de los cinco jóvenes investigadores Fatty, Larry, Daisy, Pip, Bets y el perrito «Buster», ocupados en desentrañar un nuevo misterio. Ern reaparece también, con gran desesperación de su tío, el policía señor Goon. Como de costumbre, éste considera un tremendo fastidio la intromisión de Fatty y sus amigos en el nuevo y extraordinario caso que intenta resolver.

Este libro, el duodécimo de la serie «Misterio», constituye una novela completa. Los títulos anteriores han sido:

Misterio de la villa incendiada
Misterio del gato desaparecido
Misterio en la casa deshabitada
Misterio de los anónimos
Misterio del collar desaparecido
Misterio en la casa escondida
Misterio del gato comediante
Misterio del ladrón invisible
Misterio del príncipe desaparecido
Misterio del extraño hatillo
Misterio en la Villa de los Acebos

¡Espero que este duodécimo volumen os guste tanto como los anteriores!

Con mis mejores deseos,

ENID BLYTON

Capítulo primero

En la estación de Peterswood

Una tarde cuatro niños y un perro entraron en la pequeña estación de ferrocarril de Peterswood. El perrito retozaba alegremente, meneando la cola sin cesar.

—Será mejor que atemos a «Buster» a la correa —propuso Pip—. Hemos llegado con mucha anticipación y es posible que pasen dos o tres trenes. Ven acá, «Buster». Déjame que te ate.

El pequeño «scottie» obedeció, acelerando el ritmo de su rabo, al tiempo que lanzaba unos cortos ladridos.

—Sí, ya sé que estás deseando ver a Fatty —murmuró inclinándose a ponerle la correa—. Lo mismo nos pasa a todos. ¡Eh, estate quieto!

—Sujétalo bien —recomendó Larry—. ¡Ahí llega un tren! Éste pasará de largo.

«Buster» se mantuvo firme e impasible hasta que el tren, al pasar por la estación a toda velocidad, dio un estridente silbido. Entonces, el perrito, tirando de Pip, acurrucóse debajo de un banco de madera, de espaldas al tren, temblando y sobrecogido. ¡Qué horrible silbido!

—¡«Me» ha sobresaltado! —exclamó Bets—. ¡Ánimo, «Buster»! Fatty está al llegar. Nos ha encantado tenerte durante su ausencia y, además, te has portado estupendamente.

—¡Hasta mamá se ha encariñado contigo! —ensalzó Pip, acariciándolo—. ¡Pensar que al principio no veía con buenos ojos que te cuidásemos mientras Fatty estaba en Suiza!

—No comprendo «por qué» Fatty tuvo que marcharse quince días a Suiza en plenas vacaciones de Navidad —lamentóse Bets.

—Debía acompañar a sus padres —recordóle Daisy—. Supongo que lo habrá pasado muy bien con tanta nieve.

—Seguramente —sonrió Larry—. Y con semejante colchón, apuesto a que no le habrán importado las caídas. ¡Está tan gordinflón! ¿Qué hora es? ¡Cáscaras! ¡Qué temprano hemos venido! ¿Qué haremos entretanto?

—Aquí en el andén hace mucho frío —observó Daisy—. Vamos a la sala de espera. En marcha, «Buster».

Pero «Buster» siguió firme en su sitio.

—Vamos, estúpido —gruñó Pip, tirando de la correa—. Estaremos mejor en la sala de espera. El tren de Fatty tardará un rato aún.

No obstante, el perrito, sabedor de que Fatty llegaría en uno de aquellos trenes que pasaban por la estación y se apearía en aquel andén, negábase a seguir a los muchachos, ansioso de recibir a su amo allí.

—Amárralo al barco —suspiró Larry—. Si lo obligamos a ir a la sala de espera, se pondrá desconsolado. Eres un pollino, «Buster». Por nada del mundo se «me» ocurriría sentarme en las heladas losas de este andén.

Total que, dejando a «Buster» atado al banco, los cuatro muchachos dirigiéronse a la sala de espera, que, aunque provista sólo de una pequeña lumbre, hallábase al menos protegida del viento que soplaba en la estación.

—Afortunadamente —comentó Daisy, sentándose en un duro banco de madera—, esta vez Fatty no podrá engañarnos con uno de sus disfraces, porque, como llega con sus padres, tendrá que reportarse.

—Me alegro de que así sea —exclamó Bets—. Prefiero que se presente tal cual es, alegre, gordito y sonriente. Llevamos meses sin verlo. ¡Después de tres meses de colegio, se le ocurre marcharse a Suiza!

—Ya me figuro lo que dirá en cuanto nos vea —sonrió Pip—. Dirá: «Hola, chicos, ¿hay algún misterio en perspectiva?».

—Lo malo es que tendremos que responder negativamente —masculló Larry—. Peterswood lleva una temporada más tranquila que una balsa de aceite. ¡Con deciros que Goon no tiene

absolutamente nada que hacer!

En efecto, Goon, el policía del pueblo, había gozado de quince días de completa tranquilidad, sin siquiera un pequeño robo en el lugar, ni un perro inquietador de ovejas en muchas millas a la redonda. Gracias a ello, el hombre podía pasar casi todo el tiempo dormitando en su enorme sillón.

Mientras los chicos estaban en la sala de espera, llegó un taxi a la estación, seguido de otro coche de alquiler. Desde la ventanilla del primero, un hombre hizo una seña al único maletero de Peterswood.

—¡Eh, mozo! —le gritó—. ¡Venga a por estas maletas! ¡Dese prisa! ¡Tenemos el tiempo justo!

La voz era recia y clara. El maletero acudió en seguida a hacerse cargo de dos pequeñas maletas. Un hombre se apeó del taxi y ayudó a bajar a una mujer. Ambos eran de edad madura y aspecto jovial, e iban muy bien vestidos. La mujer llevaba una diminuta perra de lana muy blanca.

—¡Mi querida «Poppet»! —exclamó la recién llegada, introduciendo a la perrita en el interior de su abrigo de piel, de modo que sólo le asomara el raro y afilado hociquito—. ¡No te enfríes con este viento tan helado!

Los cuatro muchachos, contemplando la escena desde la ventana de la sala de espera, simpatizaron al punto con el animalito.

A poco, del segundo taxi apeáronse cuatro o cinco personas, todas muy bulliciosas, que, al parecer, acudían a despedir a las dos primeras.

—Apresúrate, Bill —instó la mujer de la perrita—. Apenas te queda tiempo para tomar los billetes.

—¡Quiá! —repuso Bill, entrando en la estación a grandes zancadas—. Hay tiempo de sobra. ¡Cáspita! ¿Qué es aquello que viene allá lejos? ¿Un tren? ¡Cielos! ¡Tendremos que darnos prisa!

—No, no es nuestro tren —tranquilizóle la mujer precipitándose al andén con la perrita—. Va por la otra vía. ¡Oh, «Poppet»! ¡Qué susto he tenido!

Los recién llegados armaron tanto jaleo, que los cuatro chicos salieron de la sala de espera para observarlos. Todos parecían muy alegres.

—¡Procurad pasarlo bien! —profirió un pelirrojo, dando palmadas en la espalda del hombre llamado Bill, hasta ocasionarle un acceso de tos.

—¡Mandadnos un telegrama en cuanto lleguéis! —instó una mujer—. ¡Echaremos de menos vuestras fiestas!

La mujer de la perrita sentóse en el banco donde «Buster» estaba amarrado, y depositó a la pequeña perra de lanas en el suelo del andén. «Buster» empezó al punto a olfatear el tupido pelaje de la chiquitina, y ésta ladró, asustada. Entonces, «Buster» abalanzóse a la parte anterior del banco, arrollando su correa en torno a las piernas de la mujer. Con un chillido, ésta tomó a «Poppet» en brazos, temiendo que «Buster» mordiera a la perrita.

Para colmo de los males, en aquel preciso momento llegó otro tren a la estación con tal estrépito que «Poppet» estuvo a punto de enloquecer de pánico, tanto que, saltando de los brazos de su dueña, echó a correr a galope tendido. «Buster» intentó seguirla, olvidando su correa, y poco faltó para que se estrangulara con ella, al tiempo que tropezaba con las piernas de la mujer y ésta se venía abajo, chillando:

—¡Detengan a mi perrita! ¡Oh! ¿Pero qué hace este perro? ¡Apártate, bruto!



Sobrevino una horrible conmoción. Los cuatro niños intentaron atrapar a «Poppet», y luego Pip fue a rescatar al pobre «Buster», molido a patadas por la asustada mujer.

—¿De quién es este perro? —chillaba ésta, encolerizada—. ¿A quién se le ocurre amarrarlo debajo de un banco? ¡Qué venga un guardia! ¿Dónde está mi perrita?

—Vamos, Gloria, tranquilízate —farfulló el hombre llamado Bill.

Nadie prestó atención al tren que acababa de llegar a la estación, ni siquiera los cuatro muchachos. ¡Estaban tan preocupados por «Buster» y por la pobrecilla «Poppet»!

En su confusión, no vieron apearse del tren a Fatty con sus padres, un Fatty rollizo y tostado por el sol que parecía la viva imagen de la salud. Éste no tardó en localizar a sus amigos, sorprendido de que éstos no acudieran siquiera a recibirle.

—Tomad un taxi, mamá —sugirió el muchacho—. Yo volveré a casa con mis amigos. Están allí.

Fatty acercóse al lugar donde Pip estaba tratando de pedir excusas a la enojada dama y su marido. A la sazón, sujetaba a «Buster» por el collar, en tanto el perro pugnaba por desasirse. De pronto, el «scottie» escabullóse de la firme mano de Pip, ladrando desaforadamente.

—¡Vaya! —exclamó una voz familiar—. ¡Ya es hora de que alguien me reconozca! ¡Hola, «Buster»!

Los cuatro chicos volviéronse al punto.

—¡Fatty! —exclamó Bets, abalanzándose a su amigo con tal ímpetu que por poco le derriba—. ¿Ya estás aquí?

—¡Eso parece! —profirió el muchacho.

Sucediéronse una serie de palmadas en la espalda y cordiales puñadas. «Buster» estaba tan excitado que casi atronaba la estación con sus ladridos. Al propio tiempo, arañaba con tal fuerza las piernas de su amo, que éste tuvo que tomarlo en brazos.

—¿De quién es este perro? —inquirió el hombre llamado Bill—. ¡En mi vida había visto ninguno tan mal criado! ¡Ha hecho caer a mi esposa y le ha puesto el abrigo perdido! ¡Ah! Allí veo a un agente. ¡Venga acá, buen hombre! Quiero denunciar a este perro. ¡Como nadie lo tenía a raya, ha atacado a nuestra perrita de lanas y derribado por tierra a mi esposa!

Los chicos comprobaron, horrorizados, que el agente en cuestión era el propio señor Goon. Éste había ido a comprar un periódico a la estación y, al oír el bullicio, encaminóse al andén a ver qué sucedía. Llevaba aún prendidas en los pantalones las pinzas de andar en bicicleta, y sus saltones ojos centelleaban de placer.

—¿Dice usted, señor, que este perro les ha atacado

salvajemente? Permítame tomar nota. ¡En realidad, este bicho lleva mucho tiempo cometiendo toda clase de fechorías!

Entonces, Goon, sacándose la libreta del bolsillo, humedeció la punta del lápiz con la lengua, satisfecho de recibir al fin una verdadera queja contra aquel detestable perro.

El tren arrancó de la estación entre la indiferencia general, pues todo el mundo estaba pendiente del pequeño grupo de niños, rodeados de mayores. En cuanto vio al señor Goon, «Buster» saltó de los brazos de Fatty para retozar alegremente en torno a los tobillos del policía, en tanto éste intentaba golpearlo con su libreta, gritando:

—¡Fuera de aquí este perro! ¡Eh, tú, chico! ¡Llámalo enseguida! ¡Voy a denunciarlo inmediatamente! ¡Vaya a…!

De improviso, la mujer lanzó una exclamación de júbilo.

—¡Oh, ahí está «Poppet»… con Larkin! ¡Pensé que no iba usted a llegar a tiempo de llevarse a «Poppet» a casa, Larkin!

Larkin era un extraño sujeto que andaba encorvado, arrastrando una pierna. Bajo su viejo y voluminoso abrigo, aparecía grueso y deforme, con la parte inferior del rostro cubierto por una bufanda y los ojos casi invisibles tras la visera de una vieja gorra. El desconocido llevaba a «Poppet» en brazos.

—¿Quién es este hombre? —inquirió Goon, mirando sorprendido al sospechoso individuo que acababa de presentarse con «Poppet».

—Es Larkin, el guarda que vive en la casilla del jardín de «Tally-Ho»[1], la casa que tenemos alquilada —explicó la mujer—. Le rogué que viniera a la estación a tiempo de recoger a «Poppet» y llevársela consigo. Va a cuidar de ella durante mi ausencia… pero «no» he querido separarme de mi querida «Poppet» hasta el último momento, ¿verdad, cariñito?

Y tomando en brazos a la perrita, procedió a mimarla y acariciarla.

—La cuidará usted bien, ¿verdad? —preguntó, dirigiéndose de nuevo a Larkin—. Recuerde mis instrucciones. Pronto volveré a reunirme con ella. Ahora, llévesela antes de que venga nuestro tren y la asuste.

Larkin alejóse renqueando, sin decir una palabra. La mujer

habíale entregado a «Poppet» como si fuese una muñeca, y al presente la perrita hallábase acomodada en el interior del grueso abrigo de su guardián.

Goon se impacientaba por momentos, con la libreta en la mano. Los chicos ansiaban echar a correr, pero se abstenían de hacerlo conscientes de que el policía no los perdía de vista.

—Veamos, señora —insistió Goon—. Respecto a la cuestión de este perro entrometido. ¿Tiene la bondad de darme su nombre y dirección, y…?

—¡Oh! —profirió la mujer—. ¡Aquí está nuestro tren!

E inmediatamente todo el mundo apartó a codazos al pobre Goon con el afán de besar, estrechar la mano y gritar frases de despedida a los viajeros. El hombre y la mujer subieron al vagón y, a poco, el tren arrancó, en tanto todos los presentes agitaban frenéticamente las manos.

—¡Uh! —resopló Goon, cerrando la libreta, contrariado.

Y al punto buscó con la mirada a «Buster» y a los demás. ¡Demasiado tarde, porque tanto el perro como los chicos habían desaparecido!

Capítulo II

¡Qué divertido estar juntos otra vez!

Los cinco muchachos y «Buster» hallábanse ya a media calle, corriendo a todo correr.

—¡Menos mal que el tren llegó en el momento oportuno! —jadeó Pip.

—¡Qué horrible es ese Goon! —gruñó Bets—. ¡Mira que «presentarse» de improviso! «Buster» no tuvo la culpa. En realidad, no hacía nada malo.

—Escondámonos en alguna parte hasta que pase Goon —aconsejó Daisy—. Va en bicicleta y es capaz de salir con alguna andanada si nos ve.

—Tienes razón, «escondámonos» —accedió Bets, siempre algo temerosa de enfrentarse con el orondo policía.

—De acuerdo, ahí hay una garita vacía —convino Fatty, reparando en una casilla de guarda emplazada en las inmediaciones del lugar donde se procedía a recomponer la calzada—. Meteos dentro. Creo que cabremos todos. La parte posterior da a la calle. ¡Goon pasará rozándola!

Tuvieron el tiempo justo de apiñarse en el interior de la garita, pues, al punto, apareció Goon por el recodo montado en su bicicleta y descendió calle abajo a toda velocidad en busca de los cinco investigadores y, sobre todo, de aquel detestable perro que les acompañaba.

Los chicos le vieron pasar, pedaleando rápidamente, con expresión ceñuda.

—Ahí va —cuchicheó Fatty, sonriendo—. En fin, opino que es preferible que nos apartemos de su camino uno o dos días, porque

me figuro que nos importunará con la excusa de «Buster». ¿«Qué» sucedió? Contádmelo. Me llevé una sorpresa al veros a todos en el andén de espaldas a mí, como si os importara un bledo mi llegada.

—¡Oh, Fatty! —exclamó Bets—. ¡Ocurrió todo tan de prisa!

Y mientras le acompañaban a su casa, la pequeña contóle la decisión de sus amigos de amarrar a «Buster» al banco, la llegada del hombre y la mujer con sus amigos, y el incidente de «Poppet» y «Buster».

—¡Se armó una baraúnda de espanto! —intervino Pip—. Lo siento en el alma, Fatty. Todo sucedió en el preciso momento que llegaba tu tren.

—No os preocupéis —disculpó Fatty—. Os aseguro que estaba bromeando. ¿Se ha portado «Buster» bien con vosotros durante «mi» ausencia?

—¡Como un ángel! —elogió Bets—. Ahora lo «echaré» de menos. Mamá no le permitía dormir en mi habitación ni en la de Pip, como hace contigo, Fatty; pero él es «tan» obediente, que sólo vino a arañar mi puerta una noche.

—Eres un perro muy bien educado, ¿verdad «Buster»? —murmuró Fatty, induciendo al pequeño «scottie» a brincar regocijado alrededor de sus tobillos—. ¡Dichoso Goon! ¡También fue mala sombra que se presentara en aquel preciso momento! Apuesto a que nos fastidiará pidiéndonos detalles de la «salvaje conducta de un perro sin el debido control». Presumo que eso fue lo que escribió en su libreta. Tendremos que pensar lo que vamos a decirle.

—Ya hemos llegado —anunció Pip, deteniéndose ante el portillo del jardín de Fatty—. ¿Cuándo volveremos a verte, Fatty? Porque supongo que ahora tienes que deshacer las maletas, ¿no?

—Sí —asintió Fatty—. Venid mañana a mi cobertizo del fondo del jardín. Y si veis a Goon, decidle simplemente que como «yo» soy el dueño de «Buster», lo mejor será que se entienda conmigo. ¡Hasta la vista! ¡Mañana hablaremos!

Y franqueando el portillo, el muchacho desapareció en dirección a la puerta lateral de su casa.

—¡Qué lástima que no podamos merendar juntos! —suspiró Bets —. ¡Estoy deseando charlar con Fatty! ¿Os habéis fijado en lo «moreno» que está?

Con gran alivio por parte de Bets, el señor Goon no se presentó en su casa aquel día. A la mañana siguiente, cuando la chiquilla y su hermano Pip se encaminaron al cobertizo de Fatty, mantuviéronse al acecho del grueso policía, sin que afortunadamente éste apareciera ni a pie ni en bicicleta.

Larry y Daisy hallábanse ya en el cobertizo con Fatty. El cuarto estaba caliente y confortable, gracias a la estufa de petróleo que lo caldeaba. Fatty era el mismo de siempre, y, por ende, procedía a repartir chocolatines y a abrir botellas de gaseosas y de cerveza de jengibre para obsequiar a sus amigos.

—Pasad —dijo sonriente al ver a Pip y Bets—. ¿Habéis visto al viejo Goon?

—No —repuso Bets—. ¿Y vosotros?

Nadie le había visto el pelo. «Buster» fue a echarse al lado de Bets.

—Por lo visto, ahora se figura que tú eres su dueña también —comentó Fatty, con una sonrisa.

El muchacho sentía un profundo afecto por la pequeña, y ésta profesábale, a su vez, una gran admiración.

—¡Qué moreno «estás», Fatty! —comentó Bets, contemplando el atezado rostro de su amigo—. Si quisieras disfrazarte de indio o de algún otro tipo extranjero podrías pasar fácilmente por tal.

—¡Buena idea! —exclamó Fatty—. ¡Podría intentarlo con el viejo Goon! Estoy deseando volver a mis tareas de detective y probarme unos cuantos disfraces. En el colegio tengo pocas ocasiones de hacerlo. En todo este último trimestre, sólo me disfracé una vez.

—¿De qué? —inquirió Daisy, cloqueando—. Vamos, dínoslo. Me consta que estás ardiendo en deseos de contarlo.

—No tuvo gran importancia —masculló Fatty, petulantemente —. Nuestro profesor de francés se puso enfermo y el director tuvo que mandar a por otro… y éste… éste llegó con antelación e hizo un poco el bobo.

—¿Fuiste «capaz» de hacerte pasar por él? —farfulló Pip—. ¡Pero qué atrevido eres, Fatty! ¿Qué hiciste?

—Pues verás, me vestí apropiadamente, me puse un mostacho, mi dentadura postiza y una peluca de negro cabello rizado, y

adopté una sonrisa visible a una milla de distancia dado el tamaño de mis dientes…

Todos se echaron a reír. ¡Recordaban la espantosa dentadura postiza de Fatty!

—¿Preguntaste por el director? —interrogó Bets.

—¡Dios me libre, chica! —exclamó Fatty—. ¡No soy tan torpe como eso! Sabedor de que aquella tarde encontraría a tres o cuatro profesores presenciando el partido de fútbol, fui a su encuentro y les hablé de la escuela con mucha «seriedad». «Eztoy segurro de que los querridos muchachos aguardan mi llegada, ¿no? También el, ¿cómo le llaman uztedes?, el director. Ezo es un partido de fútbol, ¿verrdad? ¡Pum, pum! ¡Caramba! ¡Qué patada le ha dado ese chico al balón!».

Fatty imitaba tan bien el acento francés, que sus amigos prorrumpieron en carcajadas.

—Tuve la impresión de que no les caí muy simpático —prosiguió Fatty—, porque todos murmuraron alguna excusa acerca de sus próximas clases y se alejaron uno tras otro. Supongo que mis dientes les ahuyentaron. ¡Menuda sorpresa se llevaron cuando apareció el «verdadero» profesor de francés!

—¿Cómo era éste? —preguntó Larry—. ¿Se parecía a tu disfraz?

—Ni por asomo —repuso Fatty—. Era bajito y algo calvo, con una barba y unos dientes insignificantes. El hecho produjo una conmoción. Corrió la voz de que el primer hombre debía de haber sido algún ladrón deseoso de introducirse en el colegio para robar la caja fuerte del director. Y el pobre recién llegado no «comprendía» por qué todo el mundo se asombraba tanto de verle.

—No sé cómo te atreves a hacer esas cosas —profirió Pip—. Yo no me atrevería «por nada del mundo», y, si algún día me decidiera, estoy seguro de que me descubrirían inmediatamente. No sé cómo te las arreglas para que no te reconozcan, Fatty. Sin duda, tienes una habilidad especial. Además, ¡llevas las cosas tan bien!

—Verás —murmuró Fatty, complacido—. Si de veras quiero ser detective algún día, tengo que hacer un poco de práctica. ¿Queréis otro vaso de cerveza? Y ahora, vamos a ver, ¿habéis descubierto algún misterio? ¡Eso sí que sería una buena noticia!

—Pues no hay ni rastro de ninguno —replicó Larry, apurando su

cerveza—. Goon debe de haberse aburrido soberanamente estas Navidades. Que yo sepa, no ha habido novedad.

—¡Qué lástima! —lamentóse Fatty—. Después de dos semanas de no hacer nada salvo caerme en la nieve, tenía la esperanza de ejercitar mi materia gris en cuanto volviera a casa.

—Cuéntanos cosas de Suiza —instó Bets—. ¿De veras te caíste tanto?

Al parecer, lejos de caerse ni una sola vez, Fatty había practicado con éxito todos los deportes de invierno e incluso ganado algunos premios. El chico intentó hablar de éstos modestamente, pero, como de costumbre, tratándose de él, no lo consiguió.

—Siempre serás el mismo —suspiró Larry, después de escuchar durante veinte minutos las hazañas de Fatty—. ¡Qué prodigio de chico! ¡No se le resisten ni los esquíes!

—¡No se cayó ni una sola vez! —sonrió Pip—. Mi primo Ronald confesó que, cuando «fue» a esquiar, solía estar más veces patas arriba que en la posición normal. ¡En cambio, a Fatty le ocurrió todo lo contrario!

—No le encocoréis —reconvino Daisy—. Vais a conseguir que se enfade y no cuente nada más. Y apuesto a que tiene muchas más aventuras que contar, ¿verdad, Fatty?

—¡«Yo» quiero oírlas aunque vosotros no queráis! —declaró Bets, que nunca daba importancia a los alardes de Fatty.

—¡En fin! —exclamó Fatty, suspirando profundamente—. ¡No quiero aburriros! Ahora contadme «vuestras» cosas. ¿Cuántas felicitaciones navideñas recibisteis? ¿Estaba el pavo en su punto? ¿Hacía bonito la muñeca vestida de hada en lo alto de vuestro árbol de Navidad?

—Cierra el pico, Fatty —gruñó Pip, dándole una puñada.

Ésta fue la señal de un tremendo jolgorio general, al que «Buster» sumóse también, alborozado. Todos chillaban de tal modo, que ninguno oyó llamara la puerta del cobertizo, ni siquiera «Buster», ensordecido por sus propios ladridos.

Por fin abrióse la puerta dando paso a la madre de Fatty, la señora Trotteville.

—¡Federico! —exclamó la dama, asombrada—. ¡Federico! ¿Qué escándalo es éste? ¡Volcaréis la estufa de petróleo! ¡Federico!

«Buster» fue el primero en oírla e inmediatamente cesó de ladrar, mirándola de hito en hito, hasta decidirse a dar un gruñido como diciendo: «¡Cuidado! ¡Basta de tonterías!».

De pronto, Pip, advirtiendo la presencia de la señora Trotteville, emergió del montón de cuerpos agolpados en el suelo. Fatty estaba debajo, rendido y magullado.

—¡Cuidado, Fatty! —cuchicheóle Pip al oído—. ¡Peligro!

Fatty se incorporó con un gran esfuerzo y, dando una mirada circular, vio la puerta abierta y a su madre de pie ante ella, mirándoles con estupefacción.

—¡Ah, mamá! —exclamó el chico, atusándose el pelo, sonriente—. ¿Cómo es posible que no te haya oído llegar? Entra, por favor. Toma un chocolatín. ¿O prefieres un vaso de gaseosa? Creo que aún queda un poco.

—No seas bobo, Federico —replicó su madre—. ¿Qué modo de comportarse es ése? ¿Os habéis vuelto locos? ¡Si seguís así, volcaréis la estufa de petróleo y arderá todo el lugar!

—Ya tengo un cubo de agua preparado en aquel rincón, mamá —tranquilizóla Fatty—. Por favor, no te preocupes. Lo único que sucede es que… bien… es que estamos tan «contentos» de estar juntos de nuevo que… que…

—No puedo esperar a que inventes alguna estúpida explicación —atajóle la señora Trotteville, impacientemente—. Sólo he venido a decirte que ese tal señor Goon, acaba de llamar por teléfono diciendo que desea hablar contigo. Supongo, Federico, que no le has importunado «ya». Total, llegaste ayer.

Los cinco investigadores se miraron, consternados. ¡El señor Goon al teléfono! ¡Sopla! ¡Aquello significaba que el policía no pensaba pasar por alto lo de «Buster»!

—De acuerdo, iré a hablar con él —decidió Fatty, levantándose, al tiempo que se sacudía el polvo de varias partes de su indumentaria—. ¡Dichoso Goon! No te inquietes, mamá. No me mires así. «No he hecho nada malo», te lo aseguro.

Y una vez sentado esto, echó a andar por el sendero del jardín en dirección a la casa, seguido de la señora Trotteville y del excitado «Buster».

Los otros miráronse en silencio. ¿Con qué embajada saldría

aquel perverso Goon?

Capítulo III

«Poppet», la perrita de lanas

El señor Goon se impacientaba. ¿Por qué no se ponía al aparato aquel diablo de chico?

—¡Oye! —rugió—. ¡«Oye»! ¿Estás ahí? ¡«Oye»!

Excuso decir que cuando Fatty tomó el receptor quedóse casi sordo por los alaridos del policía.

—¡«Dígame»! —gritó a su vez—. ¡«Dígame»! ¡«Buenos días»! ¡«Dígame»! ¡«Diga»!

Esta vez fue Goon el asordado.

—¡Vaya! —profirió—. Por fin has venido, ¿eh? ¿Por qué me gritas así?

—Por nada —repuso Fatty, con cortesía—. Pensé que había organizado usted una competición de voces.

Goon empezaba a sulfurarse. Aquel chico tenía la especialidad de sacarle de sus casillas.

—Vamos, déjate de guasas —farfulló en el aparato—. Y haz el favor de no…

—No le oigo muy bien —interrumpióle Fatty, en tono ansioso—. ¿No podría usted hablar un poco más cerca del micrófono, señor Goon?

—¡«No»! —bramó el encolerizado policía—. Y atiende a lo que voy a decirte…

—¿Ahora? —balbuceó Fatty, en tono inquisitivo—. ¿Por teléfono?

El pobre señor Goon estuvo a punto de colgar el receptor.

—Quiero que vengas aquí a mi casa mañana a las diez en punto de la mañana —vociferó—. Se trata de esa queja formulada contra

tu perro. Ese animal no está bajo el debido control, y tú lo sabes perfectamente.

—No tuvo usted tiempo de obtener una denuncia en regla —replicó Fatty.

—Pero dispongo de datos suficientes para llevarla adelante —espetó Goon.

—No es verdad —repuso Fatty, exasperado.

—¿Qué estás diciendo? —rugió el policía.

—Nada de particular —masculló Fatty—. De acuerdo. Mañana iré a su casa… con mis testigos… incluido el propio «Buster».

—¡No, no traigas a ese detestable perro! —exclamó el señor Goon.

Pero era demasiado tarde. Fatty acababa de colgar bruscamente el receptor. ¡Demonio de Goon!

Sin pérdida de tiempo, el muchacho fue a dar cuenta de su conversación telefónica a sus amigos reunidos en el cobertizo, y todos escucharon su relato con expresión muy sombría.

—Iremos todos contigo —decidió Bets, lealmente—. Y, desde luego, nos llevaremos a «Buster». Al fin y al cabo, es el acusado, ¿no es así como lo llamas?, y debe defenderse.

—¡Se defenderá! —profirió Pip—. ¡Qué fastidio de Goon! Nos quedan muy «pocos» días de vacaciones y no interesa que ese tipo nos los estropee.

—Vayamos a dar un paseo —propuso Fatty—. Ha salido el sol y quiero quitarme el mal sabor de boca que me ha dejado Goon.

Todos acogieron la salida con risas.

—¡Qué bobadas dices! —exclamó Daisy—. En marcha, vamos al río. Hay algunos pollos de cisne y sus padres los llevan a la orilla para que la gente les eche comida. Les daremos un poco de pan.

Y tras ponerse sus respectivos abrigos y sombreros, los muchachos encamináronse a la puerta de la cocina en busca del pan. La cocinera se lo puso en una cesta y, ya en posesión de ésta, los cinco amigos partieron en dirección al río.

Después de dar de comer a los cisnes, los chicos corretearon por la orilla, gozando del pálido sol de enero. Los cisnes acompañáronlos un trecho, surcando las aguas, seguidos de los pequeñuelos. Por último, los niños llegaron a un pequeño portillo

con salida al sendero que discurría junto al río.

Bets miró al otro lado, distraídamente, pero, de pronto, tirando de la manga a Fatty, murmuró:

—¡Mira! ¿Verdad que ese perro es exactamente igual que la linda perrita de aguas que vimos ayer en la estación?

Todos miraron al otro lado del portillo.

—No, no creo que sea ella —gruñó Pip—. «Siempre» te precipitas, Bets —agregó en su habitual tono de hermano mayor—. Ahora que lo veo más de cerca, advierto que no se parece «ni pizca» a la perrita de ayer. Es más grande.

Entablóse una discusión.

—No, no es más grande —intervino Daisy—. Viene a ser del mismo tamaño que aquélla.

—Vosotras, las chicas, no tenéis idea de las proporciones —saltó Larry, arrogante.

—Sea como fuere, voy a demostraros que estamos en lo cierto —exclamó Bets, de pronto.

Y a grandes voces, llamó:

—¡«Poppet», «Poppet»! ¿Eres tú, «Poppet»? ¡Ven acá, «Poppet»!

E inmediatamente la perrita precipitóse al portillo, meneando su tieso rabito como un péndulo.

—¿Lo veis? —exclamó Bets, triunfalmente—. ¿Qué os decía yo? ¡Eres un sol, «Poppet»! ¿Verdad que es linda, Fatty? ¡Trota como si tomara clase de «ballet»!

—En efecto —sonrió Fatty, comprendiendo exactamente lo que Bets quería decir—. De un momento a otro, «Poppet» se pondrá de puntillas y empezará a hacer piruetas.

«Poppet» asomó su afilado hociquito por el portillo para olfatear a «Buster», y éste, oliéndola a su vez, lamióle la punta del hocico.

—¡Le ha caído simpática! —coligió Bets, riéndose—. A lo mejor, la pobrecilla echa de menos a su dueña. No me gustó mucho el aspecto de aquel hombre que se la llevó de la estación. ¿Y a vosotros?

—Lo cierto es que tampoco me hizo gracia lo poco que «vi» de él —convino Fatty—. ¿Dónde debe de vivir? ¿En esa casita?

A un lado del jardín, veíase una casa pequeña y mal cuidada. Mucho más allá, elevábase un caserón, probablemente el que los

dueños de «Poppet» habían abandonado el día anterior. Al parecer, estaba vacío porque no salía humo de la chimenea. En cambio, una densa columna de humo emergía de la casita, y, al punto, los cinco amigos imagináronse al extraño desconocido acurrucado junto a un crepitante fuego.

«Poppet» mostró deseos de jugar con «Buster», a juzgar por sus retozonas idas y venidas al portillo, al tiempo que volvía la cabeza como diciendo:

—¡Ven! ¡Me gustaría jugar contigo!

«Buster» arañó el portillo, gañendo.

—No, «Buster», no puede ser —increpóle Fatty—. ¡No te metas en más líos! ¡Ya estás bastante comprometido con el señor Goon! Mejor será que nos marchemos.

En el momento en que daban media vuelta para alejarse, una voz procedente de la casita gritó:

—¡«Poppet»! ¡Eh, «Poppet»! ¿Dónde te has metido? ¡Ven acá en seguida!

«Poppet» fue a esconderse al punto en un arbusto, y allí se quedó, inmóvil y silenciosa. Los chicos contemplaron la escena, regocijados.

—¿A dónde habrá ido esa perra? —barbotó la voz.

Acto seguido, resonaron por el sendero unos pasos desiguales y vacilantes. A poco, apareció el hombre que los muchachos habían visto el día anterior en la estación, vestido con la misma indumentaria, salvo que, al presente, no llevaba la bufanda.

Los niños observaron que el desconocido tenía una barba sucia y desgreñada, un gran mostacho y unas cejas muy pobladas. Bajo su gorra, asomaban unos mechones de cabello cano. A pesar de sus gruesos lentes, parecía muy corto de vista, a juzgar por lo mucho que escudriñaba los rincones en busca de la escondida perra.

—Apuesto a que podrías disfrazarte «exactamente» igual que ese horrible individuo —cuchicheó Bets al oído de Fatty.

—¡Eso mismo estaba pensando «yo»! —exclamó Fatty, volviéndose a mirarla, alborozado—. ¡Sería muy fácil de imitar, incluyendo la cojera! ¡Fíjate en «Poppet»! Por lo visto, no piensa dejarse ver, porque está más quieta que un ratón.

—¡«Poppet», «Poppet»! —gritaba el hombre, irritado—.

¿«Dónde» se habrá metido esa condenada perra? ¡Verás cuando te coja! ¡Te daré una lección! ¿Quién te ha dado permiso para escaparte así? ¡Te moleré a palos!

Bets y Daisy se horrorizaron. ¿Sería capaz aquel hombre de apalear a un animalito tan pequeño como «Poppet»? ¡Seguramente no hablaba en serio!

Otra voz resonó en el claro aire invernal.

—¡Bob Larkin! ¿No te dije que me ayudaras a pelar patatas? ¡Vuelve en seguida a mondarlas!

—¡Ya voy! —contestó el hombre, enfurruñado—. ¡Estoy buscando a esa maldita perra! ¡Se ha escapado!

—¡Cielos! —exclamó la segunda voz—. ¡Supongo que el portillo está cerrado! ¡En qué lío nos meteríamos si le pasara algo a esa preciosa perra!

En aquel preciso instante, apareció una mujer a la vista, muy delgada, con una falda de orillo sucio y desigual y una manteleta de un tono rojo desvaído sobre los hombros. Tenía un pelo tan raro, que los chicos quedáronse boquiabiertos al verlo. Saltaba a la vista que era una peluca de color de rata, en exceso rizada y desgreñada.

—Es una peluca —susurró Daisy a Bets—. ¡Pobre mujer! ¡Debe de ser calva!

El aspecto de la desconocida era, en verdad, muy poco atractivo, pues, además de la peluca, llevaba gafas oscuras. De cuando en cuando, tosía, protegiéndose la barbilla y la garganta con una gruesa bufanda verde. Después se sorbía los mocos ruidosamente.

—¡Bob Larkin! ¡Vuelve a casa en seguida! ¡No pienso empeorar mi resfriado saliendo a llamarte! ¡Vamos, vuelve!

De pronto, el hombre vio a la perrita escondida en los arbustos y, abalanzándose sobre ella, la apresó. «Poppet» gruñó, asustada.

—¡Yo te enseñaré a no repetir la hazaña! —le amenazó el hombre, zarandeándola, enojado—. ¡Verás qué paliza te daré!

—¡Eh, repórtese! —gritó Fatty—. ¡Tenga en cuenta que es un animal muy pequeño!

El hombre giró sobre sus talones y escrutó a los muchachos con sus ojuelos cortos de vista. No había advertido su presencia. De improviso, «Buster» lanzó un gruñido.



Tras mirar atentamente al pequeño «scottie», el hombre posó de nuevo la vista en los chicos.

—¡Ah! —exclamó—. ¿Conque sois los chavales que ayer estabais en la estación con ese perro alborotador? El señor Goon ha venido a verme para tratar de la cuestión. Ese perro vuestro va a pasarlo muy mal, ¿oís? Ahora, apartaos de este portillo y marchaos de aquí.

¡Absteneos de darme instrucciones! ¡Estoy al frente de esta finca y, si os metéis conmigo, me quejaré a la policía!

La amenaza resultaba muy poco halagüeña. Francamente asustada, Bets sujetó a «Buster» por el collar. El «scottie» seguía con el hocico pegado a los barrotes del portillo, y al ver que Bob Larkin toma rudamente a «Poppet» por el collar y la llevaba a rastras por el jardín, renovó sus gruñidos.

—Sí, «Buster» —murmuró Fatty, mirando al hombre con ceño—. Ya sé que te gustaría correr en auxilio de «Poppet». Lo mismo nos sucede a nosotros. Pero ya estás bastante comprometido por ahora. Siento que ese individuo nos reconociera.

—Me figuro que él y Goon han tramado una serie de acusaciones contra «Buster» —refunfuñó Larry—. En fin, por lo menos te has enterado de que Goon ha ido a ver a ese tal Bob Larkin y no te sorprenderás tanto cuando te lo diga mañana.

—¡Qué par de pajarracos! —comentó Fatty, mientras se alejaban.

Súbitamente, oyeron unos lastimeros gruñidos procedentes de la casita. Todos se miraron tristemente. ¡Sin duda, aquel infame viejo estaba dando a «Poppet» la prometida «paliza»!

Con un gruñido, «Buster» retrocedió a arañar el portillo.

—¡Pobre «Buster»! —exclamó Pip—. ¡Cuánto sentimos no poder dejarte ir a rescatarla!

Regresaron al pueblo algo cabizbajos. Les esperaba una entrevista con Goon y sentíanse deprimidos por lo que acababa de ocurrirle a la encantadora «Poppet». ¡Estaban de malas! Ni siquiera Fatty tenía nada gracioso que decir. Por último, se separaron sin apenas esbozar una sonrisa.

—Mañana, a las diez, en casa de Goon —recordóles Fatty, al despedirse.

—De acuerdo —murmuraron los otros.

Y, muy cariacontecidos, emprendieron el regreso a sus respectivos hogares.

Capítulo IV

Una pequeña victoria

La madre de Fatty había preguntado ya a su hijo el motivo de la llamada telefónica de Goon. Al enterarse, exclamó, contrariada:

—¡Qué contratiempo! ¿Quién es la mujer a quien «Buster» hizo caer?

—Lo ignoro —repuso Fatty—. Al parecer, ella y su marido iban de viaje, y acudieron a despedirles varios amigos. Eran todos muy bullangueros. Creo que la pareja vive en aquella casa llamada «Tally-Ho» situada a la orilla del río, al lado de los Daniels. No sé cómo se apellidan.

—¡Ah, «esa» gente! —exclamó su madre.

—¡Parece como si los conocieras a tu pesar! —comentó Fatty, divertido.

—Sé a quien te refieres, pero lo cierto es que no tengo ningún trato con ellos —declaró la señora Trotteville—. Se han portado muy mal desde que habitan en casa de la señora Peters, actualmente en América, dando fiestas estúpidas, saliendo a pasear en barco a todas horas de la noche y, según tengo entendido, dejando a deber a todo el mundo. Déjame recordar…, ¿cómo se llaman? ¡Ah, sí! ¡Creo que Lorenzo!

—Pues bien —suspiró Fatty—, ellos fueron quienes se quejaron a Goon del comportamiento de «Buster».

—¿De veras? —murmuró su madre—. Por lo visto, tanto el hombre «como» la mujer son actores cinematográficos de cuarta categoría, pero llevan una temporada sin trabajo. No te apures, hijo mío. Si se han ido, Goon no podrá llevar adelante la denuncia. Probablemente, sólo tiene ganas de fastidiar.

—En fin, mamá —masculló Fatty—. Me voy. Espero regresar a casa entero… y hago votos porque «Buster» deje también intacto al señor Goon.

—¡No seas exagerado, Federico! —alentóle la señora Trotteville —. Muéstrate firme con ese impertinente policía y no tomes muy en cuenta lo que te diga.

—Seguiré tu consejo —sonrió Fatty, sintiéndose súbitamente más animoso—. Adiós, mamá. Ya te contaré cómo me ha ido en cuanto vuelva.

Y se fue en su bicicleta con «Buster» en la cesta. Sus amigos aguardábanle ya ante la casa del señor Goon. Bets estaba algo pálida y preocupada.

—¡Ánimo! —cuchicheó Fatty, oprimiéndole el brazo—. ¡Tengo una porción de cosas que decir a Goon!

Los muchachos encamináronse a la puerta anterior y llamaron, ¡tac, tac, «tac»!

A poco, percibieron el rumor de unas zapatillas del otro lado, y, ante ellos, apareció la asistenta del señor Goon, mirándoles, sorprendida.

—Hemos venido a ver al señor Goon —dijo Fatty—. Nos citó aquí a las diez en punto.

—¿De veras? —farfulló la mujer, indecisa—. Pues a mí no me ha dicho nada. Hace cosa de media hora, salió con muchas prisas. No obstante, es posible que no tarde en volver por aquí.

—En este caso, le aguardaremos —declaró Fatty con firmeza—. Nos dijo que viniéramos a las diez en punto y ahora van a dar.

En aquel preciso momento, sonó el reloj en el despacho de Goon como corroborando las palabras del muchacho. Entonces, la mujer, haciéndoles señas de que entraran en el vestíbulo, dijo:

—No os hago pasar al despacho del señor Goon porque allí tiene muchas cosas importantes. ¡Con deciros que tengo orden de no tocar un papel cuando limpio el polvo!

—No se preocupe —gruñó Fatty—. Esperaremos en la sala.

Y entraron todos en una pequeña estancia húmeda y mohosa, llena de humo de pipa.

—¡Uf! ¡Qué olor! ¡Dejemos la puerta abierta!

—Yo me voy al jardín a tender la ropa —les dijo la asistenta—,

pero desde allí oiré al señor Goon cuando regrese y le advertiré que estáis aquí.

La mujer desapareció. Los muchachos procedieron entonces a echar una mirada circular a la habitación. Sobre la repisa de la chimenea había una gran fotografía de los padres y la familia de Goon. Los cinco chicos acercáronse a contemplarla, alborozados.

—¡Papá Goon parece tan gordo como su hijito! —comentó Larry—. ¡Ah! ¡Y fijaos! ¡Este chico gordinflón de ojos saltones debe de ser Goon!

Todos cloquearon a la vista del retrato infantil del policía.

—Se parece mucho a Ern —profirió Bets, muy atinadamente.

Ern era un sobrino del señor Goon que en cierta ocasión había ido a pasar una temporada con su tío, sin sospechar los malos ratos que le esperaban.

—¿Qué habrá sido de Ern? —murmuró Bets, recordando la admiración que éste sentía por Fatty—. Vino a verme antes de Navidad, Fatty, para ofrecerte un regalo de Navidad que había hecho él mismo para ti, y, al enterarse de que estabas en Suiza, por poco se echa a llorar.

—¡Pobre Ern! —exclamó Fatty—. A buen seguro, volverá cualquier día a traérmelo. ¡Hola! ¿Quién llega? ¿Goon?

Así era, en efecto, y, a juzgar por las fuertes pisadas en el vestíbulo, venía acompañado de otras dos personas. Fatty titubeó. ¿Saldría al vestíbulo para anunciarle su visita? Pero si Goon tenía visitantes, probablemente mostraríase contrariado si le importunaba.

—Mejor será que esperemos un poco —susurró a las demás—. A lo mejor, la asistenta le oirá e irá a decirle que estamos aguardando.

—Está distraída hablando con la vecina —dijo Bets, mirando por la ventana—. ¡No sé cómo se entienden! ¡Están hablando las dos a la vez!

Del despacho contiguo llegó un rumor de voces. Al principio, éstas eran quedas pero a poco, se elevaron. Los chicos oyeron algunas palabras sueltas, sin darles gran importancia.

Más, de pronto, una de ellas llamó la atención de Fatty. «¡Lorenzo!». ¿Dónde había oído aquel nombre? ¡Porque, de hecho, le sonaba!

—¡«Hay» que localizarlos! —dijo una voz desconocida—. Estoy seguro de que esos Lorenzo son los que andamos buscando. Póngase usted en contacto con todas las personas que sepan algo respecto a ellos. Interpele a sus mejores amigos y…

El hombre bajó la voz y no fue posible oír el final de la frase. Fatty escuchaba, estupefacto. ¡Por fin recordaba dónde había oído pronunciar aquel nombre de Lorenzo! Su madre habíale dicho que era el apellido de los dueños de «Poppet», la perrita de lanas.

«—¡Qué raro! —pensó Fatty—. ¡Al parecer, están metidos en un lío! ¡Ojalá sea así! ¡En tal caso, el viejo Goon no nos molestará más con lo de "Buster"!».

En el despachito contiguo hubo cierto movimiento, seguido de pasos. Sin duda, los visitantes se despedían.

—Bien, adiós, Goon —dijo una voz—. Tendrá usted que ocuparse de esto. Es un asunto muy serio. ¡Lástima que se nos hayan escapado esos bribones! Averigüe lo que pueda de los Larkin. Es posible que ellos le digan algo. ¡Si no podemos echar el guante a los Lorenzo, cuando menos hemos de procurar hacernos con ese cuadro! ¡Hasta la vista!

Sonaron unas pisadas en dirección al portillo anterior.

Fatty permaneció inmóvil, algo sobrecogido. ¿Qué significaría todo aquello? Lo único indudable era que había surgido algo inesperadamente. Una súbita agitación apoderóse del muchacho. ¡A lo mejor era un misterio! ¡De momento, la policía parecía dispuesta a iniciar unas pesquisas! ¡Era cuestión de sonsacar a Goon y poner en antecedentes a los otros cuatro investigadores!

Bets sorprendióse al observar la repentina excitación de Fatty, reflejada en la sofocación de su rostro. Pensando que su amigo estaba muy nervioso ante la perspectiva de tener que enfrentarse con Goon, la pequeña deslizóle una mano en el brazo. Fatty ni siquiera lo advirtió, ¡estaba tan abstraído en sus pensamientos! ¿«Qué» habrían hecho los Lorenzo? ¿Qué «cuadro» era aquél? ¡Debía averiguarlo sin pérdida de tiempo!

Tras despedir a sus visitantes en el portillo, Goon volvió a la casa tarareando una canción de melodía indefinida.

Saltaba a la vista que estaba encantado de la vida. En lugar de volver al despacho, dirigióse directamente a la sala, sin sospechar

que alguien le aguardaba allí.

Al ver a los cinco niños, con «Buster» tranquilamente sentado en las rodillas de Fatty, el policía se detuvo en seco. «Buster» se puso a ladrar al punto, tratando de saltar al suelo, pero su amo lo sujetó por el collar.

—¿Qué hacéis aquí? —rugió el señor Goon—. ¿A qué habéis venido?

—Nos citó usted a las diez y son las diez y veinte —dijo Fatty, levantándose—. Pero si está usted muy ocupado con el caso Lorenzo, nos iremos.

—¿El… el caso Lorenzo? —balbució el señor Goon, visiblemente alarmado—. ¿Qué sabes tú de «eso»?

—Poca cosa —respondió Fatty, sinceramente—. Acabamos de oír unas frases sueltas sin querer. Eso es todo.

—¿Con que escuchando por el ojo de la cerradura y fisgando los asuntos de la Ley, eh? ¡Permíteme que te diga, Señor Entrometido, que esto está castigado! ¿Cómo «te atreves» a escuchar los asuntos privados?

—Le repito que no escuchaba —aseguró Fatty—. Lo oí todo por casualidad. Es decir, yo y mis compañeros. De no taparnos los oídos, teníamos que oírlo a la fuerza. En cuanto a lo de escuchar a través del ojo de la cerradura, es una estupidez. Sabe usted perfectamente que la puerta estaba abierta de par en par.

—Bueno, basta de insolencias —atajó Goon, empezando a ponerse colorado—. Ahora recuerdo que os dije que vinierais para hablar de este perro. Tengo un cargo muy serio contra él.

Y sacándose la libreta, procedió a consultarla, en tanto los cinco muchachos contemplábanle fijamente. Como es de suponer, Larry, Daisy, Pip y Bets no tenían la más remota idea de lo que Fatty acababa de insinuar, pues ignoraban quiénes eran aquellos misteriosos «Lorenzo».

—Me consta que los Lorenzo formularon ayer una queja contra mi perro —declaró Fatty—. Además, sé que fue usted a ver a los Larkin, esto es, la pareja encargada de velar por «Poppet»… y que…

—¿Cómo sabes todo eso? —profirió el señor Goon, casi a voz en grito—. ¡Siempre acechando y enredando! ¡No puedo librarme de ti! ¡Diablo de chico! En cuanto a ese perro tuyo…

—Puesto que los Lorenzo se han marchado y nadie sabe dónde, cualquier queja que formularan no va a servirle a usted para nada —interrumpió, despectivamente—. ¿No sería mejor que olvidara usted lo de «Buster» y se concentrara en encontrar a los Lorenzo… o el cuadro desaparecido, señor Goon?

Comprendiendo que había perdido la partida, el policía cerró la libreta, sin poder por menos de proferir en tono amenazador:

—Está bien. Pero si alguien vuelve a presentar una queja, una «sola» queja, contra ese perro, tu querido «Buster» sabrá lo que les pasa a los perros sin el debido control. ¡Ya es hora de que aprenda a portarse correctamente! ¡Dudo que haya en el mundo otro perro tan cargante como él y una pandilla de chicos tan indisciplinados como vosotros!

—Descuide —bromeó Fatty, adoptando el tono cortés que tanto enfurecía al pobre Goon—. Si alguna vez sé de algunos peores que nosotros, se lo notificaré. Bien, supongo que no nos necesita usted ya… a menos que quiera contarnos algo de este nuevo caso para que le echemos una mano.

—¡Basta de guasas! —chilló el señor Goon, furiosamente, empujándolos hacia la puerta, entre los sonoros ladridos de «Buster».

Y cuando los chicos franquearon el portillo, el señor Goon vociferó, amenazándoles con el puño:

—¡Ah! ¡Y recordadlo bien! ¡Si tratáis de entorpecer la acción de la Ley metiéndoos en este caso y dándome pistas falsas, iré a decírselo a vuestros padres!

—Vamos, repórtese usted, señor Goon —aconsejó Fatty, solemnemente—. De lo contrario, será acusado de alterar el orden público. ¡Está usted atrayendo a todo el mundo a las ventanas!

El policía apresuróse a retroceder a su casa, refunfuñando coléricamente. Entretanto, los chicos se alejaron en sus bicicletas.

—Creo que hemos obtenido una pequeña victoria —comentó Fatty, satisfecho—. ¡Ea, «Buster»! ¡Ya puedes respirar tranquilo!

Capítulo V

Surgen inconvenientes

El principal tema de conversación aquel día fue la entrevista de los cinco chicos con Goon. Larry, Pip, Daisy y Bets aguardaron con impaciencia el momento de su llegada al cobertizo de Fatty para preguntar a su amigo qué significaban sus insinuaciones acerca de los Lorenzo.

—¿Quiénes son? —inquirió Larry—. ¿Cómo te enteraste de su existencia?

—Veréis —explicó Fatty—. Esta mañana mi madre, hablando de los dueños de «Poppet», dijo que se apellidaban Lorenzo. Y hace un momento, al oír mentar el nombre a ese otro policía —o acaso un sargento, a juzgar por el tono en que se dirigía a Goon— he atado cabos comprendiendo que hablaban de la pareja que formuló la queja contra «Buster».

—¿Pero qué han hecho esos Lorenzo? —interrogó Bets.

—Sé tanto como tú —masculló Fatty—. No obstante, parece ser que se han marchado en el preciso momento que la policía los requería por algo. Además, hay algo referente a un cuadro. Mi madre me dijo que no pagaban sus facturas, de modo que tal vez todo gire alrededor de este «punto».

—¿Crees que será un misterio? —preguntó Pip.

—Eso espero —contestó Fatty, jovialmente—. Y en tal caso deberemos agradecer a «Buster» el que nos pusiera sobre la pista, ¿verdad, «Buster»? ¡Tiene mucho olfato para descubrir misterios!

—¡Guau! —ladró «Buster», azotando el suelo del cobertizo con su inquieto rabo.

—Toma —murmuró Fatty, ofreciéndole una galleta—. Aquí

tienes una pequeña recompensa por llevarnos a un probable misterio. Lo malo es que no sabemos lo suficiente para emprender la investigación. ¡«En realidad», no sabemos en «qué» consiste ese misterio!

—Telefonea al superintendente Jenks y pregúntaselo —sugirió Larry.

—No —repuso Fatty, meneando la cabeza—. En primer lugar, no creo que le gustara. En segundo, tendría que decirle que oí hablar de ello por casualidad en casa de Goon, y probablemente Goon recibiría un rapapolvo por discutir esas cosas sin antes averiguar si había alguien escuchando. Al fin y al cabo, hasta su asistenta podría haberlo oído todo.

—En fin —suspiró Larry—, que no sé cómo vamos a arreglárnoslas para averiguar «algo». Por de pronto, Goon no nos permitirá intervenir.

Por espacio de un buen rato, los muchachos discutieron el caso una y otra vez. ¿Irían a interpelar a aquel viejo llamado Bob Larkin por si podían sacarle algo? No, no era aconsejable, puesto que el hombre estaba ya predispuesto contra ellos por el incidente de los perros y, por otra parte, Goon también tenía orden de interpelarle. Además, caso de interrogarle, ¿qué preguntarían?

—Estamos perdiendo el tiempo —gruñó Fatty, al final de la larga discusión—. Si no contamos con un punto de partida, ¿cómo vamos a actuar? Olvidémonos de ello por ahora y maduremos el plan con una buena noche de sueño. Apuesto a que mañana por la mañana veremos las cosas más claras.

Fatty tenía razón. Las cosas aparecieron mucho más claras a la mañana siguiente, tanto que los cinco investigadores se hallaron en posesión de tantos datos sobre el misterio como el propio Goon.

En todos los periódicos figuraban grandes titulares sobre el caso.

«Valiosa pintura antigua robada de una famosa galería. Los ladrones escapan de la red de la policía, dejando un perro tras sí. La policía busca incansablemente a los Lorenzo».

La señora Trotteville fue la primera en bajar a desayunar y, al

ver el periódico, lanzó una exclamación de sorpresa.

—¡Cielos! ¿Es posible? ¡Los ladrones son los Lorenzo, los vecinos de los Daniels! ¡Con razón todo Peterswood les tenía antipatía!

Fatty entró en aquel momento en el comedor y, al verle, su madre apresuróse a darle la noticia.

—Los ladrones son la pareja que me hablaste ayer, Federico, esto es, los Lorenzo. Recordarás que te dije que se portaban muy mal, dando fiestas extravagantes a todo pasto y molestando constantemente a sus vecinos, los Daniels. ¡Mira, viene en las noticias de esta mañana! La policía anda tras ellos. ¡Dios mío, menuda importancia se dará nuestro señor Goon! ¡Parece hecho a medida para él!

Fatty tomó asiento en su silla, desplegando el periódico con ojos centelleantes. ¡Ajá! Si venía todo en los periódicos, ¿qué importaba que Goon no quisiera decirle nada sobre el caso? Los cinco investigadores podrían trazar sus planes y emprender la investigación por su cuenta. ¡Qué magnífica emoción!

Tan enfrascado estaba Fatty en la lectura que olvidóse por completo de su desayuno y ni siquiera vio entrar a su padre en el comedor.

—Buenos días, Federico —saludó su padre, arrebatándole el periódico de las manos sin contemplaciones—. ¿Por qué no te comes ese huevo frito con tocino? A juzgar por su aspecto está casi congelado.

—¡Caramba, pues es verdad! —exclamó Fatty, sorprendido—. ¡Y conste que no soy de los que andan con remilgos para comer! ¡Qué noticia, mamá! ¡Esto va a causar sensación en este aburrido Peterswood! ¿No lo crees así?

—Supongo que no intentas meterte otra vez con ese insoportable policía —advirtió su padre, vertiendo un poco de leche sobre el potaje de avena—. De hecho, me inclino a creer que tu amigo, el superintendente Jenks, enviará un buen inspector aquí para resolver el caso. No creo que Goan… o Goen… ¿cómo se llama ese hombre?… ¡ah, sí, Goon!, pueda hacerse con un asunto de esta envergadura. Esa pintura era inapreciable. ¡Valía por lo menos cincuenta mil libras!

—No pienso meterme con Goon —declaró Fatty—. ¡Es mucho

más probable que él se meta «conmigo»! De todos modos, creo que voy a telefonear al superintendente Jenks para preguntarle si puedo ayudarles en algo.

—Al parecer, te tiene en muy buen concepto —contestó el señor Trotteville—. Ignoro por qué, pero reconozco que a veces das pruebas de tener bastante talento, Federico. Ahora, por amor de Dios, cómete esa horrible masa que tienes en el plato.

Fatty engulló su desayuno, reflexionando. Al tiempo que daba cuenta del último bocado, sonó el teléfono. Seguro de que el comunicante era el superintendente Jenks solicitando su ayuda, el muchacho precipitóse al aparato. Pero se equivocaba. El autor de la llamada era Larry, muy excitado.

—¡Oye! ¿Has visto la noticia en el periódico? ¡«Es» misterio! ¡En nuestras propias barbas! ¿Cuándo vamos a empezar a desentrañarlo?

—Voy a telefonear al superintendente —declaró Fatty—. Empezaremos las pesquisas en seguida. Te llamaré más tarde. Telefonea a Pip y a Bets de mi parte, ¿quieres?

—¡Entendido, jefe! —bromeó Larry, con un cloqueo.

Y colgó el receptor, alborozado por la actualidad periodística de que disfrutaba Peterswood y la perspectiva de emprender una nueva investigación con el resto de los investigadores.

Fatty sentóse un rato a reflexionar. ¿Qué diría al superintendente? ¿Qué había visto a los dos Lorenzo en la estación el día anterior? En realidad, mucha gente habíalos visto también. ¿Le pediría permiso para ir a ver a los Larkin? Tal vez podría sonsacarles con mejor fortuna que Goon. En cualquier caso, Fatty tenía la certeza de que podría hacer «algo».

Así, pues, el chico decidióse a tomar el teléfono y a pedir el número del superintendente. Estaban comunicando. ¡Las líneas de la policía del distrito estarían muy ocupadas aquel día!

Por fin, logró ponerse al habla con el cuartel y preguntar por el superintendente.

—Soy Federico Trotteville —dijo—. El jefe me conoce.

Su nombre fue pasado al despacho del superintendente y, a poco, Fatty oyó la clara e impaciente voz de su amigo:

—¿Qué sucede, Federico?

—Se trata de los Lorenzo, señor —respondió Fatty—. Como el hecho ha ocurrido en el pueblo donde vivo, he pensado que tal vez podía colaborar.

—Me temo que no —replicó el jefe—. Los Lorenzo no están en Peterswood y dudo que se halle ahí tampoco el cuadro desaparecido. ¡Si podemos dar con ellos, daremos también con la pintura!

—¡Qué lástima! —masculló Fatty, desilusionado—. Entonces, ¿no puedo hacer «nada», señor?

—Nada… excepto mantener los ojos y los oídos bien abiertos, como de costumbre. Voy a mandar un hombre para pasar la casa por el tamiz, por si «acaso» el cuadro aún está allí. Pero, en realidad, no tengo esperanzas.

—¿Trabajará el señor Goon en el caso, señor? —preguntó Fatty, algo desilusionado.

—Sí —contestó el superintendente—, pero lo cierto es que en Peterswood hay muy poca cosa que hacer. ¡Ojalá Goon hubiese vigilado más a los Lorenzo! ¡Todo el mundo sabe que tenían muy mala reputación!

—¿Puedo ir a interpelar a los Larkin, señor? —inquirió Fatty, experimentando la sensación de que aquel misterio se le escapaba de las manos.

—No, de ningún modo —apresuróse a replicar el jefe—. Mi agente se encargará de ello, juntamente con Goon. No es conveniente que intervengas en el asunto. Sería contraproducente. No quiero decir con esto que les niegues el saludo si los ves, pero ten en cuenta que, de hecho, este caso ya no incumbe a Peterswood. ¡Sabe Dios dónde están esos ladrones! Por otra parte, no creo que los Larkin sepan nada susceptible de ayudarnos.

—Probablemente tiene usted razón, señor —balbuceó Fatty, vivamente contrariado—. En fin, no le entretengo más, señor. ¡Buena suerte!

Y colgando el receptor, el muchacho miró tristemente a «Buster», que estaba sentado a poca distancia, con las orejas tiesas.

—Se acabó, «Buster» —lamentóse Fatty—. Todo se ha convertido en agua de borrajas. El misterio se ha esfumado de Peterswood y aquí ya no hay nada que hacer. Ahora tengo que

telefonear a los demás.

Sus cuatro amigos tuvieron una gran desilusión.

—¡Oh, Fatty! —exclamó Daisy—. ¡No es posible! ¡Debe de quedar alguna «posibilidad» de intervenir! ¡Estoy segura! Ven a vernos ahora mismo. Pip y Bets vendrán también, y hablaremos del caso. ¡«Qué» pesimista estás!

Total que, a las once y media, reuniéronse todos en casa de Larry y tomaron una especie de aperitivo consistente en unos sabrosos bollos recién salidos del horno y varias tazas de cacao caliente. Naturalmente, después de saborear un par de bollos cada uno, sintiéronse todos algo más animados.

—Por lo visto, el jefe está convencido de que no podemos hacer nada esta vez —comentó Fatty—. Al parecer, los dos puntos principales son: «primero», encontrar a los Lorenzo, que, probablemente, a estas horas han abandonado ya el país; y «segundo», encontrar el cuadro. El jefe opina que donde estén unos estará el otro.

—Pero como nosotros no podemos recorrer todo el país para buscarlos, deberemos conformarnos con no hacer nada —coligió Daisy.

—En mi opinión, podríamos vigilar la casa por si «acaso» vuelven los Lorenzo —propuso Larry.

—No volverán —gruñó Fatty.

—¿Pero, y su perrito? —sugirió Bets—. La señora Lorenzo parecía muy encariñada con «Poppet» y es posible que mande a por ella. Si la perra desapareciera súbitamente significaría que los Lorenzo habrían enviado a alguien a recogerla.

—Sí, no hay que descartar esa posibilidad —convino Fatty—. No debemos renunciar del todo aún. Ahora bien, ¿cómo diablos vamos a arreglárnoslas para vigilar a los Larkin y «ver» si acude algún enviado de los Lorenzo a por la perra? ¡La casa está bastante lejos de nuestro barrio y no podemos pasarnos el día y la noche allí!

—¡Ni hablar! —profirió Pip, a quien no le seducía en absoluto la idea de pasar parte del día o de la noche acechando a los Larkin con aquella fría temperatura invernal—. Imposible. Si conociésemos a alguien que viviese en la casa vecina, la cosa resultaría la mar de fácil, pero como no es así…

—¡Hola! —interrumpióle una voz, al tiempo que asomaba por la puerta una cabeza enmarañada—. He ido a tu casa, Fatty, y tu madre me ha mandado aquí. ¡Te traigo el regalo de Navidad que hice para ti!

—¡«Ern»! —gritaron todos a una.

Efectivamente, «era» Ern, rollizo y coloradote como de costumbre. ¡El buen amigo Ern!

Capítulo VI

El buen amigo Ern

Ern entró en la estancia, radiante de satisfacción. Traía consigo un voluminoso paquete.

—¡Hola, amigo Ern! —exclamó Fatty, estrechándole la mano solemnemente.

Por su parte, Ern experimentó la necesidad de estrechársela a todo el mundo, incluso a «Buster». Ése estaba también muy contento de ver a Ern y saltó sobre él como quien saluda a un amigo largo tiempo ausente.

—¡Qué sorpresa más inesperada! —exclamó Fatty—. ¿Cómo están tus hermanos gemelos, Sid y Perce? No hemos vuelto a verlos desde que desentrañamos juntos el Misterio del Príncipe Desaparecido, ¿recuerdas?

—¿Cómo no voy a recordarlo? —sonrió Ern—. ¡Qué bien lo pasamos! ¡Disfruté de lo lindo! Que yo sepa, Perce está bien. No le presto mucha atención. En cuanto a Sid, también sigue sin novedad.

Sid era tan aficionado a los «toffees» que apenas podía hablar por estar chupando constantemente alguno. Bets recordó el detalle con un cloqueo.

—¿Todavía come tantos «toffees»? —preguntó, intrigada.

—Se los racionó una temporada porque quería ahorrar dinero para comprar regalos de Navidad —explicó Ern—. Pero después todo el mundo le regaló cajas de «toffees» y ya ha vuelto a las andadas. No hay quien le arranque una palabra.

—Excepto «aaa», me figuro —intervino Pip—. Recuerdo que es lo único que decía.

—Y sigue diciéndolo —confirmó Ern—. Sid es muy poco

hablador.

—Siéntate y tomarás un bollo —invitó Daisy—. ¿Qué llevas en ese paquete?

—¡Cáspita, pues es verdad! —profirió Ern, sonriéndoles de nuevo—. ¡Casi se me olvidaba! Es una cosa que hice para ti, Fatty. Durante el último trimestre hicimos trabajos de carpintería en el colegio, y yo me dije: «Ahora es la ocasión de hacer algo para Fatty». ¡Eh hice «esto»!

Y, desenvolviendo el paquete, mostró a Fatty una sencilla mesita de madera perfectamente barnizada.

Todos lanzaron una exclamación de sorpresa.

—¡Caramba, «Ern»! —exclamó Bets, asombrada—. ¿De veras la hiciste tú solo?

—¡No permití que nadie la tocara sino yo! —declaró Ern, orgullosamente.

—Es una obra maestra —ensalzó Fatty, examinándola por todos los lados—. Un trabajo muy primoroso. Gracias, Ern. Me gusta muchísimo.

—¿Lo dices en serio? —farfulló Ern, colorado de satisfacción—. ¿De «veras» te gusta?

—Te lo aseguro —afirmó Fatty—. Es una obra maestra. ¡De primera categoría! La pondremos en mi cobertizo para tenerla siempre a la vista y usarla todo lo posible.

Ern no cabía en sí de gozo. Tragó saliva una o dos veces, pasó la manga por la superficie superior de la mesa para asegurarse de que estaba impecable y luego, tomando asiento, dijo con otra sonrisa:

—Me alegro mucho de veros de nuevo. ¿Hay alguna novedad, algún misterio en perspectiva? He oído hablar del caso de esos Lorenzo. ¡Menuda faena la suya! Apuesto a que mi tío está excitado.

—¿No le has visto todavía? —inquirió Daisy.

—¡Oooh, no! —repuso Ern, horrorizado—. ¡Si le viera, pondría pies en polvorosa! Me da verdadero pánico. Por un quítame allá estas pajas, me calienta las orejas. Os aseguro que esta mañana he estado ojo avizor para no topármelo.

Los muchachos comentaron el caso Lorenzo y la lamentable circunstancia de que tanto los Lorenzo como la pintura hubieran desaparecido.

—De modo, Ern, que poco podemos hacer esta vez —suspiró Fatty—. No contamos con pistas ni con sospechosos. Y sin elementos no se puede trabajar.

—¡Qué mala suerte! —lamentóse Ern, participando de la desilusión general—. Tenía la esperanza de poder ayudaros un poco, si de veras me necesitabais. Estaré unos días en Peterswood. Mamá, la pobre, tiene una pierna mala y deberá pasar una semana en el hospital. Entretanto, nosotros nos alojaremos en casas de parientes y amigos.

—¡Cielos! —exclamó Bets—. ¡Supongo que no piensas meterte otra vez en casa del señor Goon!

—¡Ni pensarlo! —replicó Ern—. Cuando mamá lo sugirió, me caí de la silla, aterrado. ¡Con deciros que me hice este cardenal!

Orgullosamente, Ern les mostró una gran contusión, en la fase verde amarillenta.

—¿Qué dijo entonces tu mamá? —preguntó Pip, siempre interesado, como todos los demás, en las hazañas de la numerosa familia de Ern.

—Dijo: «Está bien, hijo. Ya pensaré en otra persona». Y cumplió su promesa.

—¿Y con quién ha decidido enviarte? —inquirió Bets—. ¿Es algún conocido nuestro?

—No lo creo —replicó Ern—. Se trata de una prima de mi padre, una tal señora Woosh.

—¡Qué nombre más bonito! —comentó Daisy.

—¡Woosh! —profirieron todos a una, a manera de ensayo—. Señora Woosh. ¡Wooooosh!

—A lo mejor su marido es fabricante de cohetes —dijo bromeando Larry[2].

Todos acogieron con risas la ocurrencia.

—¿Y dónde vive tu tía Woosh? —interrogó Bets.

—En la casita perteneciente a una tal señora Daniels, que reside en la finca «Chimeneas Altas» —explicó Ern—. Su marido es el jardinero y ella ayuda a los quehaceres domésticos de la casa. Mi tía tiene dos niñas gemelas, más o menos de la edad de Sid y Perce.

Ern se interrumpió al ver el súbito e intenso interés reflejado en el rostro de Fatty a la sola mención de los Daniels.

—¿Qué te pasa? —preguntó el muchacho, mirando a Fatty, sorprendido—. Pareces muy excitado.

—Y que lo digas —corroboró Fatty—. Estoy temblando como una hoja, como nuestra cocinera cuando se enfada con «Buster». ¡Los Daniels! ¿«De veras» has dicho los Daniels, Ern?

—Sí —asintió Ern, desconcertado—. ¿Qué tiene esto de particular?

—Nada —masculló Fatty—. Es perfecto, casi increíble de tan afortunado. ¿No sabes que los Daniels viven al lado de la casa alquilada por los Lorenzo, Ern? Nos interesaba vigilarla, pero había el inconveniente de que está muy lejos de nuestro barrio. En cambio, ahora…

—¡«Cáspita»! —exclamó Ern, comprendiendo de pronto—. ¿Insinúas… insinúas que puedo intervenir en este caso porque estoy en situación de asomar la cabeza por el seto y observar lo que pasa en la casa vecina?

—¡Exactamente, Ern! —confirmó Fatty, dándole una palmada en la espalda—. Estábamos a punto de renunciar al misterio cuando llegaste, amigo, pero ahora vamos a emprenderlo sin pérdida de tiempo. ¡Qué suerte que hayas ido a parar a casa de los Woosh!

Ern estaba tan pasmado que enmudeció unos instantes, abriendo y cerrando la boca como un pez y mirando a los demás con ojos brillantes. Por fin recobró el habla, y adoptando un tono solemne, como aquel que va a la guerra, declaró:

—Cumpliré mi cometido. Tú, Fatty, no tienes más que darme órdenes… y yo obedeceré.

Entablóse entonces una conversación animadísima. Larry fue a buscar los periódicos del día y todos los investigadores releyeron detenidamente la información relativa al caso Lorenzo, dispuestos a asimilar todos los pormenores.

—Dicen incluso que los Lorenzo dejaron a «Poppet», la perrita de lanas, en Peterswood —observó Bets—. Y aquí hay un retrato suyo en brazos de la señora Lorenzo. Escuchad lo que pone al pie de la fotografía: «Gloria Lorenzo siente un profundo afecto por su perrito. En siete años que la tiene es la primera vez que se separa de ella, lo cual parece indicar que los Lorenzo se proponían huir del país».

—Ern podría vigilar a esos horribles Larkin por si maltratan a la pobrecilla «Poppet» —propuso Daisy.

—Lo haré —prometió Ern—. ¡Vosotros limitaos a darme instrucciones!

—También podrías vigilar la finca «Tally-Ho» —agregó Larry—, por si «acaso» la pintura está escondida en la casa. Y avisarnos en seguida si ves algún desconocido sospechoso merodeando por allí.

—De acuerdo —convino el excitado Ern—. Como me he traído la bicicleta, la tendré siempre a punto para volar a casa de Fatty si hay alguna novedad.

Los chicos siguieron discutiendo con visible agitación. Ern tenía la cara cada vez más colorada y el pelo cada vez más enmarañado. ¡Jamás había pasado una mañana tan emocionante!

—Supongo que el viejo Goon también merodeará constantemente por allí —suspiró Fatty—, para vigilar la casa y observar a los Larkin. Conque ten cuidado con él.

—¡Atiza! —espetó Ern, súbitamente sombrío—. ¡Me había olvidado de mi tío! ¡Tendré que procurar que no me vea! Se pondrá furioso si me ve acechando por allí.

—Por supuesto —convino Fatty—. Si puedes evitarlo, no permitas que se entere que estás pasando unos días con los Woosh. ¡No dejes que te vea!

—Descuida —murmuró Ern con vehemencia—. Os aseguro de que mi tío me da un miedo atroz. ¡Como me llamo Ern Goon!

Al oír pronunciar el nombre de Goon, «Buster» dio un súbito ladrido.

—¿Oís? —exclamó Ern—. ¡«Buster» opina lo mismo que yo! ¡Pobrecillo «Buster»! Ya sé que te encanta morderle los tobillos. ¡Ojalá pudiera morderle yo también!

«Buster» meneó la cola fuertemente, mirando a Ern con aprobación.

—Oye —dijo Pip de pronto—, ¿qué edad dijiste que tenían las mellizas de su tío? ¿La de Sid y Perce? En este caso, tal vez podrías jugar a la pelota con ellas y echarla a los jardines de «Tally-Ho». Con esta excusa podrías ir a buscarla y…

—Sí —asintió Ern—. Ya pensaré muchos pretextos para introducirme en el jardín vecino y escudriñar todos los rincones.

¡Sabe Dios dónde está escondido ese cuadro!

—No creo que lo tengan en el estercolero ni en la carbonera —masculló Fatty, gravemente—. En tu lugar, no me preocuparía por el cuadro, Ern. Limítate a tener los ojos y los oídos bien atentos y a informarnos de cualquier irregularidad, como por ejemplo personas sospechosas, ruidos o luces durante la noche, etc.

—Eso es —intervino Bets—. E infórmanos también de si los Larkin son crueles con la pequeña «Poppet». Si se portan mal con ella, daré parte a la Liga Protectora de Animales. ¡Os prometo que lo haré!

—Eres muy buena, Bets —sonrió Fatty—. Pero no te preocupes. «Poppet» es una perra muy valiosa y los Larkin no se atreverán a lastimarla ni a matarla de hambre.

—¡Canastos! —exclamó Pip, aterrado—. ¡«Fijaos» en la hora que es! ¡Volveremos a llegar tarde a comer y mamá te echará la culpa «a ti», Fatty, y nos pondrá de vuelta y media! ¡Por amor de Dios, Bets, date prisa!

Larry y Daisy les acompañaron al portillo. Todos se alejaron en sus bicicletas, incluso Ern.

—¡Hasta la vista! —dijo éste, con su radiante sonrisa habitual—. ¡Me voy a casa de los Woosh! ¡Me esperan a la hora de comer! ¡Llevo todas mis cosas en la cesta de la bicicleta!

—¡Hasta la vista! —gritóle Fatty, a su vez, mirando divertido, el pequeño hatillo de Ern, que sin duda no creía necesitar mucho equipaje para pasar una semana con los Woosh—. ¡Y muchísimas gracias por la magnífica mesa, Ern!

Ern contempló, satisfecho, a su amigo mientras éste se alejaba en su bicicleta con la mesa bajo el brazo. ¡Qué importancia se daría ante las mellizas cuando llegase a casa de su tía!

Capítulo VII

Ern tiene una idea

Ern llegó tarde a casa de su tía, pues había olvidado por completo que su tío, el jardinero de los Daniels, cesaba de trabajar a las doce y media para ir a comer.

La señera Woosh mostróse algo resentida con él.

—¿Por fin has llegado, Ern? —exclamó—. Estamos acabando de almorzar y, pensando que no venías, Liz y Glad se han comido tu ración de estofado.

—¡Oh! —profirió Ern, consternado, pues tenía un hambre canina —. Siento haberme retrasado, tía. He estado con mis amigos y me he olvidado de la hora.

—¿Qué amigos? —preguntó su tía, sorprendida.

—Pues Federico Trotteville, los Hilton y los… —empezó Ern, orgullosamente.

Liz y Glad rieron burlonamente.

—¡Oooh, qué «personajes»! —exclamó Liz con sorna—. Pero ésos no son amigos suyos, ¿verdad, mamá?

—Tú cállate, Liz —ordenó la señora Woosh.

Liz tocó con el codo a Glad y ambas se pusieron a cloquear, despertando en Ern unas tremendas ganas de propinarles un par de sopapos.

—¡Si fuerais hermanas mías! —rugió, mirándolas con expresión incendiaria.

Pero la señora Woosh le detuvo con estas palabras conciliadoras:

—Vamos, Ern, no empieces a darte importancia así que llegas. Allí hay un poco de queso que se ha dejado tu tío y varias rebanadas de pan. Sírvete tú mismo. Además, ha sobrado mucho

budín.

Ern suspiró, aliviado, y procedió a comer pan con queso. Las mellizas miráronle fijamente unos instantes, tocándose con el codo cada vez que el chico se llevaba un pedazo de pan con queso a la boca. Ern se dijo que sus primas necesitaban una mano firme, un hermano que las hiciera formar, y decidió tenerlas a raya.

Por fin, Glad y Liz levantáronse de la mesa para ir a jugar al jardín.

Ern se quedó con su tía.

—Estoy deseando que se acaben las vacaciones —comentó la señora Woosh, lanzando un suspiro de alivio—. Estas mellizas me tienen frita. No sé cómo se las arregla tu madre con Sid y Perce, Ern, porque los mellizos dan una guerra tremenda. Cuando no enreda uno, enreda el otro. Y así siempre.

—Mamá opina lo mismo que tú —murmuró Ern—. Siempre se está quejando de Sid y de Perce. Procuraré aliviar un poco tu carga, tía, llevándome a las mellizas a jugar a la pelota o a lo que sea.

—Esta bien, Ern —convino la señora Woosh—. Supongo que sabes lo que ocurre en la casa de al lado, ¿no? Me refiero a los Lorenzo. Hoy venían en los periódicos. ¡Cielos! ¡Podría contarte muchas cosas de ellos!

Ern fue presa de una gran excitación. ¡A lo mejor se enteraba de algo importante, algo de que informar a Fatty! ¿Qué hacer? ¿Anotarlo en su agenda? Sí, tal vez sería conveniente, por si acaso su tía le facilitaba algunas pistas. ¡Qué buenas perspectivas!

Así, pues, el muchacho sacóse una libreta del bolsillo, humedeció el lápiz con la punta de la lengua y, clavando los ojos en su tía, instó:

—¡Cuéntamelo todo, tía, será interesante, y sin omitir «ningún» detalle!

La señora Woosh mostróse gratamente sorprendida al vez a Ern tan interesado en su charla. Ni su marido ni las mellizas solían escucharla más de un minuto, y ella era charlatana por naturaleza.

Por consiguiente, apoyando los codos en la mesa, empezó a explicar:

—Verás. Los Lorenzo vinieron a Peterswood hace unos seis meses, y alquilaron la casa, amueblada, a los Peters, que

actualmente están en América. Trajeron consigo sus criados, y…

—¿Y los Larkin? —inquirió Ern, recordando lo que sus cinco amigos habían dicho acerca de ellos.

¡Era mejor informarse sobre ellos también!

—Los Larkin llevan muchos años en esa casita —respondió la señora Woosh—. ¡No me interrumpas, Ern! Por cierto, que no simpatizo nada con ese par de gorrinos. Me limito a saludarles si les veo. Al parecer, él se encarga de las calderas, limpiar el calzado de los señores y de otras zarandajas por el estilo. ¡Valiente zarrapastroso!

—Creo que ahora tienen a su cargo a «Poppet», la perrita de lanas, ¿no es eso? —preguntó Ern, tratando de escribir con la suficiente rapidez para no perder ni una sola frase de la señora Woosh.

—Sí —contestó ésta—, y no me explico cómo los Lorenzo la dejaron en sus manos. Una vez teníamos un gato que solía ir a pasear a su jardín. ¿Quieres creer que un día apedrearon al pobrecillo y por poco le rompen una pata?

Ern escuchaba, horrorizado, y subrayó la palabra «pata» en su libreta. Su tía prosiguió su interminable cháchara, contándole las extraordinarias fiestas dadas por los Lorenzo.

—A medianoche, se bañaban en el río, y luego jugaban al escondite en el jardín —explicó la buena señora, indignada—. Y una vez se disfrazaron todos de animales y me llevé un susto de muerte al ver un oso y una jirafa paseándose por la calle a altas horas de la noche.

Ern estaba tan maravillado con todas esas historias, que se olvidó de escribir en su agenda. ¡Cuánto le habría gustado tener unos vecinos como los Lorenzo! ¡Con semejantes personas al lado nunca le hubiera faltado diversión!

—Ahora la casa está cerrada —prosiguió la señora Woosh—. Nunca se ven luces ni humo en las chimeneas. Ayer saludé al señor Larkin y me dijo que ni siquiera él ni su esposa pueden entrar en ella a ventilarla. Al parecer la policía se ha hecho cargo de las llaves.

Considerando ese detalle de posible importancia, Ern anotó en su libreta: «Casa cerrada. Llaves».

—¿Por qué escribes en esa libreta mientras hablo, Ern? —inquirió su tía, frunciendo el entrecejo—. Eso no es correcto. Pareces tu tío, el agente Goon, siempre garabateando en su libreta. ¡A propósito, se me ocurre una idea!

—¿Cuál? —interrogó Ern, posando al punto su lápiz en la agenda—. ¡De prisa, tía!

—Invitaré al señor Goon a tomar el té mientras estés aquí, con la excusa de que así podrá ver a su sobrino —declaró la señora Woosh, encantada con su idea—. Pero, en realidad, será un pretexto para enterarme de lo que piensa del caso de los Lorenzo. Tu tío Teófilo Goon es un hombre admirable, siempre embarcado en alguna aventura. Sí, le invitaré a tomar el té.

Ern miró a su tía, horrorizado. No concebía cosa peor que ver a su tío merendando delante de él con aquella carota de pocos amigos. Además, no le interesaba que el policía «supiera» que él se hallaba en Peterswood.

—¡Por favor, tía, no le invites! —suplicó Ern—. No… no me tiene mucha simpatía y además me da un miedo espantoso.

—¡Bah! —repuso la señora Woosh—. ¡Déjate de tonterías! No es mala persona. Siempre he dicho que es muy útil tener un policía en la familia.

Ern no opinaba lo mismo. ¡Podría haber pasado sin el señor Goon en la familia! ¡Con mil amores!

El muchacho guardóse la agenda, sombríamente, lamentando haber recordado a la señora Woosh la existencia de su tío.

—En fin, voy a lavar los platos —decidió la señora Woosh—. Tú ve a jugar con Glad y Liz, Ern. ¡Lo pasarás muy bien con ellas!

Ern no estaba tan seguro de esto, pero, poniéndose el abrigo, salió al jardín. Inmediatamente, fue rociado con una lluvia de tierra y acogido con sonoras risotadas. El muchacho buscó a las mellizas con la mirada y, al fin, pudo localizarlas en lo alto de un árbol.

Su primer impulso fue reprenderlas, pero se contuvo. El árbol era muy alto y, por hallarse junto al seto, dominaba la casita y el jardín de los Larkin. ¡De hecho, constituiría una espléndida atalaya!

En consecuencia, Ern decidió no enfadarse con las mellizas por obsequiarle con aquella lluvia de terrones de tierra. En lugar de ello, gritó, mirando hacia la copa del árbol:

—¡Eh, muchachas! ¿Os gustaría que os enseñara a construir una casa en un árbol?

Sobrevino un silencio. Por último, Glad, mirando hacia abajo cautelosamente, accedió:

—Sí. Pero no intentes pegarnos cuando subas. Si lo haces, te echaremos abajo.

Ern sintió deseos de «zumbarlas»; pero debía reprimir la ira. ¡Las mellizas podían resultar muy útiles!

El árbol era una variedad de abeto perenne, muy alto y frondoso, de ramas ideales para trepar. Ern encaramóse al lugar donde estaban sentadas las mellizas.

—¿Te dimos con los terrones de tierra? —preguntáronle sonrientes—. Ya empezábamos a cansarnos de aguardar. ¿Te ha estado hablando mamá todo este tiempo?

Como, en realidad, las niñas no esperaban respuestas a sus preguntas, no tomaron muy en cuenta que Ern, haciendo caso omiso de ellas, procediese a practicar una abertura a través de las gruesas ramas para acechar la casa de los Larkin al otro lado del seto.

—¿Qué haces? ¿Vas a construir una casa aquí arriba? ¿Podremos vivir en ella? ¿Tendrá chimenea?

Ern comprobó que, en efecto, desde allí dominaba el jardín de los Larkin. De hecho, la casita estaba tan cerca, que olíase incluso el humo de su chimenea. Entonces, el muchacho, sacándose el cortaplumas, cortó parte del follaje para abrir una especie de ventana entre las ramas y atisbar el fondo. Las mellizas estaban aturdidas y le observaban con interés.

—¿Qué haces? ¿Un agujero para espiar a los Larkin? Son muy antipáticos. ¡Echémosles una piedra por la chimenea!

La idea sedujo a Ern enormemente. Jamás había probado a arrojar piedras por una chimenea, pero la cosa parecía muy factible desde donde estaba sentado. No obstante, desechó la idea de mala gana, diciéndose que, aunque tuviera la suerte de meter una piedra por la chimenea, erraría otras muchas y, al oírlas caer sobre las tejas, los Larkin saldrían de la casa, furiosos. No, no era conveniente el atraérselos.

—Escuchadme —instó Ern, tomando el mando con firmeza—. Jugaremos a que los Larkin son nuestros enemigos, ¿oís? Y

construiremos una casita aquí arriba para vigilarles y ver todo lo que hacen. Yo estaré de guardia.

—¡Y nosotras también! —le suplicaron las mellizas al unísono.

—Sí, los tres —asintió Ern con un cabezazo—. Cuando yo baje, vosotras podréis sustituirme. Pero, como soy vuestro jefe, tendréis que informarme de las novedades. ¡Ésta es nuestra atalaya!

Las mellizas escuchaban, emocionadas, mirando a Ern con admiración. ¡Su primo era mucho más listo de lo que parecía!

—Ahora bajaré a buscar un poco de madera y unas herramientas —cuchicheó Ern, descendiendo de la atalaya rápidamente.

Una vez al pie del árbol, agregó cautamente:

—¡Ahora, durante mi ausencia, vigilar vosotras con suma atención!

En aquel momento, su tío, el jardinero, regresaba a la casita. El tío Woosh era un hombre alto y taciturno que sólo iba a casa a comer o a descansar. Ern le temía un poco, pero decidió que su tío era la persona ideal para proporcionarle clavos y tablones.

—Sí, ve a buscarlos a mi cobertizo —dijo el hombre—. Allí encontrarás todos los que quieras.

Dicho esto, tío Woosh reanudó su camino, y Ern echó a correr al cobertizo, loco de satisfacción.

¡Construiría una casita en lo alto de aquel árbol a la manera de magnífica atalaya! ¿Qué le parecería a Fatty aquella «idea»?

Capítulo VIII

Ern está al acecho

Transcurrieron dos días. Cada mañana, Fatty y sus amigos escudriñaban los periódicos, pero no había más noticias de los Lorenzo, salvo que la policía estaba más o menos segura de que la pareja se ocultaba en algún punto del país, en espera de escaparse en cuanto las cosas se apaciguasen un poco.

—Yo tenía idea de que era muy «difícil» esconderse cuando todo el mundo andaba persiguiéndole a uno —comentó Daisy—. Al fin y al cabo, resulta facilísimo reconocer a los Lorenzo, pues sus fotografías han aparecido en todos los periódicos.

—Olvidas que son actores —repuso Fatty—, y, por tanto, capaces de disfrazarse de modo que nadie los conozca.

—Como tú haces a veces —intervino Bets—. ¡Oh, Fatty! ¡La verdad es que, por ahora, todo esto está resultando bastante aburrido! ¿Por qué no te disfrazas de algo para animar un poco la cosa? De indio, por ejemplo. Como estás tan moreno de tomar el deslumbrante sol suizo, podrías pasar perfectamente por extranjero. ¡Vamos, decídete! ¡Nos divertiríamos un poco!

—Ya lo pensaré —murmuró Fatty, tomando secretamente la determinación de disfrazarse, como sugería Bets, para romper aquella monotonía—. A propósito, ¿qué estará haciendo Ern? Llevamos dos días sin verle.

Ern había hecho grandes progresos. A la sazón tenía a las mellizas casi domesticadas. De hecho, las chiquillas sentían por él tanta admiración, que resultaban hasta pesadas en su empeño de seguirle a todas partes.

El muchacho había construido la casa en el árbol. Como era tan

habilidoso, gozó mucho con todo el proceso, dando constantes órdenes a las mellizas y alardeando de sus conocimientos de carpintería.

Hasta su tío Woosh interesóse en la obra y le ayudó considerablemente a realizarla. En cambio, su tía mostróse adversa a la empresa, calificándola de supina estupidez.

—¿A quién se le ocurre estar todo el santo día subidos a los árboles? —gruñía la mujer—. ¡Se ponen perdidos! ¡Mira cómo están esas crías después de pasarse la mañana allí subidas! ¡Da grima verlas!

Su padre las miró curiosamente y luego, suspirando, hizo una de sus raras observaciones:

—No veo ninguna diferencia —mascullό—. Siempre van igual de sucias.

Y salió de la casa, seguido de una retahíla de quejas de su mujer. Ern le acompañó.

—¡Mujeres! —refunfuñó el señor Woosh, indicando la casita con un ademán—. ¡Mujeres!

Ern asintió en silencio con aire comprensivo. En cuanto su tío había descubierto que, al igual que él, el muchacho era un gran aficionado a la carpintería, habíase mostrado muy cordial. Así, pues, Ern disfrutaba mucho de su estancia en la casa, particularmente después de conseguir la absoluta sumisión de las mellizas.

Por fin quedó terminada la casa en el árbol. Era muy primorosa, construida con fuertes tablas de madera perfectamente ensambladas. Constaba de tres paredes y un tejado muy peculiar, adaptado a la forma de las ramas que lo cubrían. Como es de suponer, la pared que faltaba era la abertura destinada a «espiar» a los Larkin a través de las ramas.

La madre de las mellizas dioles varias tazas y platos para que tomasen piscolabis allí arriba. Las niñas estaban tan entusiasmadas, que obedecían sin chistar cualquier orden de su primo.

Ern sentíase tan excitado como sus primas. Jamás había imaginado que fuera tan fácil construir una casa en lo alto de un árbol. Claro está que su tío habíale ayudado mucho. ¡Forzoso era reconocerlo!

Ern y las mellizas permanecían allí continuamente, pero el chico lo pasaba mejor cuando le dejaban solo en su atalaya. Resultaba, en verdad, muy emocionante hallarse encaramado en aquel frondoso abeto, atisbando quedamente a través de la abertura practicada en el follaje, desde la casita de madera.

Los Larkin no tenían idea de que los espiaban tres niños. Para las mellizas aquella vigilancia equivalía a un mero juego, como el de los pieles rojas, pero para Ern significaba algo muy serio. Estaba ayudando a Fatty y, por medio de todo aquello, tenía la posibilidad de reunir unas pistas para él, ver algo sospechoso e incluso colaborar a resolver el misterio de los Lorenzo, pese a reconocer que esto último no era «muy» probable.

Así, pues, escudriñaba la casita de los Larkin siempre que podía, atento a cualquier señal de movimiento. Habíase provisto de una lata de enormes caramelos de menta, que aumentaban considerablemente el grosor de sus carrillos, pero duraban mucho rato, tenía, además, una revista infantil para entretenerse y, en conjunto, gozaba de lo lindo escondido en la pequeña casita construida en las ramas del árbol.

—¡La verdad es que el viejo Larkin no hace gran cosa! —pensaba el chico—. Se limita a salir a buscar unas coles o a hacer unas compras, y a dejar escapar a la perrita y llamarla luego a grandes voces. ¡Pobre «Poppet»! ¡No me extraña que tenga ese aspecto tan tristón!

En efecto, el señor Larkin no parecía tener mucho que hacer. En cuanto a la señora Larkin, apenas se dejaba ver. Al parecer, tenía un fuerte resfriado, porque Ern oíala toser con frecuencia. Una vez, al salir la mujer un momento a tender unas piezas de ropa, Ern oyóla estornudar y sorberse el moco constantemente.

Por fin, la mujer inclinóse a recoger la cesta de la ropa, con un gemido. Ern la observó, diciéndose que la señora Larkin era, en verdad, una mujer muy fea, con su rara peluca, su pálido rostro y su nariz colorada.

«Poppet» salió también, con el rabo entre las patas, procurando mantenerse a distancia de la mujer. Ésta gritóle con voz áspera:

—¡Si vuelves a escaparte, te daré una paliza, so babona!

La perrita metióse de nuevo en la casa, seguida de la resfriada

señora Larkin. Ern tomó unas notas sobre ella en su libreta. Había arrancado ya las anotaciones hechas a raíz de las explicaciones de su tía, el día de su llegada, porque, al repasarlas más tarde, encontróse con que no comprendía el significado de todas aquellas palabras sueltas, tales como «patas», «baños a medianoche», etc.

En cambio, sentado tranquilamente en lo alto del árbol, podía escribir cosas más sensatas.

—La señora Larkin tose y estornuda —anotó—. Lleva peluca. Tiene la voz ronca y cascada, como una rana. «Poppet» le tiene miedo. La mujer gime cuando recoge cosas del suelo.

Transcurridos dos días, Ern decidió ir a ver de nuevo a Fatty y sus amigos, y se puso en marcha, con la libreta en el bolsillo.

Encontró a los cinco investigadores, con «Buster», en el cobertizo, jugando a las cartas. Todos se alegraron mucho al verle.

«Buster» le saludó con sonoros ladridos. Ern se puso muy hueco al ver la mesa que había regalado a Fatty, instalada en medio del cuarto, con una bandeja de galletas de chocolate sobre su bruñida superficie. El muchacho quedóse en el umbral de la puerta, sonriente.

—Pasa, Ern —invitó Fatty, recogiendo los naipes—. Estás en tu casa. Ya hemos terminado la partida. ¿Qué noticias traes?

—No muchas —replicó Ern—, salvo que he construido una casa en un árbol desde el cual se domina la casita de los Larkin y el jardín de «Tally-Ho». Desde allí puedo vigilar a mis anchas.

—¿«De veras» es una casa en un árbol? —exclamó Bets, fascinada—. ¡Cuánto me «gustaría» verla! ¡Eres «muy» listo, Ern!

Ern se ruborizó ante semejante elogio de la chiquilla.

—He tomado unas notas —dijo, entregando el cuaderno a Fatty —. No valen gran cosa, pero ahí van, por si acaso. ¡Cualquiera sabe!

Tras leerlas rápidamente, Fatty devolvióle la libreta, diciendo:

—Muy bien, Ern. Tu contribución es muy valiosa. Es posible que estas notas nos resulten útiles más adelante, si podemos seguir investigando este caso.

—¿Tenéis algo interesante que contarme? —inquirió Ern, complacido.

—Nada —gruñó Fatty, sombríamente—. ¡Es insoportable tener un misterio como éste ante nuestras propias barbas y no poder

hincarle el diente!

—La única novedad venía en el periódico de esta mañana —declaró Larry.

—¿Cuál? —preguntó Ern, que no había leído aún el periódico.

—Los Lorenzo fueron vistos en el norte del país —explicó Larry—, cerca de un campo de aviación, en un pequeño hotel. Y lo que es más, esta vez llevaban un embalaje de madera, además de dos maletas.

—¡Atiza! —exclamó Ern—. ¡El cuadro! ¿Así, no les prendieron? ¿Pudieron escapar?

—Sí, durante la noche —respondió Fatty—. Robaron un coche del garaje y se marcharon con sus maletas y el embalaje. Sin embargo, no creo que intenten huir del país por ahora. Probablemente se esconderán en algún lugar seguro en espera de los acontecimientos.

—¿No podría ser que regresaran a Peterswood? —profirió Ern, emocionado—. Tendré que procurar vigilar estrechamente la casa vecina desde mi atalaya.

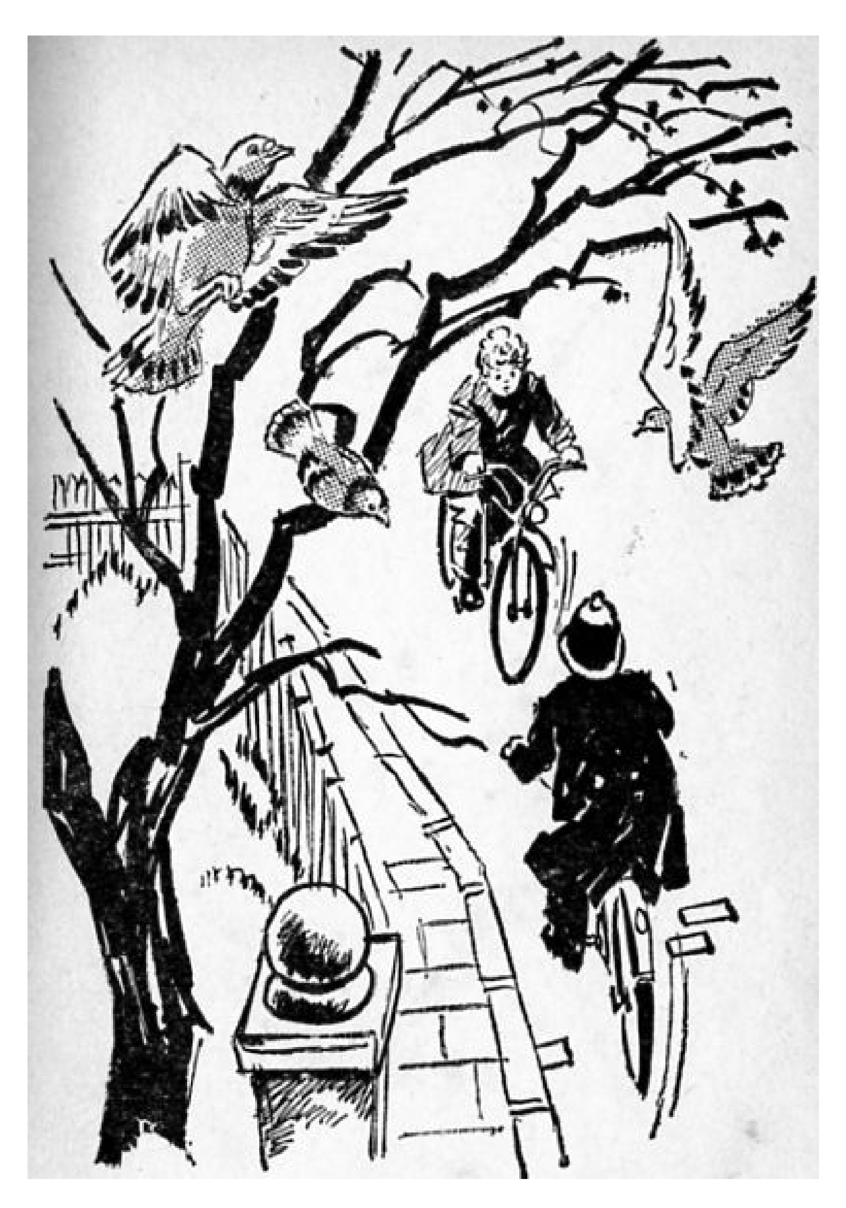
—Es posible que vuelvan —convino Fatty—. Y, como decíamos el otro día, a lo mejor mandan a alguien a buscar a «Poppet». Conque observa si acude algún desconocido a la casita de los Larkin, Ern, y cerciórate de si la perrita continúa allí.

—¡Descuida! —prometió Ern—. ¡Lo haré!

El muchacho pasó una agradable mañana con sus amigos. Luego, recordando que sus tíos almorzaban a las doce y media, en vez de a la una, levantóse para marcharse.

—Volveré cualquier rato. ¡Adiós a todos! Gracias por las galletas. ¡Adiós, «Buster»!

«Buster» acompañóle hasta el portillo, cortésmente, meneando la cola en señal de despedida. El «scottie» simpatizaba con Ern y parecía tener interés en demostrárselo.



Ern alejóse en su bicicleta a toda velocidad. Al llegar a la esquina, tocó la campanilla al mismo tiempo que otra persona que venía en dirección contraria tocaba la suya a su vez. Ern dobló la esquina, pedaleando velozmente y vio a su tío, el señor Goon, pedaleando también a toda marcha en su bicicleta. Desgraciadamente, al tomar la curva el policía salióse de su mano, y

las dos bicicletas estuvieron a punto de chocar. Ern hizo una rápida maniobra, pero no pudo evitar que su pedal alcanzase al del señor Goon, a consecuencia de lo cual ambos se vinieron abajo.

—¡Ooooh! —gimió el policía, al tiempo que aterrizaba pesadamente y se le caía encima la bicicleta.

—¡Ooooh! —chilló Ern, cayendo al suelo a su vez.

Y echando una aterrada ojeada al señor Goon, se puso en pie. Entretanto, el hombre no cesaba de gemir y, al reconocer a su sobrino, quedóse mirando, boquiabierto.

—¿Qué? Pero ¿eres «tú», Ern? ¿Cómo te atreves a ir a sesenta millas por hora al doblar una esquina? ¿Cómo…?

—No fue culpa mía, tío —farfulló el pobre Ern, petrificado de miedo—. No ibas por tu mano.

—¡Mentira! —espetó el señor Goon, faltando descaradamente a la verdad—. ¿Te atreves a acusarme de causar este accidente? ¡Aguarda y verás, sobrino Ern! A propósito, ¿qué haces en Peterswood?

Pero Ern no estaba dispuesto a darle explicaciones. En vez de ello, decidió marcharse; mas he ahí que, en el momento en que apoyaba el pie en el pedal izquierdo para pasar la pierna al otro lado y sentarse en el sillín, su tío lanzó un alarmante gemido.

—¡Oh, mi espalda! ¡Creo que me la he roto! Ven acá, Ern, ayúdame a levantarme. ¡Vamos, acércate! —insistió, tendiendo a su sobrino una enorme manaza—. ¡Dame un tirón!

Ern obedeció, pero al ver el irónico brillo de la mirada de Goon, retiró la mano a tiempo y montó rápidamente en su bicicleta, jadeante. ¡Cáspita! ¡«Por poco» había caído en la trampa!

Capítulo IX

El señor Hoho-Ha

Ern pedaleó en dirección a casa de su tía a toda velocidad, volviéndose de cuando en cuando para comprobar si Goon le seguía. Pero, afortunadamente, no vio rastro de su tío.

Por su parte, Goon tuvo que hacer acopio de energías para levantarse del suelo. Una vez logrado esto, el policía examinó su bicicleta por si tenía algún desperfecto. Al parecer, estaba intacta. No obstante, Goon desistió de perseguir a Ern, sabedor de que el muchacho era más ágil y que, por tanto, no podría darle alcance.

—¡Demonio de Ern! —refunfuñó el hombre—. ¡Pobre de él cuando le coja! ¡Le arrancaré la cabellera y le calentaré las orejas! ¡Por poco me mata! ¡Parecía una verdadera exhalación infernal! ¡Me gustaría saber qué está haciendo en Peterswood!

Goon ignoraba que Ern estaba pasando unos días en Peterswood y que se alojaba en la finca vecina de la de los Lorenzo. Con mucha precaución, el policía montó en su bicicleta, temeroso de que el vehículo tuviese alguna pieza rota y cediese bajo su peso.

¿Qué estaría haciendo Fatty? No le había visto para nada desde la mañana en que recibiera la visita de los cinco investigadores. El mero recuerdo del muchacho le hizo enfurruñar.

Aquel gordinflón era más astuto que un zorro. ¿Esperaba intervenir en el misterio Lorenzo? ¿Habría ido a ver a los Larkin y conseguido sonsacarles más a fondo que él? ¿Estaría tramando algo? El señor Goon no pudo por menos de inquietarse y, sin desarrugar el ceño, pedaleó con fuerza hacia su casa.

—Creo que lo mejor que puedo hacer es darme otra vuelta por la casita de la finca «Tally-Ho» para interpelar de nuevo a los Larkin

—pensó—. Preguntaré a Bob Larkin si ese gordinflón ha ido a curiosear por allí, y en caso afirmativo, le daré su merecido.

Pero Fatty no había ido a ver a los Larkin porque el superintendente habíale aconsejado no hacerlo. Y, aunque disimulaba ante los demás, el chico seguía muy desanimado.

¿Cómo estaría la pequeña «Poppet»? Ern había escrito en sus notas que la perrita temía a la señora Larkin y sentía verdadero terror por el señor Larkin. Según esto, la pobrecilla lo estaba pasando muy mal. Después de siete años de mimos y caricias, aquella nueva vida debía de resultarle muy dura.

—Estoy seguro de que la señora Lorenzo intentará recuperar su perra, caso de que no pueda salir del país —se dijo Fatty—. O tal vez enviará a alguien en su busca para confiarla a personas más amantes de los animales. Creo que esta tarde iré a ver la atalaya de Ern en el árbol para explorar un poco el terreno.

Luego, tras unos instantes de reflexión, decidió:

—De todos modos, será preferible que no vaya tal cual por si tropiezo con Goon. ¡Me disfrazaré de indio, tal como sugirió Bets!

Entonces, mirándose al espejo, arrollóse una toalla a la cabeza, a guisa de turbante. Bets tenía razón. ¡Parecía un indio de verdad!

—No me conviene cruzarme de brazos cuando hay algo en perspectiva —pensó, sonriendo mucho más animado—. ¡Hay que actuar para sacar algo en limpio! ¡Vamos, Fatty! ¡Muévete! ¡Busca un buen disfraz!

Inmediatamente después de almorzar, Fatty encerróse en su cobertizo, dispuesto a trabajar. Encontró una bonita tira de tela, ideal para improvisar un turbante y, tomando un librito muy útil llamado «Cómo disfrazarse adecuadamente», consultó el capitulo «Modo de ponerse los turbantes». Luego practicó un buen rato con la vistosa tira hasta conseguir arrollársela debidamente alrededor de la cabeza.

Acto seguido pintóse un pequeño bigote negro sobre el labio superior y se oscureció un poco la barbilla para simular una barba afeitada. Después se introdujo almohadillas postizas en la boca para modificarse la forma de la cara y, al punto, se le abultaron las mejillas y cobró un aspecto de persona mayor. Por último se pintó las cejas más gruesas y oscuras y, una vez terminada su

caracterización, contemplóse en el espejo, adoptando una siniestra y misteriosa expresión.

«¡Magnífico! —pensó—. ¡Caramba! ¡Qué impresión da mirarse en el espejo y verse tan diferente! ¡Ajajá! Y ahora, ¿qué más probaré?».

De hecho, las indumentarias exóticas resultaban demasiado llamativas para lucirlas en pleno mes de enero. Además, no le interesaba atraer a una tropa de chiquillos detrás de él. De pronto, recordó a varios estudiantes orientales que había visto en Londres.

—Llevaban turbantes, pero vestían con abrigo y pantalones negros, muy ajustados. Me figuro que no querían pasar frío en nuestro crudo invierno. En fin, lo mejor será ponerme turbante y un traje corriente. ¡Tengo la cara tan tostada que bastará un turbante para conferirme un aspecto oriental!

Encontró unos pantalones negros algo sucios y tan ajustados que no pudo abrochárselos en la cintura. Afortunadamente, tuvo la buena idea de suplir la deficiencia sujetándoselos con una faja. Finalmente, completó su indumentaria con un abrigo viejo.

«¡Parezco un estudiante extranjero de un país oriental! —se dijo, muy satisfecho—. ¡En marcha, Fatty! ¡Hacia "Tally-Ho"!».

Con gran consternación de «Buster», el muchacho se fue solo, procurando pasar rápidamente ante la ventana de la cocina para que no le vieran las sirvientas. Pero su madre sí le vio y siguióle con la mirada, diciéndose, sorprendida:

—¿Quién es ése? Supongo que un amigo de Federico. ¡Qué raro está con ese vistoso turbante!

Fatty encaminóse al río y, una vez allí, recorrió el sendero de la orilla. Sólo vio a una anciana con un perro, que se le quedó mirando, intranquila. ¿Le arrebataría el bolso aquel sujeto? Pero el desconocido pasó presurosamente, con gran alivio de la dama.

Fatty llegó al fin ante el portillo junto al río que daba acceso a los jardines de «Tally-Ho». Era una sencilla portezuela, muy distinta de las dos imponentes puertas de la parte anterior de la finca, a través de las cuales habían entrado y salido tantos coches el verano anterior.

No se veía un alma por los alrededores. Fatty dio unos pasos más allá y metióse en el jardín saltando por encima de la valla.

Cautelosamente, se dirigió a la gran casa desolada y vacía, sin el menor vestigio de humo en sus numerosas chimeneas.

El muchacho atisbó por la ventana. En el interior había una espaciosa sala, con las sillas enfundadas y una gran mesa barnizada en medio, sobre la cual veíase un enorme jarrón lleno de flores marchitas.

Fatty dio una mirada circular a la estancia. Había sillas, mesitas, un taburete y, en el suelo, junto a éste, un curioso y pequeño objeto gris, sólido y gomoso.

El chico preguntóse qué sería y por qué estaba en el suelo. Tras observarlo curiosamente, adivinó de pronto de qué se trataba. Era un pequeño hueso de caucho de los que suelen darse a los perros para jugar y mascar.

—Probablemente es un juguete de «Poppet» —coligió Fatty.

Y, apartándose de la ventana, echó a andar por un sendero bajo una pérgola de rosales. De pronto, al término de caminillo, tropezó cara a cara con el señor Larkin, que en aquel momento doblaba cansinamente la esquina con una brazada de leña.

Vivamente sobresaltado, el señor Larkin soltó toda la leña. Fatty apresuróse a recogerla. Luego, dirigiéndose al asustado señor Larkin con un acento muy extranjero, profirió:

—¡Discúlpeme, por favor! He venido aquí a ver a mis viejos amigos, los Lorenzo, con quienes me une una antigua amistad, pero me he encontrado la casa cerrada y desierta. Por favor, buen hombre, ¿podría usted decirme dónde están mis amigos?

—Se han ido —respondió el señor Larkin—. ¿No ha visto usted los periódicos? Son unos pájaros de cuenta.

—¿Que se han ido? —repitió Fatty, afectando el máximo desconcierto—. No comprendo.

—Pues sí, se han ido —insistió el señor Larkin, impacientemente.

Fatty le observó. Tenía el miserable aspecto de siempre, con el rollizo cuerpo arrebujado en un sucio y viejo abrigo, la bufanda hasta la nariz y la consabida gorra echada sobre los ojos. El hombre miró a Fatty con recelo a través de sus gruesas gafas.

—Aquí no permitimos la entrada a gente desconocida —masculló el señor Larkin, desviando la mirada de la de Fatty.

Éste, por su parte, procedía a escrutar al viejo, súbitamente acuciado por el deseo de disfrazarse como él. Si se disfrazaba de Bob Larkin podría merodear por toda la finca y atisbar por las ventanas sin llamar la atención. Podría incluso meterse en la casa si daba con las llaves. A buen seguro, Larkin disponía de algún juego. Sí, llevaría a cabo su plan una noche… Sería divertido.

—Tendrá usted que darme su nombre —instó el señor Larkin, recordando de pronto que la policía habíale encargado tomar el nombre a toda persona que visitara la casa—. ¿Es usted extranjero, verdad? —inquirió, sacándose una sucia agenda del bolsillo con su correspondiente lápiz.

—Puede usted tomar nota de mi nombre —accedió Fatty, cortésmente—. Es señor Hoho-Ha.

Y tras deletrearlo con amable solicitud, añadió:

—Y mis señas son: Castillo de Bong, India.

El señor Larkin anotólo todo laboriosamente, poniendo su agenda en la repisa de una ventana para escribir con claridad. Cuando levantó de nuevo la vista, el señor Hoho-Ha había desaparecido.

Larkin recogió la leña, gruñendo por lo bajo. Todo aquel estúpido asunto de la policía le incomodaba. ¿Por qué no le dejaban trabajar en paz? Claro que, en realidad, tenía muy poco trabajo. Ya no era necesario encender todas aquellas calderas. Por consiguiente, no podía gozar de la agradable temperatura del cuarto de calderas, ni sentarse allí tranquilamente a leer el periódico.

¡Su única ocupación consistía en cuidar a una detestable perrito de lanas!

Fatty hallábase detrás de un arbusto, observando a Larkin mientras éste recorría el sendero, con el afán de fijarse en todos los detalles: la cojera, la inclinación de los hombros, la gorra algo ladeada sobre el rostro. ¡Sí, podría disfrazarse de Larkin lo suficiente bien para engañar incluso a su vieja esposa!

Fatty aprovechó la ocasión para reconocer las alrededores. Examinó el cobertizo, los invernaderos, el cuarto de las calderas y la glorieta, atento a cualquier nueva aparición. Pero no vio a nadie.

No obstante, habría visto a alguien de haberse acercado a la casita de los Larkin. ¡Habría visto al señor Goon! En efecto, éste

había resuelto interpelar de nuevo a los Larkin, y, en aquel momento, trataba por todos los medios de sacar algo a la señora Larkin, aparte de sus toses, gemidos y estornudos.

Fatty habría visto también a otras dos personas si se hubiese tomado la molestia de mirar a lo alto de aquel alto abeto que crecía junto al seto que separa los jardines de «Tally-Ho» y «Chimeneas Altas», la finca vecina. ¡Habría visto a Glad y Liz!

Éstas, fieles a su promesa, llevaban dos horas de guardia en el árbol, mientras Ern arreglaba los frenos de su bicicleta, resentidos a consecuencia del reciente choque con el señor Goon. Antes de proceder o su reparación, el muchacho había encargado a sus primas:

—Escuchad, Glad y Liz. Id allá arriba a vigilar. Aquí tenéis dos caramelos para cada una. Así os entretendréis.

Glad vio al extraño extranjero apenas éste saltó por la valla. La sorpresa de la chiquilla fue tal, que se tragó el caramelo que tenía en la boca y estuvo a punto de caerse de la casa del árbol de pura impresión.

Cuando por fin se recobró, el extranjero había desaparecido. Liz habíale visto también, y ambas se miraron, excitadas.

—¡Aún debe de estar ahí! —cuchicheó Glad—. Vamos, Liz, bajemos a decírselo a Ern. Apuesto a que irá en seguida tras él. ¡Verás qué satisfecho estará de nosotras!

Capítulo X

Ern sigue a un sospechoso

Glad y Liz casi cayeron del árbol en su precipitación. Apenas abajo, dirigiéronse al pequeño cobertizo donde Ern procedía a reparar su bicicleta.

—¡Ern, hemos visto a un hombre! —declaró Glad con voz tan chillona que resonó por todo el jardín.

—¿Dónde? —inquirió Ern, levantándose sobresaltado—. ¿Quién?

Tras oír las explicaciones de Glad y Liz, el muchacho desapareció por el seto y, acercándose cautelosamente a la casita de los Larkin, se detuvo, aterrado. ¡El señor Goon estaba en la puerta hablando con la señora Larkin! Las mellizas no le habían visto porque el policía había llegado a «Tally-Ho» mientras ellas descendían del árbol.

El señor Goon descubrió a su sobrino en el preciso momento en que éste advertía su presencia en el lugar. ¿No estaría soñando? ¡Allí estaba Ern otra vez! ¡En el jardín de los Larkin!

El policía lanzó tal rugido que la señora Larkin desapareció inmediatamente en el interior de la casa, cerrando la puerta con estrépito. Ern quedóse tan petrificado que no acertaba a moverse.

—¿Qué haces «tú» aquí? —farfulló el señor Goon, avanzando hacia él majestuosamente—. ¡Ven conmigo! ¡Tengo algo que decirte!

Ern tuvo el tiempo justo de echar a correr por el sendero como alma que lleva el diablo, sin reparar en que, en dirección contraria, venía el señor Larkin cargado aún con su brazada de leña. El hombre soltó su carga por segunda vez, al tiempo que Ern

tropezaba de manos a boca con él, derribándole casi por tierra. No obstante, el viejo logró agarrarle y sujetarle, un instante antes de que el corpulento corpachón del señor Goon le arrollase materialmente en su intento de dar alcance al muchacho.

—¡Cáscaras! —exclamó el señor Larkin, asustado y contrariado—. ¿Qué es esto?

—¡Sujete a ese chico! —ordenó el señor Goon, sin resuello—. ¡Sujételе!

El señor Larkin bregó en vano por retener al fugitivo, pero el señor Goon, logrando detenerlo, zarandeóle con tal fuerza que el pobre Ern perdió la noción de lo que estaba sucediendo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el señor Goon, coléricamente—. ¿Anda también merodeando por aquí tu amigo el gordinflón?

—No —repuso Ern, convencido de que Fatty y los demás miembros de la pandilla estaban jugando amigablemente en el cobertizo de los Trotteville.

—Oiga, señor Goon —intervino el viejo Larkin—. Hace un momento he visto vagar por estos jardines a un extranjero llamado Hoho-Ha.

—¿Por qué no me lo decía antes en lugar de quedarse ahí parado como un pasmarote? —gruñó el señor Goon, injustamente—. ¿Dónde «está» ese individuo?

—Suélteme, tío —gimió Ern, incapaz de aguantar más la presión de las manos del policía—. Yo también estaba persiguiendo a ese desconocido. Si me suelta, lo buscaré.

—¿Insinúas que tú también andabas detrás de él? —masculló el señor Goon, lanzando una mirada circular, con la esperanza de ver al extranjero.

—Deje que este chico lo busque, señor —sugirió el señor Larkin, casi invisible bajo su vieja gorra—. Un muchacho puede acechar tranquilamente sin ser visto. Usted hace demasiado bulto. Suelte a ese chaval y encárguele que siga a ese extranjero hasta que logre usted darle alcance y prenderlo.

—Si te suelto, ¿lo harás? —interrogó el señor Goon, dando una sacudida a su sobrino—. Ten en cuenta, Ern, que estoy ardiendo en deseos de ponerte sobre mi rodilla y darte la zurra más grande que has recibido en tu vida.

—¡No, tío! —suplicó Ern, casi lloroso—. Te prometo que, si me sueltas, buscaré a ese sujeto y lo seguiré a donde quiera que vaya. ¡Palabra, tío!

—Lleva un turbante —explicó el señor Larkin—, una especie de toalla alrededor de la cabeza —agregó, dirigiéndose al desconcertado Goon—. Por tanto, es fácilmente identificable. No puede estar lejos, pero si no suelta usted en seguida a este chico, le perderá el rastro.

Goon soltó el brazo de Ern y éste echó a correr, aliviado. ¡Qué mala suerte haber tropezado de nuevo con Goon en el preciso momento que se disponía a perseguir al desconocido para informar a Fatty! ¡Al presente, tendría que hacerlo por encargo de su tío, en detrimento de la investigación de su amigo Federico!

Ern recordó las lecciones que éste le había dado para seguir a un sospechoso, y fue quedamente de arbusto en arbusto, atento, vigilante. No tardó en percibir el crujido de una ramita en el sendero. ¡Sin duda el extranjero andaba por allí!

Ern atisbó a través de un arbusto. Pese a que estaba anocheciendo, entrevió a un hombre tocado con un turbante. ¡Era el que buscaba!

—¡Qué tipo más sospechoso! —se dijo Ern—. ¡Salta a la vista que no tiene buenas intenciones! Tendré que andar con cautela. ¡No sea que lleve un cuchillo!

El muchacho estaba emocionadísimo.

«¡Casi parece una película! —pensó, recordando los dramáticos momentos de algunos de los filmes del Oeste que había visto recientemente—. ¡Atiza! ¿Qué dirán Fatty y los demás cuanto se enteren de esto?».

El hombre del turbante descendió por el sendero en dirección al portillo que daba al río. Ern siguióle cautelosamente, a prudente distancia. Entonces, Goon, avistándoles a los dos, procedió a seguirles a su vez. Si no perdía de vista a Ern, éste le conduciría al lugar a donde se dirigía el desconocido.

Por su parte, Fatty no tenía la menor idea de que le seguían Ern y el señor Goon. Mientras andaba, pensaba en Larkin y en lo divertido que sería disfrazarse como él y encontrarle alguna mañana por la calle. ¿Qué «diría» Larkin si se enfrentaba con un doble de sí

mismo?

Ern seguíale cautelosamente, conteniendo el aliento. Tras recorrer el sendero de la orilla, Fatty torció en dirección al pueblo de Peterswood. Ern siguióle a hurtadillas, amparándose en las sombras.

Goon cerraba la marcha, arrepintiéndose de haber dejado su bicicleta en casa de los Larkin. ¡Luego, por la noche, tendría que darse otra caminata para ir a recogerla!

De pronto, Fatty, presintiendo que le seguían, volvióse a mirar. ¿Serían ciertas sus sospechas? ¿Había alguien escondido detrás de aquel arbusto? ¡Bah! ¡No importaba!

Súbitamente, Fatty optó por echar a correr, diciéndose que no le convenía ser detenido por Goon, si éste «era», en efecto, su perseguidor. No sospechaba ni remotamente que se trataba de Ern. Tras franquear el portillo del jardín, precipitóse a la puerta lateral de la casa y subió las escaleras de dos en dos para refugiarse en su habitación. «Buster» le acogió con una salva de regocijados ladridos.

Cualquiera que fuese el disfraz adoptado por Fatty, el perrito siempre le reconocía por el olor, tanto si iba vestido de extranjero, como de viejo, de gitano o de repartidor de carne. ¡Con sólo un olfateo le bastaba!

—¡Atiza! —murmuró Ern, emergiendo de las sombras al ver que el desconocido franqueaba el portillo—. ¡Qué raro! ¡Aseguraría que ese tipo ha entrado en el jardín de Fatty! A lo mejor es amigo suyo. ¡Cáscaras! ¡Ahí viene mi tío!

—¿Dónde se ha metido ese hombre? —inquirió el señor Goon, agarrando a Ern por el hombro.

—En el jardín de Fatty —respondió el chico, con la sensación de que le oprimían con unas tenazas—. Escuche, tío. Tal vez ese desconocido es amigo de Fatty. ¿Por qué no le deja en paz?

—Porque me gustaría saber a quién manda Federico Trotteville a acechar a los jardines de «Tally-Ho» —repuso Goon.

Y, sin más, el policía franqueó el portillo, dejando fuera al pobre Ern, mientras éste se preguntaba si no habría puesto a Fatty en un aprieto.

El señor Goon llamó reciamente a la puerta y, al acudir a abrirle la doncella, preguntó en tono pomposo:

—¿Está en casa Federico?

Antes de que la sirvienta pudiera contestar a su pregunta, presentóse la señora Trotteville en el vestíbulo.

—¿Qué desea, señor Goon? —inquirió la dama—. ¿Es usted quien ha llamado con esos golpes?

—Pues… sí, creo que sí —farfulló Goon, olvidando toda su pomposidad a la vista de la temida señora Trotteville—. He venido a preguntar por un extranjero.

—¿Un extranjero? —exclamó la madre de Fatty—. Aquí no hay ningún extranjero. ¿Qué le induce a usted a creer lo contrario?

—Ha entrado por el portillo de esta casa —le respondió Goon—. Es un hombre con un turbante.

—¡Cielos! —profirió la señora Trotteville—. Ahora recuerdo haber visto pasar ante la ventana a un hombre con un turbante a primera hora de esta tarde. Voy a llamar a Federico. A lo mejor, él también lo ha visto.

Y, acercándose al pie de la escalera, gritó:

—¡Federico! ¿Estás ahí?

—¡Sí, mamá! —contestó Fatty, apareciendo de pronto en lo alto de la escalera con su indumentaria habitual y la cara limpia de afeites—. Estaba leyendo en mi cuarto. ¿Deseas algo?

—El señor Goon ha venido a preguntar por un extranjero que, según él, entró en nuestro jardín hace un momento —explicó la señora Trotteville.

—Me parece que ese señor ve visiones —repuso Fatty, adoptando un tono inquieto—. ¿Se encuentra usted bien, señor Goon? ¿Cómo era ese individuo?

—Llevaba un turbante —gruñó Goon, empezando a enfurruñarse.

—No he visto a nadie con turbante —masculló Fatty—. Creo que, de haberlo visto, lo recordaría.

—No seas estúpido, Federico —convino su madre—. Esta tarde «he visto» a un desconocido con turbante, pero, si no recuerdo mal, el resto de su indumentaria era normal. ¿Quién puede ser esa persona, Federico?

—Tal vez un nuevo repartidor de periódicos —sugirió Fatty—. O algún amigo de los criados. O acaso alguien que tomó un atajo por

nuestro jardín. A veces, hay alguna gente que lo hace.

—Bien, señor Goon —suspiró la señora Trotteville—. Es evidente que ese hombre no está aquí. Supongo que no piensa registrar la casa.

A Goon le habría encantado hacerlo, pero su interlocutora tenía un aire tan severo, que optó por despedirse precipitadamente. Fatty acompañóle cortésmente hasta el portillo y, desde allí, le vio alejarse a grandes zancadas bajo la luz crepuscular.

Mas he ahí que en el momento que se disponía a entrar de nuevo en la casa, percibió un quedo silbido, y, al volver la cabeza, oyó la voz de Ern procedente de un arbusto cercano.

—¡Eh, Fatty! —susurró el muchacho, en tono apremiante—. ¡Tengo noticias para ti!

—¡Ern! —exclamó Fatty, sobresaltado—. ¿Qué diablos haces ahí?

Ern salió de su escondrijo cautelosamente.

—Esta tarde había un desconocido merodeando por los jardines de «Tally-Ho» —declaró el chico—. Y lo he seguido hasta tu casa. Llevaba un turbante.

—¡Pero, Ern! —barbotó Fatty—. ¡Qué zote eres! ¡Ese hombre era «yo»! Me disfracé de extranjero para echar un vistazo a la finca y cambiar unas palabras con nuestro amigo, el señor Larkin. ¿Qué pinta Goon en todo esto?

Ern refirióle tristemente lo ocurrido, sintiéndose torpe y fracasado. ¡Pensar que había llevado a Goon a casa de Fatty! ¿Qué habría pasado si su tío hubiese pillado a Fatty disfrazado? ¡Menudo trastorno para todos! El pobre Ern estaba francamente avergonzado.

—Anímate, Ern —sonrió Fatty, dándole palmaditas en el hombro —. Eso sólo indica dos cosas: ¡que mi disfraz era perfecto y que tú eres un seguidor de primera!

Ern se animó un poco. ¡El buen amigo Fatty siempre se lo tomaba todo bien! Era cuestión de estar más en guardia que nunca. ¡La próxima vez seguiría la pista a un «auténtico» sospechoso!

Por su parte, Fatty subió de nuevo a su habitación algo deprimido después de aquella interesante tarde. ¡Aquello no era un misterio, sino simplemente un estúpido galimatías periodístico!

Capítulo XI

Una larga conversación

Fatty sorprendióse vivamente al ver los periódicos de la mañana siguiente. Por algún conducto la prensa habíase enterado del hecho de que un extranjero desconocido había sido visto merodeando por los jardines de «Tally-Ho».

«El misterio de los Lorenzo y del cuadro robado pasa de nuevo a primer plano de la actualidad —decía el titular—. Un antiguo amigo de la pareja es sorprendido en el jardín de la finca».

«Indio perseguido por un valiente policía» —decía otro periódico.

«Cuadro robado probablemente escondido en la finca "Tally-Ho".» —aseguraba un tercero—. «Extranjero sorprendido en la finca».

Fatty leyó aquellos titulares con indecible consternación. ¡Cielos! ¿Qué había contado Goon? Sin duda, algún periodista habíale abordado la noche anterior para preguntarle si sabía algo nuevo de los Lorenzo, y Goon no había podido menos de referir, abultando considerablemente los hechos, su encuentro con el disfrazado Fatty.

Al muchacho se le cayó el alma a los pies. ¡Pero si Goon ni siquiera le había puesto un dedo encima! En realidad, habíase

limitado a seguir a Ern, que, a su vez, seguía al supuesto indio. ¿Qué pasaría si la cosa llegaba a oídos del superintendente Jenks?

Fatty fue a reunirse con los demás en cuanto pudo. Naturalmente, sus amigos ignoraban que se había disfrazado de indio y, al ver los periódicos, su asombro no tuvo límites. Larry y Daisy habían ido a buscar a Pip y a Bets para dirigirse todos a casa de Fatty, y, al ver aparecer a éste, mostráronse muy satisfechos.

—¿Has visto los periódicos? —preguntó Pip, apenas el recién llegado entró en el cuarto de jugar, seguido del bullicioso «Buster».

Fatty asintió en silencio. Los demás miráronle, estupefactos.

—¿Qué ocurre? —inquirió Larry—. ¿Por qué pones esa cara? Nosotros nos hemos alegrado horrores de la noticia. ¡Por fin parece que va a suceder algo!

Fatty tomó asiento y se puso a gemir con tal desesperación, que Bets precipitóse a él inmediatamente, preguntándole:

—¿Qué te pasa? ¿Estás enfermo, Fatty?



—«Me siento» enfermo —balbució el muchacho—. El indio era «yo», ¿no lo habéis adivinado? Decidí disfrazarme de estudiante extranjero para ir a explorar un poco el terreno… y, como podéis figuraros, lo primero que hice fue tropezar de manos a boca con el viejo Larkin y darle un susto morrocotudo. Después, Ern me descubrió y tuvo que decírselo o Goon, que casualmente se hallaba

interpelando a la señora Larkin. Entonces, Goon le obligó a seguirme para ver dónde me dirigía.

Los otros escucháronle, horrorizados.

—¡Pero, Fatty! ¡Ahora apareces en todos los periódicos!

—Sí… Afortunadamente, nadie sabe que el indio era «yo»… excepto Ern. Ojalá no se lo hubiera dicho. No podrá callárselo. Además… ¡pobre de mí! ¡Ya no me acordaba de esto!

—¿De qué? —farfulló Bets, completamente aturullada con todo aquello—. ¡Por Dios, Fatty! ¡Explícate!

Una porción de ideas negras poblaban el pensamiento de la chiquilla.

—Encontré al viejo Larkin… y le pregunté a dónde habían ido mis viejos amigos, los Lorenzo —masculló el pobre Fatty—. Y cuando me preguntó cómo me llamaba le dije un nombre estúpido… ¡y «lo anotó»! Ahora bien: si Goon se lo saca y descubre que el indio era una filfa, en otras palabras, yo, ¡se armaría la de San Quintín!

—¿Qué nombre diste? —inquirió Larry.

—Señor Hoho-Ha del Castillo de Bong, India —declaró Fatty con otro gemido.

Sobrevino un silencio. De pronto, Daisy, lanzando una sonora carcajada, exclamó:

—¡Oh, Fatty! ¿Hablas en serio? ¿Dijiste señor Hoho-Ha? ¿Es «posible» que el viejo Larkin anotara ese nombre?

—Perfectamente posible —gruñó Fatty, incapaz aún de esbozar siquiera una sonrisa—. No es cosa de risa, Daisy. Si Ern me traiciona, estoy perdido… absolutamente perdido. Tened por seguro que los periodistas se presentarían aquí, dispuestos a entrevistar al chico que engañó a la policía. ¡Espantoso! ¿Por qué se me ocurriría semejante estupidez?

—Ern no te traicionará —tranquilizóle Bets.

—Yo no estoy tan «seguro» de eso —intervino Pip—. No es muy valiente y le tiene tanto miedo a Goon que es capaz de decirle cualquier cosa para librarse de él.

En aquel momento llamaron a la puerta. Todos volvieron la cabeza, sin saber a qué atenerse. ¿Sería Goon? No. Goon no hubiera llamado. ¡Habría entrado sin previo aviso!

Pronto se despejó la incógnita. ¡El visitante era Ern! Un Ern muy sofocado y algo asustado.

—¡Ern! —exclamó Bets—. ¡Precisamente estábamos hablando de ti! ¿Has traicionado a Fatty? ¿No habrás dicho a tu tío que el indio era él, verdad?

—¡De ningún modo! —replicó Ern, con gran alivio de todos los presentes—. Mi tío ha intentado sonsacarme esta mañana, pero no he dicho ni una palabra de Fatty. ¿Por quién me tomáis?

—Sabía que no lo harías, Ern —declaró Bets.

—He venido a contaros algo —prosiguió Ern—. Mi tío se ha portado de un modo muy raro esta mañana. No sé a qué atribuirlo.

—¿Qué quieres decir exactamente? —inquirió Fatty, interesado.

—Veréis —explicó Ern—, como os decía, esta mañana se ha presentado en casa de mi tía Woosh, aunque, a decir verdad, no tengo idea de cómo averiguó que me hospedaba allí. El caso es que me llevó al cobertizo de la leña y cerró la puerta. Yo estaba tan asustado que apenas podía tenerme en pie, convencido de que iba a darme una paliza.

—¡Pobre Ern! —compadeció Daisy.

—Pero me equivocaba —continuó Ern—. En lugar de ello, mostróse más dulce que un merengue y, tras darme una serie de cariñosas palmadas en el hombro y comentar que al fin y al cabo, yo no era tan mal chico como eso, dijo que deseaba ponerme a cubierto de cualquier contratiempo desagradable; a tal objeto, quería que le prometiera no decir una palabra de cómo había descubierto al indio ayer, ni de mi perseguimiento del desconocido.

—¡Cáspita! —exclamó Fatty, riéndose de pronto—. ¡Está tan orgulloso de lo del indio, que quiere que todo el mundo crea que «él» fue su descubridor y perseguidor y trata de excluirte a «ti» del asunto, Ern!

—¡Ah! —profirió Ern—. ¿Conque es eso, eh? Esta mañana mi tía trajo un periódico y cuando vi todo lo que decía de ti, Fatty, mejor dicho, del extranjero, me llevé el susto más grande de mi vida. Excuso decir que cuando se presentó mi tío Goon, me eché a temblar de pies a cabeza. Sólo de pensarlo, me da otra vez tembleque.

—¿Quieres un pastelillo? —ofreció Pip—. Lo dulce es muy

bueno para el tembleque.

—¡Uf! —resopló Ern, tomando uno—. ¡Qué descansado me quedé cuando mi tío me soltó! Le prometí no decir una palabra a nadie, y conste que jamás me había alegrado tanto de hacer una promesa.

Fatty lanzó un suspiro de alivio.

—¡Qué bueno eres, Ern! —dijo muy sinceramente—. ¡Me has quitado un peso de encima! Si Goon va diciendo por ahí que «él» descubrió y siguió al indio, estoy salvado. Aunque, en realidad, no debiera decir nada, estando como está en plena investigación de un caso.

—Supón que uno de los periodistas sonsaca a Larkin y se entera de que el indio dijo llamarse «señor Hoho-Ha del castillo de Bong» —sugirió Pip—. ¿No olerá Goon a chamusquina?

—No, no lo creo —concluyó Fatty, reflexionando—. Probablemente pensará que el indio intentaba engañar al viejo. De todos modos, confío en que el superintendente Jenks no se entere del asunto. En seguida comprendería que ando yo por medio.

—¡Eres único! —ponderó Ern, con ojos redondos de admiración—. ¡No sé cómo te atreves a hacer esas cosas! ¡Sopla, Fatty! ¡«No» te reconocí ni por pienso! ¡Cuando te disfrazas hasta «andas» de un modo diferente! ¡Debieras dedicarte a las tablas!

—¡Dios me libre! —replicó Fatty—. ¿Dedicarme a las tablas pudiendo ser detective? ¡Ni hablar!

—Opino que lo mejor que podemos hacer es mantenernos al margen de todo uno o dos días —propuso Daisy—, y no acercarnos para nada a «Hally-Ho». Cuando se apacigüen los ánimos, todo cambiará. Pero, entretanto, Fatty, yo no me arriesgaría.

—Tienes razón, Daisy —convino Fatty—. Aunque, personalmente, empiezo a creer que la próxima noticia que sabremos será que los Lorenzo han logrado salir del país con el cuadro… y sanseacabó.

—¡Ojalá te equivoques! —exclamó Pip—. No obstante, reconozco que este misterio está resultando muy «fastidioso» por carecer en absoluto de punto de partida. No hay pistas, ni sospechosos…

—Salvo el indio —interrumpióle Larry, con una sonrisa.

—En fin —suspiró Fatty—. Dejemos las cosas como están un par de días. Después, veremos si hay alguna novedad. Lo sabremos por los periódicos.

—¿Así no podré vigilar desde mi atalaya? —balbuceó Ern desilusionado.

—Sí, hombre, no hay inconveniente —accedió Fatty—. ¿Todavía les divierte tanto a tus primas subirse allí arriba?

—¡Ooooh, sí! —aseguró Ern, en tono algo enojado—. Incluso se han subido todas las muñecas a la casa y ya no hay sitio para sentarse. Lo malo es que una de ellas chilla como uno condenado si la pisan. ¡El otro día me dio un susto tremendo!

Todos se rieron.

—Bien —dijo Fatty—, en este caso deja subir a las mellizas al árbol cuando quieran y diles que te informen de lo que «vean». Ojalá me hubiese acordado de que, desde allí, podíais verme tan fácilmente. Esas primas tuyas deben de ser unas excelentes guardianas.

—No lo hacen del todo mal —concedió Ern—. Ahora las tengo completamente dominadas. Me tienen por una especie de genio…

—¡Oh, Ern! —exclamó Bets, alborozada.

Ern sonrió, radiante de satisfacción.

—¿Has escrito alguna otra poesía, Ern? —preguntó Bets.

Ern era muy aficionado a escribir poesías, pero, como rara vez pasaba del tercer o cuarto verso, sus obras dejaban mucho que desear.

El muchacho sacóse una libreta del bolsillo, con aire satisfecho.

—¡Es curioso que te acuerdes de mis poesías, pequeña Bets! —exclamó—. Verás, la semana pasada empecé una. Podría ser muy buena, pero, como de costumbre, me atasqué otra vez.

—¿Cómo decía? —preguntó Fatty, sonriendo—. Déjame que te ayude.

Ern procedió a leer su obra, adoptando un tono muy solemne:

«Una pobre anciana tenía un perro
que estaba siempre ladrando.
El perro se llamaba…»

—Y eso es todo —murmuró Ern—. Tengo infinidad de ideas dándome vueltas a la cabeza, pero no puedo plasmarlas.

—Es una poesía preciosa, querido Ern —ensalzó Fatty, gravemente—. ¿De veras no sabes cómo sigue? ¡Escucha!

Y poniéndose en medio de la habitación, Fatty recitó con voz exactamente igual a la de Ern:

«Una pobre anciana tenía una perra
que estaba siempre ladrando.
La perra se llamaba "Poppet"
y la mujer Larkin»[3].

La vieja tosía y estornudaba todo el día
quejándose del frío que tenía,
y cuando la perra entre piernas se ponía
un puntapié le propinaba.

Su marido entraba y salía
arrastrando su pata coja,
pues agilidad no tenía.
¡Qué horrible y fea parejota!».

Fatty se interrumpió para tomar aliento. Ern habíale escuchado, boquiabierto. Los otros reíanse a mandíbula batiente. Fatty podía seguir improvisando estrofas horas y horas, sin parar. Era una de sus innumerables habilidades.

—¡Atiza! —barbotó Ern—. ¿Cómo te las arreglas, Fatty? ¡Eso es «precisamente» lo que quería decir en mí poesía, pero me atasqué! ¡Eres prodigioso, Fatty!

—¡Bah! —sonrió Fatty, sintiéndose mucho más animado—. ¡No tiene ningún mérito! Me he limitado a ensartar una serie de tonterías.

—No es cierto —protestó Ern—. Te han salido unos versos maravillosos. Voy a anotarlos todos, pero conste que son «tuyos», Fatty, no míos.

—Nada de eso —repuso Fatty, generosamente—. Son tuyos. No los quiero. Jamás se me habrían ocurrido si no me hubieses recitado los tres primeros versos. Puedes considerarlos propios, Ern.

Ern estaba tan entusiasmado que, en el curso de los siguientes veinte minutos, no participó para nada en el regocijo general, entregado en cuerpo y alma a escribir laboriosamente su nuevo poema.

Capítulo XII

Dos días de calma

Los periódicos no volvieron a aludir al «extraño extranjero». De hecho, según Fatty pudo comprobar, con inmenso alivio por su parte, no mentaban para nada el caso Lorenzo.

Así, pues, durante un par de días, los Cinco Investigadores hicieron vida normal en compañía de Ern y «Buster». El misterio de los Lorenzo no fue siquiera mencionado, salvo que Ern facilitó la información de que las mellizas empezaban a cansarse de la casa del árbol.

—Como ha hecho un poco de viento —explicó Ern— constantemente se les han estado cayendo chismes del árbol. Además, se enfadaron porque no les permití echar pompas de jabón sobre la casita de los Larkin.

—¿Y qué conseguirían con eso? —exclamó Fatty, sorprendido—. Las pompas estallarían en seguida.

—No lo creas —repuso Ern—. Las suyas no, porque no son pompas de jabón corriente. Como el líquido es tan espeso, salen más grandes y fuertes, tanto que, aunque tropiecen con lo que sea, no se rompen y siguen volando como si tal cosa.

—Comprendo —murmuró Fatty, imaginándose al señor y la señora Larkin rodeados de grandes pompas flotantes cada vez que asomaban la nariz por la puerta—. Me parece una cosa realmente tentadora, pero, de momento, te aconsejo que disuadas a las mellizas, pues, si tal hicieran, los Larkin descubrirían al punto la atalaya del árbol.

—Ya las he advertido —aseguró Ern—. Pero son muy «desobedientes», Fatty, y no dan su brazo a torcer. La primera vez

que se les ocurrió, estuvieron a punto de caerse del árbol de risa.

—La idea es estupenda —reconoció Fatty—, y no dudo que alguna vez podremos ponerla en práctica. Pero ahora no conviene. En fin, propongo que vayamos todos a la granja a tomar café y tortas de mantequilla.

Y, tomando sus respectivas bicicletas, los chicos pedalearon en dirección al establecimiento. Ern se dijo que aquella costumbre que tenían sus amigos de ir a tomar un piscolabis entre comidas era muy laudable. Además, le venía de perilla porque, como su tía no le alimentaba tan bien como su madre, el pobre muchacho estaba siempre hambriento.

La mujer encargada de la tienda se puso muy contenta al verles. Seis niños y un perro goloso eran mejores clientes que una docena de personas mayores, porque comían tres veces más. Así, pues, apresuróse a servirles una bandeja llena de tortas calientes y mantecosas.

—¡Y además tienen pasas de Corinto! —profirió Pip—. ¡Como a mí me gustan! Eres muy amable de invitarnos a este guateque, Fatty. Por lo visto, siempre tienes la bolsa llena.

—Es mi aguinaldo de Navidad —sonrió Fatty, que tenía una porción de tíos, tías y abuelas generosos—. Siéntate «Buster». Los perros bien educados no ponen las patas encima de la mesa, ni cuentan el número de tortas.

—¡En este caso, tendrían buen trabajo! —comentó Ern, contemplando la bandeja con aire aprobatorio.

De pronto, el muchacho dio un respingo. Acababa de ver una rolliza y corpulenta figura en el marco de la puerta.

—¡Buenos días, señor Goon! —saludó Fatty—. ¿Quiere usted sentarse con nosotros? ¿Le gustan las tortas calientes?

El policía entró majestuosamente en la tienda, frunciendo los labios como si temiera que se le escapase alguna indiscreción. Ern echóse a temblar.

—Os he estado buscando —dijo el hombre a Fatty, tras escrutar a todos los muchachos—. ¿Conque el señor Hoho-Ha, eh? He leído el nombrecito en la agenda de Larkin. ¿Crees acaso que puedes engañarme? A propósito, ¿quieres que se lo cuente al superintendente?

—¿Qué insinúa usted? —replicó Fatty—. Leí en los periódicos que el otro día persiguió usted valientemente a un desconocido que merodeaba por los jardines de «Tally-Ho». Mi enhorabuena, señor Goon. Me habría gustado estar allí.

Ern desapareció debajo de la mesa sin que su tío se percatara del hecho, y «Buster» acogióle cordialmente, lamiéndole toda la cara.

—¿Qué quieres decir con esto? —inquirió el señor Goon—. ¿Acaso no estabas allí? ¡Me consta que eras tú, señor Hoho-Ha! Y ahora permíteme que te dé un consejo, Federico Algernon Trotteville. Lo mejor que puedes hacer es volver a tu castillo de Bong, ¿oyes? De lo contrario vas a pasarlo muy mal.

Y tras proferir esta amenazadora indirecta, el policía salió del establecimiento. La dueña siguióle con la mirada, asombrada. ¿Qué significaba todo aquello?

—¡Pobre hombre! —suspiró Fatty, compasivamente, tomando otra torta—. ¡Está loco de atar! Vamos, Ern, sal de ahí. Ya pasó la tormenta. Si no te das prisa, te quedarás sin tortas.

Ern salió presurosamente de su escondrijo, aún algo pálido y abrió la boca como para formular una pregunta.

—Oye, Ern —advirtióle Fatty—. Ahora no es hora de discutir ciertas cuestiones. Conque calla y come.

Ern cerró la boca, limitándose a abrirla para zamparse una torta.

—Supongo que Goon vio nuestras bicicletas en la calle y no pudo resistir la tentación de entrar a decirte cuatro lindezas —cuchicheó Daisy—. ¡Pensé que iba a estallar!

El resto del día transcurrió muy agradablemente, pues, la madre de Pip había invitado a todos los Investigadores a merendar y a jugar un rato con sus hijos.

—Mamá dice que saldrá de tres a siete —anunció Pip— y que, por tanto, podemos aprovechar su ausencia para armar ruido o hacer tonterías, si nos apetece.

—¡Muy bien pensado! —aprobó Fatty—. Tu madre es muy estricta, Pip, pero siempre justa. Supongo que vuestra cocinera está en casa, ¿no?

—¡Naturalmente! —sonrió Pip—. Y ha dicho que si vas a la cocina e imitas al jardinero cuando se enfadó con ella porque fue a coger un poco de perejil sin su permiso, te preparará una hornada

de tu pastel favorito de jengibre.

—Un trato muy razonable —accedió Fatty.

Efectivamente, una vez, hallándose el muchacho en casa de Pip, el irascible jardinero había sorprendido a la cocinera cogiendo perejil «sin siquiera pedirle permiso». Fatty disfrutó extraordinariamente oyendo sus reconvenciones y luego imitó al hombre con mucha gracia, despertando la admiración de la regocijada cocinera, hasta el punto de que ésta le prestó un delantal parecido al que llevaba el jardinero para que estuviese más en carácter.

El día que nos ocupa, Fatty observó, alborozado, que la cocinera habíale dejado un delantal en una silla para que repitiese la imitación.

—¡Qué suerte tienes, Fatty! —cloqueó Pip—. Te preparan tu pastel preferido porque sabes imitar a nuestro gruñón jardinero. En la verdulería te regalan las mejores naranjas de la tienda a cambio de que imites el mugido de una vaca en la trastienda porque le divierte al tendero. Y luego…

—Ya basta —interrumpióle Fatty—. ¡Parece que estés hablando de un vulgar soborno, cuando, en realidad, se trata de un simple convenio entre dos partes! Y ahora vamos a representar en seguida la Parodia del Perejil para que tu cocinera disponga del tiempo necesario para preparar un imponente pastel del jengibre.

Todos se encaminaron a la cocina, seguidos de Ern. Al igual que Bets, este último tenía a Fatty por un genio sin par y se consideraba muy afortunado de ser amigo suyo y de contar con el favor de los Cinco. Por enésima vez, el muchacho prometióse servir a Fatty lealmente.

«¡O morir!», pensó dramáticamente, mientras contemplaba a Fatty representando su ridícula Parodia del Perejil, imitando la cascada voz del viejo jardinero y agitando el delantal a la arrobada cocinera, medio muerta de risa.

—¡Pero qué chico! —exclamó ésta, enjugándose los ojos—. ¡En mi vida he visto cosa igual! ¡Pareces el viejo Herbert en persona! ¡Haces los mismos gestos! ¡Por Dios, para ya! ¡No puedo más! ¡Voy a reventar de risa!

Total que, a poco, la mujer les sirvió un magnífico pastel de

jengibre y el viejo Herbert, el jardinero, quedóse pasmado al ver salir a Pip al jardín con un gran pedazo para él. El hombre lo tomó, mudo de asombro y satisfecho.

—Tenga usted esto en prueba de nuestra más sincera gratitud —dijo Pip solemnemente, desconcertando aún más al pobre Herbert.

El periódico de la noche llegó en el preciso momento en que todos los visitantes se hallaban en el vestíbulo, despidiéndose de Pip y Bets. El repartidor lo echó por el buzón y el diario cayó sobre el felpudo, doblado por la mitad, con la parte superior claramente visible.

—¡Fijaos! —exclamó Fatty, recogiéndolo—. ¡Mirad lo que dice! «¡Los Lorenzo pasaron por Maidenhead!». ¡Caramba! ¡Eso está muy cerca de aquí!

Y tras leer rápidamente la gacetilla, agregó:

—¡Bah! ¡Total nada! Al parecer, se trata sólo de una conjetura. En cualquier caso, no creo que los Lorenzo sean lo bastante estúpidos como para viajar sin disfraz. Supongo que seguirán publicando estos informes procedentes de todo el país para mantener vivo el interés.

—¡Atiza! —masculló Ern—. ¡Maidenhead! Si es verdad «eso», a lo mejor los Lorenzo se dan una vuelta por «Tally-Ho» para llevarse a «Poppet» de casa de los Larkin.

—¿Crees que Goon vigilará la finca esta noche, Fatty? —inquirió Larry.

—Lo ignoro —respondió el aludido—. Es posible, si «hay» algo en el informe. A ver si abres bien los ojos esta noche, ¿eh, Ern?

—¡Descuida! —prometió Ern, emocionado—. No me importaría explorar un poco el terreno, pero temo que mi tío ande también por allí. A buen seguro, tropezaría de manos a boca con él.

—Yo estaré allí antes de medianoche, por si acaso —decidió Fatty.

—De acuerdo —convino Ern, cada vez más agitado—. Y yo vigilaré desde mi atalaya, Fatty. Ulularé como una lechuza para que sepas que estoy allí.

Y llevándose los pulgares a los labios, sopló suavemente. Al punto, el vestíbulo llenóse de trémulas ululaciones.

—¡Magnífico! —ensalzó Larry, con admiración—. ¡No es nada,

cocinera! ¡No hay ninguna lechuza en el vestíbulo!

La sorprendida cocinera, que había acudido presurosamente al vestíbulo al oír las voces, volvió a la cocina.

—¡Cosas del señorito Federico! —dijo la mujer a una amiga que había ido a visitarla—. ¡Qué muchacho más salado!

Pero se equivocaba. Esta vez, el imitador de voces no era Fatty, sino Ern. A poco, el chico volvió a ulular, satisfecho de tener un auditorio tan entusiasta.

—De acuerdo —murmuró Fatty—. Tú te subirás al árbol y yo me dedicaré a explorar el terreno hasta medianoche. En realidad, no creo que suceda nada, pero no quiero arriesgarme. Como es lógico, buscaré a Goon.

—¡Adiós! —dijo Larry, al oír dar las siete—. ¡Gracias por tu invitación, Pip! ¡Apresúrate, Daisy!

Una vez todos fuera, Pip cerró la puerta. Ern separóse de los demás en la esquina y pedaleó a casa de su tía, ebrio de excitación ante la perspectiva de pasar parte de la noche en la casa del árbol. Se llevaría una manta y varios cojines para ponerse cómodo, y también una bolsa de caramelos para endulzar su guardia.

Así, pues, a las nueve en punto, una vez acostados sus tíos y dormidas las mellizas en su pequeño dormitorio, Ern se incorporó para aplicar el oído. Sí, como de costumbre, sus tíos estaban roncando a más y mejor, él con sonoros y prolongados ronquidos, ella con más finura y suavidad.

Ern se puso mucha ropa de abrigo en consideración a que la noche era muy fría, y decidió tomar consigo la manta y el edredón de su cama. A la sazón, había subido ya un par de cojines viejos a su atalaya y metido en el bolsillo de su abrigo una bolsa de caramelos y una linterna. No tenía, pues, más que ponerse en marcha.

Con la manta y el edredón, el muchacho descendió la pequeña escalera de la casa, abrió la puerta de la cocina y salió al jardín. Una vez al pie del árbol, trepó por él cuidadosamente, con las mantas alrededor del cuello.

A poco, hallábase en la pequeña casita del árbol, atisbando a través del claro de las ramas. La luna elevábase en el firmamento, iluminando la noche. Ern metióse un caramelo en la boca, dispuesto

a empezar la guardia. ¡Jamás habíase sentido tan feliz!

Capítulo XIII

Momentos de tensión

Fatty llegó a los jardines de «Tally-Ho» mucho más tarde de lo previsto. Aquella noche sus padres no se acostaron hasta las once y diez y el muchacho tuvo que aguardar a que lo hicieran, completamente vestido. En aquella ocasión no iba disfrazado porque no intentaba abordar a nadie si podía evitarlo.

Llevaba su abrigo más grueso y una gorra encasquetada en la cabeza sobre su espesa cabellera. En un momento dado, cuchicheó a «Buster» que no metiese ruido. El pequeño «scottie» mirábale con pesar. Sabía que Fatty se proponía salir sin él y esto le apenaba tanto, que ni siquiera meneó la cola cuando Fatty le hizo la última caricia.

La noche era un juego de luz y sombras. Cuando la luna surgía de detrás de una gran nube, la calle se iluminaba como a plena luz del día. Pero cuando se ocultaba tras una nueva cortina nubosa, resultaba difícil ver sin servirse de una linterna. Fatty caminaba quedamente, amparado en la sombra de los árboles, atento a otras posibles pisadas.

No encontró a nadie absolutamente. Al parecer, todo el mundo habíase acostado temprano en Peterswood aquella noche.

Una vez a la orilla del río, el chico recorrió el sendero en dirección al portillo de los jardines de «Tally-Ho», absteniéndose de entrar por los portillos anteriores para no llamar la atención, pues era posible que Goon anduviese también por allí vigilando.

«Aunque, en realidad, no creo en ese informe de Maidenhead —pensó Fatty—. En primer lugar, sería una necedad por parte de los Lorenzo regresar tan pronto; en segundo, caso de que lo "hicieran",

a buen seguro se disfrazarían para no ser reconocidos».

El muchacho franqueó el portillo. La casita de los Larkin aparecía en la más completa oscuridad. Reinaba profundo silencio. Recordando que sin duda Ern estaba de guardia en la casa del árbol, Fatty se detuvo debajo de un arbusto para emitir su señal.

—¡Hu! —ululó con la nota exacta—. ¡Hu, hu, hu «hu»!

La respuesta de Ern desde el árbol no se hizo esperar:

—¡Hu! ¡Hu, hu, hu, hu, «hu»!

El son era tan parecido a la ululación de una lechuza, que Fatty dio un cabezazo de aprobación. ¡Ern era un as!

Quedamente, el muchacho encaminóse a la casa grande, envuelta en la más corpulenta oscuridad. ¡Pensar que hubiera sido tan excitante ver en ella algún destello de luz indicador de que alguien andaba por allí! Pero todo era oscuridad y silencio en la desierta casa.

Ern volvió a ulular. Entonces, antes de que Fatty pudiera responder, sucediéronse dos nuevas ululaciones.

¿Qué hacía Ern? De pronto, Fatty rióse para sus adentros. ¡Aquella vez eran lechuzas de verdad! A éstas les encantaba salir de caza en las noches de luna como aquélla.

No obstante, el chico decidió responder con otra ululación, por si acaso «era» Ern. E introduciendo los pulgares en la boca, emitió un largo y trémulo gorjeo.

Inmediatamente llegó la respuesta en forma de apremiante ululación. ¿«Sería» Ern? Era imposible determinar exactamente su procedencia. ¿Acaso Ern intentaba enviarle algún mensaje, alguna advertencia?

Fatty resolvió permanecer un rato bajo un frondoso arbusto y aguardar tranquilamente. La noche estaba tan silenciosa que sin duda percibiría algún rumor si alguien andaba por los alrededores.

Así, pues, Fatty permaneció absolutamente inmóvil, con el oído atento. Por espacio de cinco minutos, no oyó nada en absoluto, ni siquiera una ululación.

De improviso, parecióle oír un quedo crujido como si alguien estuviese andando cautelosamente sobre el césped helado. ¡Con extrema cautela!

Fatty contuvo el aliento. ¿Sería uno de los Lorenzo? ¿Habría

acudido alguno de ellos a buscar algo a la casa? Seguramente, tenían llaves. Una vez más, Fatty se inmovilizó. La luna salió de detrás de una nube y todo quedó súbitamente iluminado. El muchacho agazapóse en el arbusto, lanzando una mirada circular por si aparecía alguien.

El rumor de pasos había cesado ya. No se veía nada sospechoso. La luna ocultóse de nuevo tras una nube, esta vez muy grande, con lo cual era de esperar que la oscuridad se prolongase unos minutos.

El rumor de pasos sobre el escarchado césped dejóse oír una vez más. Fatty se enderezó. Sí, estaba seguro de que procedía del otro lado de la esquina formada por la casa. Alguien hallábase allí de pie o avanzando paso a paso.

Una sonora ululación sonó tan cerca de su cabeza, que el chico dio un violento respingo. Aquella vez «era» una lechuza de verdad, pues Fatty vio la oscura sombra de sus alas, pese a no percibir el menor son del vuelo del ave.



El leve crujido volvió a sonar. Sin duda, había alguien esperando allí, de pie sobre el césped y la escarcha, moviendo de cuando en cuando los pies. ¿Quién sería?

—Debo averiguarlo —se dijo Fatty—. Si «es» Lorenzo, lo mejor que puedo hacer es ir corriendo a telefonear al superintendente Jenks. Por supuesto que no es Goon. En tal caso, oiría su resuello.

En cambio, ese individuo no hace ruido, aparte del tenue crujido sobre el césped.

Como la luna seguía detrás de la nube, Fatty decidió echar una ojeada al hombre, quienquiera que fuese, para lo cual alejóse quedamente del arbusto, felicitándose de que el césped no estuviera tan helado en aquel lado de la casa.

De repente, pisó unas hojas muertas produciendo el consiguiente susurro. Fatty se detuvo. ¿Habría percibido el ruido el desconocido? Al presente, hallábase ya muy cerca de la esquina y, tras avanzar unos pasos, hizo acopio de valor para atisbar desde allí.

Cautelosamente, asomó la cabeza por la esquina, y, muy confusamente, entrevió una figura apostada junto a las ventanas de la villa «Tally-Ho». Dicha figura permanecía absolutamente inmóvil. Fatty no pudo columbrar ningún detalle, salvo que el hombre en cuestión parecía muy alto, lo cual demostraba que no era el rollizo y achaparrado señor Goon.

Fatty notó que se le aceleraba el ritmo del corazón. ¿Quién era aquel sujeto? En su excitación, buscó a tientas su linterna, dispuesto a enfocar con ella la cara del desconocido y echar luego a correr a carrera tendida para telefonear a la policía.

¡Habíase olvidado de la luna! Y, en el preciso momento en que se disponía a encender la linterna, el luminoso satélite surgió de detrás de la nube, inundando al punto de luz el lugar.

Súbitamente, Fatty encontróse cara a cara con un alto policía cubierto con un casco de reglamento, que, mirándole asombrado, llevóse el pito a los labios, al tiempo que daba un paso hacia él.

—No pasa nada —balbuceó Fatty—. He venido a…

Entonces, como por arte de encantamiento, apareció el señor Goon de detrás de la glorieta, donde por lo visto estaba escondido.

Al ver a Fatty, quedóse boquiabierto, pero, reaccionando al punto, avanzó hacia él, encolerizado, en tanto profería:

—¿Tú? ¿Conque tú otra vez, eh? ¿Es que no voy a poder librarme nunca de ti, so entrometido? ¡Apuesto a que tú has sido el autor de todas esas ululaciones de lechuza! ¿Qué haces aquí? Se lo contaré al jefe. ¡Así aprenderás a no entorpecer la acción de la Ley, ni a despistar a los policías que están de guardia!

—No sabía que estuviera usted de guardia, señor Goon —

disculpóse Fatty—. Siento haberle molestado. Le aseguro que he sufrido una confusión.

El otro policía mirábale, estupefacto. ¿Quién era aquel muchacho?

—¿Cómo te llamas? —inquirió, sacándose una libreta.

—¡Yo sé cómo se llama! —rugió Goon, furiosamente—. ¡He oído su nombre tantas veces, que me lo sé de memoria! Se llama Federico Trotteville, y esta vez va a pagármelas todas juntas. ¡Deténgale por intrusión en una finca privada, agente!

—Aguarda un momento —repuso el otro policía—. ¿De veras es Federico Trotteville? Tengo entendido que es amigo del jefe, ¿no? En este caso, no pienso «detenerle», Goon. ¡Hágalo usted, si quiere!

—Haga usted lo que le digo —insistió Goon, perdiendo los estribos—. ¿Quién se figura usted que es, dándome órdenes? ¡Es usted el que está bajo «mis» órdenes esta noche, agente Johns!

Muy oportunamente, la luna volvió a ocultarse tras otra espesa nube, momento que Fatty aprovechó para escabullirse. De hecho, la idea de ser detenido no le hacía ni pizca de gracia. ¿Cómo se le habría ocurrido meterse en las garras de Goon? ¡Ahora comprendía por qué Ern había prodigado las ululaciones en aquel tono tan apremiante! ¡A buen seguro, había visto merodear a Goon y al otro policía por el jardín, a la luz de la luna!

Tras franquear el portillo posterior, Fatty echó a correr a su casa, reflexionando sobre el mejor partido a tomar. ¿Telefonearía al superintendente para informarle de su desdichado encuentro con Goon y su compañero? Probablemente, el jefe comprendería que lo único que intentaba Fatty era colaborar.

Pensándolo bien, tal vez sería preferible dejarlo para la mañana siguiente. Por entonces, Goon habríase apaciguado un poco y él podría ir a verle a su casa para disculparse por su intromisión. ¡Al policía le encantaba que le presentaran excusas!

Por consiguiente, en vez de telefonear, Fatty fue a acostarse, acallando el entusiasta recibimiento de «Buster». A poco, oyó ulular a una lechuza y arrebujóse en las sábanas, con una sonrisa. ¡Pobre Goon! ¡Cómo debía de haberse aturdido con todas aquellas ululaciones emitidas por el aterrado Ern!

Por su parte, Ern seguía en lo alto del árbol, desde donde

dominaba perfectamente el jardín vecino cuando asomaba la luna entre las nubes. A la sazón, todo aparecía tan claro como a plena luz del día, pese a la negrura de las sombras.

Ern tiritaba no ya de frío, sino más bien de pánico y excitación. Había descubierto a Goon y a su compañero alrededor de las once, antes de aparecer Fatty, gracias al reflejó de la luz de la luna en sus cascos. Saltaba a la vista que uno de ellos era su tío, por lo bajo y rechoncho. Al otro Ern no lo conocía.

El chico les vio andar alrededor de la casa, atisbando a través de todas las ventanas y tentando las puertas. Luego, ambos desaparecieron. ¿Esperaban a los Lorenzo? ¿Se proponían esconderse para acecharles?

¡Lo malo era que Fatty no lo sabía y a lo mejor tropezaba con ellos! Ern fue presa de tal pánico y temblor, que la casita del árbol trepidó bajo sus pies.

¿Qué hacer? ¿Bajar del árbol y tratar de reunirse con Fatty para advertirle? No. En realidad, no sabía por dónde pasaría Fatty, si por el portillo del río o por los portillos anteriores. ¡Se exponía a no encontrarle!

Otra solución era permanecer en el árbol en espera de que viniese Fatty, y entonces advertirle por medio de una serie de ululaciones. Pero ¿«vería» a su amigo? ¡Si a la luna le daba por esconderse detrás de una nube, no podría ver a nadie!

Por último, el tembloroso Ern decidió que lo mejor era aguardar a que acudiese Fatty, momento que aprovecharía para ulular con toda su alma.

Efectivamente, el muchacho avistó a Fatty sin esfuerzo en el momento en que éste entraba furtivamente en el jardín. ¡No cabía duda de que su atalaya era excelente! Ern ululó… y Fatty le respondió. Entonces, el pobre Ern volvióse a mirar a Goon y al otro policía, apostados en una esquina de la casa. Por cierto, ¿a dónde había ido el señor Goon? ¡Ah, sí! ¡A ocultarse detrás de la glorieta! Ern ululó con gran apremio, pero, casi sin transición, advirtió que, inesperadamente, pasaba volando una sorprendida lechuza, ululando, a su vez. Ern amenazóla con el puño. ¡Aquel pajarraco echaría por tierra todos sus planes, pues, al presente, Fatty no podría distinguir una ululación de la otra!

A poco, Ern presenció el encuentro de Fatty con Goon y el otro policía, sin acertar a oír más que un murmullo de voces. En su intento por ver lo que sucedía, casi se le salieron los ojos de las órbitas. ¡Oh, Fatty, Fatty! ¿Por qué no huía? Sin darse cuenta, Ern repetía en voz alta estas palabras una y otra vez.

De pronto, la luna ocultóse tras una nube… y cuando volvió a aparecer… ¡albricias!… Ern vio correr una sombra por el sendero de la orilla, en tanto los dos policías buscaban al desaparecido Fatty por doquier.

Con un profundo suspiro de alivio, Ern recostóse en el interior de la casita, vencido por la fatiga y la gran agitación.

Pero la noche no había terminado aún. ¡Le esperaban nuevas emociones!

Capítulo XIV

Ern se queda estupefacto

Ern lanzó una serie de suspiros cada vez menos profundos. Por entonces, Fatty debía de estar ya camino de su casa. ¿Le habría reconocido Goon? Ern temía que así era, e, incorporándose de nuevo, escudriñó el jardín de «Tally-Ho».

El señor Goon y el otro agente caminaban uno al lado del otro, discutiendo. De pronto Goon hizo un alto y empezó a mecer sus enormes brazos ante el pecho.

—Tiene frío —se dijo Ern—. ¡Le está bien empleado! ¡Ojalá se hiele! Supongo que se quedará a vigilar «Tally-Ho» toda la noche. ¡Uf!

Ern gruñó con tal saña que él mismo se asustó. Tenía las manos y los pies tan fríos, que evocó ansiosamente su caliente cama.

«No puedo hacer nada más esta noche —pensó, procediendo a descender del árbol, con el edredón y la manta alrededor del cuello —. Voy a volver a casa».

Pero al llegar ante la casita comprobó con horror que, a la sazón, estaba cerrada con llave la puerta de la cocina. Por espacio de unos instantes, sacudióla quedamente, lleno de consternación. ¿Quién la habría cerrado? Probablemente, su tío habíase despertado con algún ruido y, al levantarse a investigar, encontró la puerta abierta. ¡Qué mala suerte!

«En fin —pensó Ern—, ahora no puedo llamar a la puerta y asustar a todo el mundo. Volveré al árbol y mañana por la mañana explicaré que me entraron ganas de pasar una noche en la casita y allá fui. Pensarán que estoy chalado, pero no tengo otra solución».

Ern reflexionó unos instantes. Le hubiera gustado disponer de

otra manta. De pronto, recordó que en el cobertizo de su tío Woosh había un montón de periódicos atrasados y, como había oído decir que un periódico constituía un excelente calorífero, decidió subir al árbol varias docenas de ellos.

Provisto de su carga, volvió a la casita del árbol, que, a decir verdad, se le antojó muy acogedora y confortable después de soportar el aire frío del patio. Ern extendió los periódicos en el suelo e improvisó una especie de lecho. Luego, envolviéndose con varios de ellos, cubrióse con la manta y el edredón y reclinó la cabeza en el cojín. Como la casita era muy chiquita, tenía que permanecer acurrucado. Afortunadamente, el muchacho no hacía mucho bulto.

Poco a poco, entró en calor. Sentíase bastante cómodo, a pesar de todo. En el momento que daba un gran bostezo, pasó una lechuza junto al árbol ululando:

—¡Hu! ¡Hu, hu, hu, «hu»!

Ern se incorporó como impelido por un resorte. ¿Habría vuelto Fatty por allí? El chico atisbo el jardín vecino desde su atalaya, pero no vio rastro de Goon ni de su compañero. La finca aparecía bañada en la brillante luz de la luna, respirando un ambiente tranquilo y apacible. La lechuza volvió a pasar por allí cerca y esta vez Ern pudo verla perfectamente.

—¡Hu! —ululó el pájaro—. ¡Hu, hu…!

Entonces Ern, introduciéndose los pulgares en la boca, ululó a su vez con voz potente:

—¡«Hu, hu, hu, hu, hu»!

Al oírle, la lechuza lanzó una asustada ululación, huyendo despavorida.

—¡Y ahora no vuelvas a ulular por aquí! —masculló Ern, viéndola alejarse—. ¡Ya me has dado bastante lata esta noche!

Y, dicho esto, Ern volvió a acurrucarse en sus mantas y periódicos, dispuesto a dormir. Esta vez, durmió como un tronco por espacio de dos horas.

Le despertó un ruido. Al principio, no pudiendo recordar dónde estaba, se incorporó, asustado. Luego, al ver la luz de la luna fuera de la casita, acordóse de su aventura. ¿Qué le habría despertado?

Percibió un ruido. Era una especie de quedo zumbido, a

respetable distancia. ¿Sería un aeroplano? Tal vez. ¿O un coche que pasaba por la distante carretera? Sí, más bien parecía esto último.

Ern tendióse de nuevo, cerrando los ojos. Pero un tercer ruido le hizo incorporarse una vez más.

Era una especie de chapoteo. ¿Estaría nadando alguien en el río a aquellas horas de la noche? No, eso hubiera sido una temeridad en una fría noche de enero. No obstante, el suave chapoteo volvió a sonar. Ern aguzó la vista en dirección al río.

Algo blanco flotaba en sus aguas, mejor dicho, dos cosas blancas, seguidas de otras dos más oscuras.

—¡Son una pareja de cisnes con sus hijitos! —exclamó Ern, riéndose—. ¡Estoy atontado y ya veo visiones por todas partes! ¿Cómo se les habrá ocurrido a esos bichos andar por el río a estas horas? ¡Creí que por la noche dormían con la cabeza bajo el ala!

Ern echóse otra vez, dispuesto a no dejarse sorprender por más ruidos raros. Al presente, no había rastro de Goon ni de su compañero. La lechuza ya no ululaba y los cisnes ya no chapoteaban. De modo y manera, que no se dejaría turbar por «nada» más.

A poco, quedóse traspuesto. La brisa nocturna traíale imperceptibles rumores y, en una ocasión, parecióle oír voces. Sin duda, estaba soñando. En un momento dado, tuvo la sensación de oír ladrar a un perro e incluso entreabrió los ojos. Sí, era un perro. Probablemente, «Poppet», a juzgar por sus atiplados ladridos. ¡A buen seguro, la perrita de lanas se ganaría una paliza por despertar a la pareja de los Larkin a altas horas de la noche!

Después, Ern durmióse tan profundamente que ni siquiera oyó la súbita y plañidera ululación de la lechuza importuna, al posarse ésta en su árbol. Gradualmente, despuntó la aurora, y el sol iluminó el cielo con sus tenues rayos dorados. Pronto sería de día.

Ern se despertó. Al principio, incorporóse algo aturdido, pero al punto lo recordó todo y decidió bajar cuanto antes del árbol. A buen seguro, su tía se alarmaría al advertir su ausencia.

En el momento que se disponía a descender del árbol, Ern oyó voces recias y airadas, seguidas de fuertes golpes sobre una puerta. ¡Cielos! ¿Qué sería aquello? Ern deslizóse por el tronco y, una vez abajo, acercóse al seto a escuchar. El ruido procedía de algún lugar

de los jardines de «Tally-Ho». Ern preguntóse a qué obedecería. ¡Ojalá no volviese a ser cosa de Fatty!

Dispuesto a averiguarlo, pasó a través del seto y encaminóse a la casa de los Larkin. Antes de llegar a ella, el chico advirtió que se abría la puerta, dando paso al viejo Larkin, arrebujado en su abrigo, su gorra y su bufanda, como de costumbre.

—¿Qué es ese ruido? —exclamó el hombre con voz bronca, al tiempo que renqueaba hacia Ern—. Ve a ver qué sucede, ¿quieres? Mi mujer no se encuentra muy bien hoy y no quiero dejarla.

Accediendo al deseo del desaliñado viejo, Ern dirigióse cautelosamente al lugar de donde procedía el ruido, cada vez más intenso. «¡Pum, pum!». «¡Auxilio!». «¡Sáquennos de aquí!». «¡Pum, pum!».

El muchacho siguió avanzando en dirección al ruido. Procedía de la esquina más lejana de la casa, es decir, del lugar donde estaba el cuarto de las calderas. Ern dobló la esquina y, a poca distancia, vio el cuarto en cuestión.

En efecto, el ruido venía de allí. Ern miró la pequeña dependencia medrosamente, prometiéndose no dejar salir a nadie de ella hasta saber quiénes eran los encerrados.

Tras acercarse de puntillas al cuarto, subióse a una caja que había allí fuera para atisbar por la pequeña ventana. Lo que vio llenóle de tal estupefacción que se cayó de la caja.

¡Dentro del cuarto de las calderas estaban, exacerbados de ira, el señor Goon y el otro policía! Sus cascos pendían de un clavo. Ern vio dos rostros airados vueltos hacia él y oyó otra sucesión de gritos:

—¡Abre la puerta, Ern! ¿Qué haces aquí? «¡Abre la puerta y déjanos salir!».

Goon habíase asombrado enormemente al ver la asustada cara de Ern al otro lado de la diminuta ventana, pero, al propio tiempo, experimentó un gran alivio. ¡Por fin podría salir de aquella asfixiante atmósfera del cuarto de las calderas y tomar algo de comer y de beber!

—¿Por qué se nos ocurriría entrar aquí? —gruñó Goon, mientras oía a Ern forcejeando con la enorme llave en la cerradura de la puerta—. ¡Hacía tanto frío que nos pareció de perlas encender la

caldera, cerrar la puerta y calentarnos un poco!

—Sin duda, fueron las emanaciones lo que nos hizo quedar dormidos tan de repente —comentó su compañero, contrariado—. Parece que vaya a estallarme la cabeza. ¿Qué hace ese condenado chico? ¿Por qué no abre la puerta de una vez?

—¡Date prisa, Ern! —rugió el señor Goon—. ¡Vamos, mastuerzo! ¿No ves que nos estamos asando aquí metidos?

—¿Quién nos encerró? —inquirió el otro agente—. ¡Eso es lo que «yo» quisiera saber! Supongo que no fueron los Lorenzo, ¿verdad? No creo que vinieran por aquí.

—¡No! —espetó Goon—. ¡Ya le he dicho que fue ese tunante de Federico Trotteville, el que sorprendimos aquí anoche! ¡Ha puesto en práctica otra de sus bromas pesadas, pero esta vez no le quedarán ganas de reírse! ¡Iré inmediatamente a contárselo al jefe! ¿A quién se le ocurre encerrarnos en el cuarto de las calderas? ¡Podríamos habernos muerto con las emanaciones! ¿Pero qué demonios haces, «Ern»? ¡No tienes más que dar vuelta a la llave! ¿Estás dormido, muchacho?

—No tío —jadeó Ern—. Y procure no hablarme en ese tono. Al fin y al cabo, estoy haciendo lo posible para ayudarles. Es una llave muy grande y herrumbrosa. ¡Si no me habla usted como es debido, le dejaré ahí encerrado!

El señor Goon quedóse estupefacto al oír la atrevida salida de su sobrino, pero tuvo que tragarse su ira y adoptar un tono meloso, ante el temor de que Ern cumpliese su amenaza.

—Vamos, Ern —disculpóse el policía—. Ya sé que haces lo que puedes, pero es que estamos medio asados, ¿sabes? ¡Por fin! ¡Buena faena, muchacho! ¡La llave ha dado vuelta en la cerradura!



En cuanto su tío y el segundo policía salieron del cuarto, Ern echó a correr. Una mirada a los desencajados ojos y caras de remolacha de ambos hombres bastóle para tomar las de Villadiego. Camino del río, Goon y su compañero pasaron ante la casita de los Larkin con mucha dignidad.

El viejo Larkin salió por la puerta, cojeando como de costumbre.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó con su cavernosa voz.

—Ya se lo contaré más tarde —respondió Goon, que no tenía particular interés en que la historia del cuarto de las calderas corriese por todo Peterswood—. Nada de particular. Anoche estuvimos vigilando la casa. Eso es todo. ¿No ha oído usted nada, verdad? Nosotros, tampoco. En vista de ello, nos vamos.

El señor Goon regresó a su casa y, tomando el teléfono con expresión hosca y sombría, masculló un breve informe que produjo una conmoción al otro lado del cable. Tanto fue así, que el propio jefe se puso al aparato.

—¡Oiga, Goon! ¿Qué es esa historia de Federico Trotteville? ¡No puedo creerlo!

—Sepa usted, señor —dijo el otro, gravemente—, que no me atrevería a contarle una cosa por otra. El agente Johns, que estaba conmigo, podrá confirmarle que ese chico estuvo anoche en la finca, espiándome. Por lo visto, se trata de una de sus consabidas bromas pesadas, señor. Sin duda, pensó que sería divertido encerrarnos.

—¿Pero qué hacían ustedes en el cuarto de las calderas, Goon? —inquirió el jefe, severamente—. ¡Su obligación era estar fuera, de guardia!

—Fuimos a echar un vistazo, señor —murmuró Goon, dispuesto a dar rienda suelta a su imaginación—. Entonces oímos pasos fuera y, de pronto, la puerta se cerró de golpe y la llave giró en la cerradura. Después oímos la sarcástica risa de Federico y…

—Ya basta, Goon —interrumpió el jefe—. Está bien. Me ocuparé de todo esto. ¿Oyó o vio usted algo anoche?

—Nada en absoluto, señor —contestó Goon, percibiendo un brusco chasquido indicador de que el jefe acababa de colgar el aparato.

Goon permaneció inmóvil, con la cara encendida de delectación.

—¡Verás lo que te espera, so entremetido! —barbotó—. ¡Esta vez has ido demasiado lejos! ¡Estás perdido!

Capítulo XV

Fatty está satisfecho

En el momento en que Fatty bajaba a desayunar, un enorme coche negro de la policía ascendió por la calzada que llevaba a la puerta principal y, a poco, apeóse de su interior el superintendente Jenks, con expresión algo ceñuda. Fatty contempló la escena, emocionado.

—¡A buen seguro trae alguna noticia y quiere que yo colabore en la investigación! —se dijo el muchacho, jubilosamente, al tiempo que él mismo iba a abrir la puerta.

—Quiero hablar un momento contigo, Federico —murmuró el jefe.

Fatty le condujo al despacho, asombrado por la severa voz del superintendente.

Una vez cerrada la puerta de la estancia, el jefe, mirando fijamente a los ojos de Fatty, inquirió en el mismo tono reprobatorio:

—¿Cómo se te ocurrió encerrar a Goon y al otro agente anoche? ¿Qué mala idea te dio?

Fatty quedósele mirando, estupefacto. Por fin, acertó a farfullar:

—No sé de qué me está usted hablando, señor. Se lo aseguro. ¿Dónde se me acusa de haberles encerrado, en el calabozo?

—No te hagas el tonto —reconvino el jefe, taladrando materialmente al pobre Fatty con la mirada—. ¿No te das cuenta que estás yendo un poco demasiado lejos con tus bromas pesadas a Goon?

—Oiga usted, señor —repuso Fatty, seriamente—. Le ruego que me crea cuando insisto en que no tengo ni la más remota idea de lo

que está usted hablando. Anoche vi a Goon en los jardines de «Tally-Ho», mientras me hallaba vigilando por si acaso aparecían los Lorenzo, pues había leído la noticia de que fueron vistos en Maidenhead. Goon estaba con otro agente. Me marché de allí poco después de cambiar unas palabras con ellos y me vine directamente a casa a acostarme. Cuando me separé de ellos, no estaban encerrados. Le suplico que me crea, señor. Yo nunca digo mentiras.

—De acuerdo, Federico, te creo —suspiró el jefe, sentándose, aliviado—. Pero no puedo menos de hacer constar que es muy raro que invariablemente surjas tú en cuanto ocurre algo anormal. Goon y Johns fueron encerrados toda la noche en el cuarto de las calderas de «Tally-Ho», y Ern les ha abierto la puerta esta mañana.

—¿Ern? —exclamó Fatty, alarmado.

—Sí —confirmó el jefe—. Por lo visto, «él» también merodeaba por los alrededores. Según mis informes, el cuarto estaba tan caliente, que Goon y Johns salieron medio asados.

—Pues cuando yo les dejé, la caldera no estaba encendida, señor —declaró Fatty—. De haberlo estado, me hubiera dado cuenta. Habría visto el resplandor del fuego al acercarme.

—Entonces, ¿quién la pudo encender? —masculló el jefe.

—Me figuro que Goon y Johns —contestó Fatty—. Hacía mucho frío y, a lo mejor, resolvieron encender la caldera para calentarse un poco, señor. Luego, probablemente… probablemente se durmieron.

—Sí —gruñó el jefe—. Esa idea también se me ha ocurrido a mí.

—Es posible que lo que les amodorrase fueran las emanaciones —agregó Fatty, generosamente—. Cabe suponer que no intentaban dormir allí, sino sólo entrar en calor.

—Claro está —convino el superintendente—. Con todo, subsiste el hecho de que «alguien» les encerró.

—Sí, ¿pero, «quién»? —interrogó Fatty—. ¿Cree usted en la «posibilidad» de que volvieran los Lorenzo por algún motivo u otro, como por ejemplo, para recoger a la perrita de lanas de la señora Lorenzo, o simplemente para llevarse algo de la casa?

—Es muy verosímil —asintió el jefe—. Tienen fama de atrevidos. Averiguaremos si el perro ha desaparecido o si ha entrado alguien en la casa para llevarse algún objeto personal, algo necesario olvidado por la pareja. ¡Qué torpe es ese Goon! No

obstante, me alegro de haber venido aquí. Me gustaría que nos echases una mano en este misterio, Federico.

—¡Muchísimas gracias, señor! —profirió el muchacho, emocionado.

—No pienso decirle esto a Goon —refunfuñó el jefe—. ¡No sea que haga otra patochada! Pero tengo la impresión de que los Lorenzo han vuelto a Peterswood por alguna razón, tal vez, como tú dices, para llevarse al perro. La señora Lorenzo está loca por esa perrita, la idolatra… y cabe la posibilidad de que intenten recuperarla. También es posible que no se llevasen el cuadro, sino que lo dejaran aquí por si acaso les prendían, y encargasen a un cómplice que viniera a por él.

—Pero ¿y el embalaje con que les vieron en el norte? —inquirió Fatty.

—Eso pudiera haber sido una simple treta para desorientarnos —respondió el jefe—. Esos Lorenzo son muy listos. No sabes las cosas que han hecho y lo bien que se salen siempre con la suya. Son los sujetos más tramposos con quienes he tenido que habérmelas.

—Bien, me sentiré muy orgulloso de colaborar —declaró Fatty, al tiempo que el jefe se levantaba para marcharse—. ¿Tiene usted interés en que lleve a cabo alguna gestión particular?

—No, haz lo que quieras y como quieras —replicó el jefe—. ¡Excepto encerrar a Goon en el cuarto de las calderas, naturalmente! ¡Aunque, a decir verdad, hasta a mí me entran ganas de hacerlo esta mañana!

Tras despedir al superintendente, Fatty entró en el comedor a desayunar, con una sensación de jubiloso triunfo. ¿De modo que Goon había dicho al jefe una descabellada mentira acerca de él, eh? ¡Bah! ¡De nada le había valido! Al presente, él, Federico Trotteville, tenía más o menos a su cargo algo que estaba resultando ser un interesantísimo y prometedor misterio.

Después de desayunar, Ern apresuróse a ir a ver a Fatty. Antes había tenido que dar a su tía una porción de explicaciones respecto a su noche en la casa del árbol, pero, al fin, pudo zafarse, deseoso de contar a Fatty la aventura de Goon y su compañero en el cuarto de las calderas y su intención de culparle a él de su encierro.

—¿«De veras» fuiste tú, Fatty? —inquirió Ern, mirándole,

aterrado.

No obstante, quedóse desilusionado cuando Fatty, meneando la cabeza, respondió:

—No, Ern. Aunque hubiera dado algo por hacer tal cosa, lo cierto es que no lo hice. Oye, Ern, ¿dices que pasaste toda la noche en aquel árbol? ¿Oíste o viste algo?

—Muchas lechuzas —contestó Ern—. Entre tus ululaciones, las mías y las de las lechuzas…

—No me refiero a las lechuzas —atajóle Fatty—. Haz memoria, Ern. ¿No oíste ningún ruido peculiar?

Ern evocó la noche en el árbol.

—Bien, oí una especie de zumbido —dijo, tras unos instantes de reflexión—. Primero pensé que era un aeroplano, pero luego llegué a la conclusión de que se trataba de un coche.

—Ajajá —murmuró Fatty—. Prosigue. ¿Algo más?

—También percibí un chapoteo y, a poco, vi nadar a unos cisnes bajo la luz de la luna, blancos como la nieve. Más tarde, «me pareció» oír voces y los ladridos de un perro.

—¿Voces y ladridos? —repitió Fatty, enderezándose al punto—. ¿No sería «Poppet» la que ladraba?

—Sí, creo que sí —asintió Ern—. «Poppet» tiene la voz muy atiplada y parece gañir más que ladrar.

—¿Estás «seguro» de haber oído voces y ladridos? —insistió Fatty—. Verás, al parecer, anoche estuvo «alguien» en la finca, además de Goon, Johns y yo, alguien que encerró a los dos policías bajo llave.

—¡Atiza! —barbotó Ern—. ¡Por lo visto, los jardines de «Tally-Ho» estuvieron muy frecuentados anoche! En fin, creo que esas voces y ladridos fueron poco después de tu marcha. Ya te he dicho que estaba medio dormido por entonces.

—Según eso, no podrías haber oído voces, a menos que estuviesen muy «cerca» —infirió Fatty, reflexionando, con expresión ceñuda—. ¿Crees que procedían del interior de la casa de los Larkin o bien de las inmediaciones?

—En realidad, no creo que las hubiese podido oír de haber procedido del «interior» de la casa —repuso Ern—. Sin duda, venían de «afuera».

—A juzgar por su modo de ladrar ¿dirías que «Poppet» estaba contenta o asustada?

—Contenta —contestó Ern sin vacilar.

—¡«Qué» interesante! —comentó Fatty—. Mira, Ern. ¿Sabes lo que te digo? Que creo que los Lorenzo vinieron anoche a buscar la perrita a casa de los Larkin y acaso a recoger también algunos objetos de la casa grande. Probablemente, al pasar por delante del cuarto de las calderas, vieron a Goon y a Johns dormidos en ella y los encerraron bajo llave.

—Tienes razón, Fatty —convino Ern, con intensa admiración—. ¡Eres un as atando cabos! ¡Da gusto oír tus deducciones! Bien, si la perrita ha desaparecido, «señal» de que los visitantes de anoche fueron los Lorenzo.

—Sí, pero «de hecho», no adelantaremos gran cosa con eso —gruñó Fatty—. Quiero decir que seguiremos ignorando el paradero de los Lorenzo… y de la pintura.

—También lo averiguarás, Fatty, tarde o temprano —le dijo Ern, solemnemente—. ¡Tienes tanto talento!

—Ve a decir a los demás que se reúnan en mi cobertizo a las nueve y media —encargó Fatty—. Hemos de celebrar una entrevista.

Total que, a las nueve y media, todos los investigadores hallábanse reunidos en el pequeño cobertizo comentando la magnífica aventura nocturna de los jardines de «Tally-Ho» y todo lo sucedido allí. A Pip le divirtió tanto oír lo de Goon y Johns encerrados en el cuarto de calderas, que se desternilló de risa.

—Ahora —decidió Fatty—, lo primero que debemos hacer es ir a casa de los Larkin y averiguar lo de «Poppet». Si ésta ha desaparecido, señal de que los Lorenzo estuvieron allí anoche. En tal caso, formularemos a los Larkin una porción de preguntas e intentaremos sonsacarles sobre la verdad de lo sucedido anoche.

—De acuerdo —aprobó Larry—. Vamos ahora mismo.

—Os advierto que no podremos ver a la «señora» Larkin —intervino Ern—. Está enferma. Así me dijo esta mañana el viejo Bob Larkin cuando fui a libertar al señor Goon. Él también oyó los gritos y los porrazos en la puerta del cuarto de las calderas.

—En este caso, tal vez podamos sacar algo a Larkin —comentó

Fatty, sin desanimarse—. ¿Os habéis traído todos la bicicleta?

Los muchachos contestaron afirmativamente. «Buster» fue instalado en la cesta de Fatty y, acto seguido, la pandilla se puso en marcha. Una vez más, escogieron el sendero del río por ser el camino más corto para ir a la casita de los Larkin.

Tras dejar sus respectivas bicicletas apoyadas en la cerca, remontaron el sendero que llevaba a la casita. Fatty llamó a la puerta.

Acudió a abrirla el propio señor Larkin, todavía con su gorra y su bufanda, si bien habíase despojado del abrigo y aparecía ahora con una vieja chaqueta de «tweed» de saco.

—¡Ah! ¿Qué deseáis? —inquirió el hombre con voz bronca, escrutando a través de sus gruesos lentes a los seis silenciosos muchachos.

Al ver a «Buster», el viejo cerró la puerta tras sí, quedándose fuera.

—Oiga usted, señor Larkin… ¿Podríamos hablar un momento con usted? —preguntó Fatty.

—No hago pagar nada por eso —contestó el hombre—. ¿Qué sucede?

—¿Le importaría dejarnos entrar? —instó Fatty, convencido de que el señor Larkin había tenido buen cuidado de cerrar la puerta tras sí para que no descubrieran que la perrita ya no estaba en la casa—. Hace un poco de frío aquí fuera.

—Podéis entrar si dejáis vuestro perro fuera —accedió el hombre—. No quiero que la perrita se trastorne. Hoy está sobrexcitada.

Fatty quedóse viendo visiones. ¡Al parecer, la perrita seguía allí!

—Está en su cestita, al lado de mi mujer —agregó Larkin, tosiendo roncamente.

«¡Aaah! —pensó Fatty—. ¿Conque “ésa” va a ser la excusa, eh? Como la mujer no está bien, se ha quedado en cama y la perrita le hace compañía, aunque lo que sucede en realidad es que anoche se la llevaron. Muy ingenioso. ¡Sin duda, fue idea de los Lorenzo!».

—Me gustaría ver a la perrita —espetó Bets, de pronto, comprendieron que Fatty estaba algo desconcertado—. ¿Puedo entrar en la habitación de su esposa a acariciarla un poquito?

—No —replicó el hombre.

Los muchachos se miraron unos a otros. ¡Qué sospechoso era todo aquello!

Mas he ahí que, de improviso, ocurrió algo inesperado. Procedente del interior de la casita, llegó un fuerte ladrido excitado, seguido de un trotecillo acompasado. Luego, en la ventana de la cocina, apareció la pequeña perrita de lanas, con el hociquito apoyado en el cristal como si buscase a «Buster». Excuso decir que los chicos quedáronse boquiabiertos.

Capítulo XVI

Una recapitulación

Los seis miraron a «Poppet», patidifusos. En cuanto a «Buster», por poco le dio un ataque de excitación al ver a su querida perrita con el hocico en el cristal de la ventana, contemplándole.

«Poppet» meneó fuertemente la cola, ladrando sonoramente. Parecía llena de vida y de felicidad, muy distinta de la última vez que la habían visto.

«Supongo que está tan contenta porque anoche vio a su querida dueña —se dijo Fatty—. Aunque, ¿la vio, en efecto? Hemos supuesto que fueran los "Lorenzo" los que vinieron aquí en busca de "Poppet". Pero, a juzgar por lo que veo, a lo mejor fue otra persona, porque "Poppet" sigue aquí. ¡Cáscaras! ¡Tendré que recapacitar sobre el caso otra vez!».

Al tiempo que pasaba todo esto, Fatty contemplaba a la perrita, con el ceño fruncido.

Entretanto, el señor Larkin observaba a los chicos a través de los gruesos cristales de sus gafas. Por último, pasándose la manga por la nariz, echó a andar renqueando.

—¡Un momento, señor Larkin! —gritó Fatty—. ¿Oyó usted mucho alboroto noche? ¿Vio a alguien… o tiene idea de quién encerró a los dos policías?

—Oí ruidos —respondió Larkin—. Pero no me moví de la cama.

Y seguido de la mirada de los chicos, el hombre se alejó renqueando en dirección al cuarto de las calderas.

Fatty volvióse a mirar la casita. Alguien «había» acudido allí la noche anterior. Ern había oído voces y eso significaba que dos o varias personas habían estado hablando en las inmediaciones de la

vivienda. Larkin no decía la verdad. Contra su declaración, «habíase» levantado de la cama para abrir la puerta y hablar con alguien. ¿Habría tomado un recado… o acaso entrado un paquete… un «embalaje»… en la casa? ¡Quién sabe! ¡A lo mejor a los Lorenzo se les había ocurrido la ingeniosa idea de traer de nuevo el cuadro y guardarlo en la casita de los viejos!

El muchacho acercóse a la ventana donde «Poppet» seguía ladrando, en tanto arañaba el cristal con las patas. Fatty atisbo el interior con cautela, intentando ver qué había en la pequeña habitación. Era un cuartito pobre y sucio, con mobiliario provisional. En él no había ningún embalaje, ni paquete grande a la vista.

Tampoco veíase rastro de la señora Larkin. Según Larkin había dicho a Ern, la mujer estaba enferma y, por tanto, probablemente acostada en la habitación trasera.

De pronto, asaltóle una idea. ¿Cabía la «posibilidad» de que los Larkin estuviesen ocultando a los Lorenzo? Al parecer, la pareja no podía salir del país y andaban escondiéndose por doquier, arriesgándose a ser descubiertos. En consecuencia, tal vez habían tenido la buena idea de ir a esconderse al mismo lugar donde nadie imaginaba que se atrevieran a ocultarse.

De momento, no parecía quedar otra alternativa que marcharse de «Tally-Ho». Una vez convencidos de que «Poppet» seguía «aún» en la finca, debían forjar nuevos planes e ideas, en especial algún plan que les brindase la posibilidad de registrar la casita de los Larkin por si acaso los Lorenzo «se ocultaban» allí.

—¡Larry! ¡Pip! —gritó Fatty—. ¡Vámonos! ¡Eh, «Buster»! ¡Cesa ya de intentar derribar con las patas el muro de la ventana de «Poppet»! Vamos, Bets y Daisy. ¿Vienes tú también, Ern? Volvamos a mi cobertizo a cambiar impresiones.

Dejaron a «Poppet» ladrando alegremente en la ventana, con un fuerte meneo de cola. Larkin no se veía por ninguna parte. A buen seguro, el viejo se hallaba atizando el fuego de la caldera, aún caliente de la noche anterior.

Los chicos se alejaron en sus bicicletas. Fatty devanábase los sesos pensando. Al llegar a su destino, todos apoyaron sus respectivas bicicletas en el cobertizo de Fatty y entraron en el lugar.

Fatty procedió a encender la pequeña estufa de petróleo.

—Las galletas están en aquel anaquel, Larry —dijo a su amigo—. La gaseosa debajo. ¿O preferís cacao? Tengo un poco de frío.

Todos votaron por el cacao, y Pip fue enviado a la cocina a por leche.

—Podemos hervirla en la estufa, como de costumbre —propuso Fatty—. Oye, Daisy, ¿quieres ocuparte de eso?

Al poco rato, el cobertizo estaba caldeado y acogedor, y la leche hervía sobre la tapa de la estufa. Todos tomaron asiento sobre cajas o alfombrillas, con inclusión de Ern, a quien le encantaban tales reuniones. El chico dio una mirada circular al cuarto. ¡Cáspita! ¡La de cosas que el amigo Fatty tenía allí!

El cobertizo de Fatty era, en efecto, una especie de bazar con los objetos más heterogéneos imaginables, desde viejas prendas de vestir para toda suerte de disfraces, hasta una serie de pelucas pendientes de otros tantos clavos, cajas de cosméticos, bigotes de todas clases, polvos y cremas de maquillaje. Total, un revoltillo fascinador. ¡Había incluso un uniforme y gorra de cartero! Ern preguntábase, maravillado, de dónde se habría sacado Fatty todo aquello.

Una vez provistos todos de galletas y cacao caliente, Fatty murmuró:

—Bien, creo que ha llegado la hora de hacer una recapitulación. Tenemos que…

—¿Qué es una recapitulación? —inquirió Bets, con gran alivio de Ern, que, aunque no tenía idea del significado de la palabra, no se atrevía a ponerse en evidencia preguntando.

—¡Qué hermana más zote tengo! —bromeó Pip, siempre dispuesto a burlarse de la chiquilla.

—Si lo sabes, explícaselo tú, Pip —apresuróse a sugerir Fatty.

—Pues, es… es… —tartamudeó Pip—. Verás, sé lo que significa, pero no sé exactamente cómo explicarlo…

—¡Zote! —sonrió Fatty.

Y volviéndose a Bets, aclaró:

—Una recapitulación significa pasar revista muy rápidamente a todo lo sucedido para tener una visión clara de conjunto y facilitar así los futuros planes sobre la cuestión. ¿Lo has entendido, Bets?

—¡Oh, sí! —exclamó Bets, agradecidamente—. Prosigue, Fatty.

—Pues bien —continuó el muchacho—. La cosa empezó cuando aquella mañana vimos a los Lorenzo en la estación, despedidos por sus amigos. «Poppet» estaba con ellos, pero fue entregada al viejo Larkin, que, al parecer, tenía órdenes de ir a recogerla y llevarla a su casa tras la partida de los Lorenzo en el tren. En efecto, el hombre se marchó con ella bajo el abrigo. ¿Conforme?

—Conforme —asintieron todos.

—Luego la pareja fue vista en varios lugares, señal evidente de que habían renunciado a la idea de salir del país de momento. Alguien vio un embalaje en el interior de un coche robado por ambos para huir de uno de sus escondrijos, y supuso que dicho embalaje contenía la pintura.

—¡Pero, Fatty! —interrumpió Daisy—. ¡Cuando «nosotros» les vimos, llevaban sólo dos pequeñas maletas, sin ningún embalaje de ninguna clase!

—¿Cómo quieres que saliesen de viaje cargados con un enorme embalaje? —repuso Fatty—. Me figuro que, después de robar el cuadro, con marco y todo, encargaron a algún amigo suyo, alguien tan deshonesto como ellos, que escondiese la pintura y se la dejase embalada en algún lugar donde pudieran ir a recogerla.

—Según eso, supongo que, adondequiera que vayan ahora, tendrán que cargar con la pintura —coligió Pip—, cosa que, sin duda, debe de resultar muy engorrosa.

—¡«Terriblemente» engorrosa! —convino Fatty—. A no ser que hayan podido sacar la pintura de la caja, destruir el embalaje y esconder el cuadro en un sitio seguro.

—Probablemente, eso es lo que han hecho —comentó Larry—. ¡Apuesto a que lo han traído aquí para esconderlo en algún rincón! ¡Aseguraría que anoche vinieron con él!

—A eso iba —prosiguió Fatty—. En mi opinión, no hubieran sido «vistos» en Maidenhead, esto es, tan cerca de su casa, de no haber abrigado el propósito de llegarse por aquí con algún propósito. Y sólo caben dos propósitos: esconder el cuadro y llevarse a «Poppet».

—Pero «no» se llevaron a «Poppet» —replicó Bets.

—No, y en eso nos equivocamos —reconoció Fatty—. Creo que

fuimos muy cándidos de suponer que iban a llevarse a la perrita. De haber desaparecido ésta de casa de los Larkin, la policía habría recibido aviso de localizar a una pareja con una linda perrita de lanas. ¡Es imposible esconder un perro cuando uno viaja con él a cuestas!

—Podrían haberla teñido de negro —sugirió Bets.

—Desde luego —convino Fatty—, pero, aun así, seguiría siendo un perro de lanas y, tanto si fuera negro, como blanco o pelirrojo, despertaría sospechas, si la policía tuviese orden de buscar a una pareja con un perro de esa raza en un hotel, pensión o casa particular.

—Supongo que ya llegamos a lo de anoche —suspiró Pip—. Ern es el único que puede darnos detalles sobre este punto.

—Sí —asintió Fatty—. Vamos, Ern. Cuéntanos lo que sepas. De hecho, ya estamos enterados, pero es posible que, oyéndolo referir otra vez, veamos las cosas más claras y se nos ocurra alguna idea nueva.

Entonces, Ern se puso en pie como si fuese a recitar una lección en clase, y, aclarándose la garganta, manifestó:

—Bien. Mientras me hallaba dormido en lo alto del árbol, me despertó un ruido, una especie de zumbido como de aeroplano o de automóvil. Luego, al poco rato, oí un chapoteo y, al asomarme a mirar, vi flotar unos cisnes en las aguas del río. Por cierto que daba gusto contemplarlos. Luego, me dormí otra vez y, a poco, volví a despertarme con la impresión de oír voces no muy lejanas, tal vez ante la casita de los Larkin. Entonces, oí ladrar a «Poppet», al parecer muy contenta. Eso es todo.

Dicho esto, Ern sentóse precipitadamente, colorado como un tomate. Todos experimentaron la necesidad de aplaudir, pero se abstuvieron de hacerlo para no abochornar más al muchacho. Bets dirigióle una sonrisa admirativa que llenó de orgullo a Ern.

—Ahora, llegamos a lo de esta mañana, en que, muy ilusionados, nos hemos encaminado a la casita de los Larkin, seguros de que «Poppet» habría desaparecido, y comprobado que la perrita seguía allí más contenta que unas pascuas —concluyó Fatty.

—Lo cual es un poco raro —comentó Larry—, porque «nos» consta que los Larkin no se han portado muy bien con ella.

—En efecto —suspiró Fatty—. Bien, Bets. Ya está hecha nuestra recapitulación. Ahora bien, ¿se os ocurre alguna observación o sugerencia?

—Por mi parte, estoy seguro de que los Lorenzo estuvieron allí anoche —declaró Pip—. De otro modo, «Poppet» no estaría tan contenta esta mañana.

—Yo también me he hecho esta reflexión —intervino Bets—. Pero ahora me pregunto: Si los Lorenzo hubiesen venido anoche y se hubieran «vuelto» a marchar, ¿no es lógico que «Poppet» estuviese triste otra vez?

—Tu observación es muy atinada, Bets —ensalzó Fatty.

—¡Canastos! —profirió Pip—. ¡A lo mejor aún están allí, escondidos en la casita!

—Sí, o quizá en la casa «grande» —sugirió Daisy—. Llevo mucho rato dándole vueltas a la idea de que es posible que los Larkin se hayan brindado a ocultar a los Lorenzo. No obstante, de ser eso cierto, opino que la casita estaría demasiado abarrotada de gente, aparte de que los Larkin temerían que la policía fuese a registrarles. Con todo, «Poppet» está tan contenta, que no puedo menos de pensar que la pareja anda aún por allí. ¡Al menos, «la señora» Lorenzo!

—¡Oye, Fatty! —propuso Bets—. ¿No podríamos arreglárnoslas para echar un vistazo al interior de la casita? ¡Por favor, piensa algún medio de hacerlo! ¡Sería maravilloso que «descubriésemos» a los Lorenzo, después del tiempo que lleva buscándoles la policía!

—De acuerdo, es un buen plan —convino Fatty—. ¿Recuerda alguno, por casualidad, si la casita tiene luz eléctrica? Yo no me he fijado. ¡Estoy perdiendo facultades!

—Sí, tiene —declaró Larry, sorprendido—. ¿Qué vas a hacer, Fatty? ¡«Me consta» que tienes un plan! ¡Pero, por amor de Dios! ¿En qué consiste?

Capítulo XVII

Visita colectiva a «Tally-Ho»

Efectivamente, saltaba a la vista de que Fatty tenía un plan. No había más que ver su excitación y el brillo de su mirada.

—¡Sí! —exclamó el muchacho, mirando sucesivamente a sus compañeros con una amplia sonrisa—. ¡Os diré lo que voy a hacer! ¡Me disfrazaré de electricista e iré a la casita de los Larkin a revisar el contador!

—¡Fantástico! —profirió Larry, dándole una palmada en la espalda—. Así podrás entrar en la casa sin dificultad y en menos que canta un gallo comprobarás si hay algún escondrijo en el interior. Todo lo más debe de haber tres habitaciones, todas en la planta baja, pues la vivienda no tiene piso.

—Lástima que la señora Larkin esté enferma —lamentóse Bets —. De lo contrario podrías haber ido hoy.

—¡Sopla! —exclamó Fatty—. ¡No había caído en eso! ¿Cómo voy a echar une ojeada a la casa si la mujer está enferma en la cama?

—Yo vigilaré desde mi atalaya del árbol —decidió Ern, agitado —, y, si la veo por el jardín, vendré a decírtelo en seguida, Fatty. Estaré de guardia toda la noche.

—De acuerdo —asintió Fatty—. Bien, ¿se os ocurre alguna otra idea o sugestión?

—Me pregunto cómo llegaron los Lorenzo anoche —murmuró Daisy—. Sí vinieron en coche, lo cual, a mi modo de ver, hubiera sido una solemne estupidez, ¿no estará el coche escondido en algún lugar del jardín? Eso si como suponemos, los Lorenzo siguen escondidos en la finca. A menos, claro está, que alguien les llevase

allí en coche y se marchara después. A lo mejor, era el auto que oyó Ern.

—Tienes mucha razón, Daisy —convino Fatty—. Esta tarde podríamos ir a la finca a echar un vistazo a las calzadas de acceso. Si vemos huellas recientes, señal de que anoche entró un auto. ¡Y lo buscaremos!

—Otra cosa —intervino Pip—. ¿Podríamos averiguar si los Lorenzo entraron en la casa grande? Es posible que fueran lo bastante atrevidos para esconder el cuadro allí. Como la casa ha sido registrada ya, no deja de ser un magnífico escondrijo.

—Sí, nos ocuparemos también de eso —asintió Fatty—. Puedo telefonear al superintendente para preguntarle si ha recibido algún informe sobre el particular.

—¡Estupendo! —exclamó Pip—. ¡Vamos progresando! ¡Os aseguro que, desde que hemos hecho la recapitulación lo veo todo más claro!

—En fin —suspiró Larry—. No creo que haya nada más que sugerir. De momento, suponemos que anoche los Lorenzo vinieron en automóvil, y, tras esconderlo en los jardines, entraron en la casa grande, escondieron el cuadro allí, despertaron a los Larkin y les persuadieron a que les dejasen ocultarse en la casita hasta que se apaciguara la cosa.

—¡Ni más ni menos! —aprobó Fatty—. ¡Lo has expuesto muy bien, Larry! Nos has dado un resumen magnífico. ¡Ni un detective «de verdad» lo hubiera hecho mejor! Y ahora, dejadme pensar: ante todo, debo telefonear al superintendente para preguntarle si tiene noticias de que alguien entrara en la casa grande anoche. Luego, esta tarde, iremos a la finca a examinar las calzadas de acceso. Por último, me disfrazaré de revisor de contadores e intentaré inspeccionar la casa de los Larkin.

—Los encargados de leer los contadores llevan una especie de registro para apuntar las cifras, ¿no es eso? —inquirió Daisy—. Por lo menos, el que viene a casa. Además, llevan una gorra con visera y una linterna para leer el contador. Eso es todo. El nuestro no lleva uniforme.

—Ya se lo preguntaré a nuestra cocinera —resolvió Fatty—. Aunque, en realidad, no creo que importe mucho lo que me ponga,

con tal que exhiba un registro, empuñe una linterna y declare con voz sonora: «¡Vengo a ver el contador, señora!».

Todos se echaron a reír.

—¡Si lo dices así, conseguirás meterte en la casa! —profirió Bets.

—¡Escucha! —propuso Larry—. ¿Por qué no te disfrazas y te vienes con nosotros a inspeccionar las entradas? Podrías guardarte en el bolsillo la linterna, la gorra y la libreta, y usarlas caso que averigüemos que la señora Larkin está levantada ya. De otro modo, tendrías que quedarte en casa en espera de que Ern viniese a buscarte en cuanto viera reaparecer a la señora Larkin. Eso sin contar que, si «no» la ve, te morirías de aburrimiento allí solo.

—Sí, tienes razón —convino Fatty.

Y dirigiéndose a Ern, agregó:

—Atiende, amigo. Esta tarde, instálate en lo alto del árbol con un pito, tal como has sugerido, y, si ves a la señora Larkin, da tres pitidos. ¡Nosotros estaremos explorando los jardines!

—Y, si quieres advertirnos algo, como por ejemplo, la presencia de Goon o de algún desconocido, pita «dos veces», —encomendó Larry—. Recuerda, dos veces para advertirnos y tres para la señora Larkin.

—Y en este último caso, iré a la casita a representar mi papel de revisor de contadores —concluyó Fatty—. Bien, ¿está todo entendido?

—¡Sí! —afirmaron todos a una.

—Venid aquí a las dos y media en punto —instó Fatty—. Iremos todos juntos, excepto Ern, claro está. Tú te instalarás en el árbol, a ser posible inmediatamente después de comer, ¿de acuerdo?

—Sí, Fatty —asintió Ern con aire importante.

De pronto, poniéndose en pie de un grito que sobresaltó a todos los presentes y desencadenó los ladridos de «Buster», el chico farfulló:

—¡Atiza! ¡Fijaos en la hora que es! ¡La una menos veinte! ¡Y tía Woosh me dijo que estuviera en casa a las doce y media! ¡Hoy me quedo sin comer! ¡Hasta luego! ¡Adiós a todos!

Y Ern desapareció por el sendero del jardín en un abrir y cerrar de ojos, seguido del excitado «Buster» y de la hilaridad general. ¡El bueno de Ern!

Aquella tarde, a las dos y media en punto, hallábanse todos, excepto Ern, ante la casó de Fatty, con sus respectivas bicicletas. A poco, apareció Fatty, con la suya y una extraña indumentaria. «Buster» le acompañaba.

—¿Vas a llevar a «Buster»? —exclamó Bets, complacida—. ¡Pensé que lo dejarías en casa!

—He pensado que, si Ern da la señal de ir a leer el contador de los Larkin, «Buster» puede quedarse con vosotros —masculló Fatty —. ¡Tiene tantas ganas de venir! ¿Verdad, «Buster»?

—¡Guau! —corroboró el perrito, gozosamente.

«Buster» no podía soportar que los muchachos prescindieran de su compañía. Durante el camino, corrió junto a las bicicletas. En realidad, el río no estaba lejos y, por otra parte, Fatty opinaba que el «scottie» debía hacer ejercicio para eliminar grasas.

—¡Un momento! —exclamó Larry, cuando todos se disponían a tomar por el sendero de la orilla del río—. ¡Esta vez «no» vamos por ahí! ¿En qué estamos pensando? ¡Hemos quedado en que iríamos a ver las calzadas que dan a la calle inmediata a la carretera! ¿Ya no os acordáis?

—¡Caramba! —profirió Pip—. ¡Tienes razón!

Y desviáronse todos al otro lado. Entonces, Bets, mirando a Fatty, comentó con un cloqueo:

—La verdad que estás muy poco presentable para venirte con nosotros. ¿Consideras «necesario» ponerte tan desaliñado, Fatty?

—Pues, no —repuso Fatty, sonriendo—. Pero me dio por ahí.

Llevaba un traje viejo, en exceso holgado para él, con bufanda en vez de cuello. Habíase peinado con el cabello sobre la frente en lugar de hacia atrás, y en el bolsillo tenía una gorra con una reluciente visera negra, un cartón lleno de cifras con un lápiz pendiente de un cordel, y una linterna.

—Estoy segura de que «ninguna» Compañía de Electricidad te aceptaría para revisor —comentó Bets—. Además de desaliñado, pareces «demasiado joven».

—¡Bah! —espetó Fatty—. ¡«Eso» tiene arreglo!

Y metiéndose la mano en el bolsillo, sacó de su interior un ridículo bigote y se lo puso sobre el labio superior. Al punto, aparentó más edad.

—¡Estás «horroroso»! —profirió Bets, riendo—. ¡Apuesto a que nadie te dejaría entrar en su casa!

Una vez en la carretera, metiéronse por una callejuela que conducía a las puertas principales de «Tally-Ho». Al llegar junto a ellas, apeáronse de sus bicicletas.

—Los grandes portillos dobles hallábanse cerrados. Había uno en cada entrada a la larga y curva calzada.

—¡Bien! —masculló Fatty, mirándolos—. ¡Quienquiera que viniese aquí en un coche tendría que echar el bofe para abrir estas puertas tan grandes! Son muy recias. ¿Por qué estarán cerradas?

—Supongo que para que no entren coches —infirió Larry—. Oye, Fatty, ¿has telefoneado al jefe para preguntarle si alguien entró en la casa anoche por casualidad?

—Sí —afirmó Fatty—. Y, al parecer, aunque los Lorenzo hubiesen tenido las llaves de las puertas traseras, anterior y lateral, de nada les habrían servido: la policía les echó el cerrojo a todas, excepto a la lateral, y, tras salir por ésta, la proveyó de una cerradura especial, y aún ésta «sólo» por la puerta lateral. Por lo visto, la casa contiene una porción de muebles y objetos valiosos, pertenecientes a su verdadera propietaria, la que alquiló la casa amueblada a los Lorenzo.

—En este caso, podemos prescindir de la casa y concentrarnos en averiguar si anoche entró un coche aquí y está escondido en el jardín —decidió Larry.

Fatty examinó el terreno, muy escarchado aquel día.

—Hay marcas de neumáticos —dijo—, pero no puedo precisar si son antiguas o recientes. Por otra parte, pueden pertenecer a cualquier coche de la policía que haya venido por aquí.

De pronto, Pip, que se había acercado a los portillos para atisbar a través de ellos, lanzó una exclamación.

—¡Mirad! ¡Ningún coche pudo entrar por aquí! ¡Las puertas están atrancadas con una barra de madera!

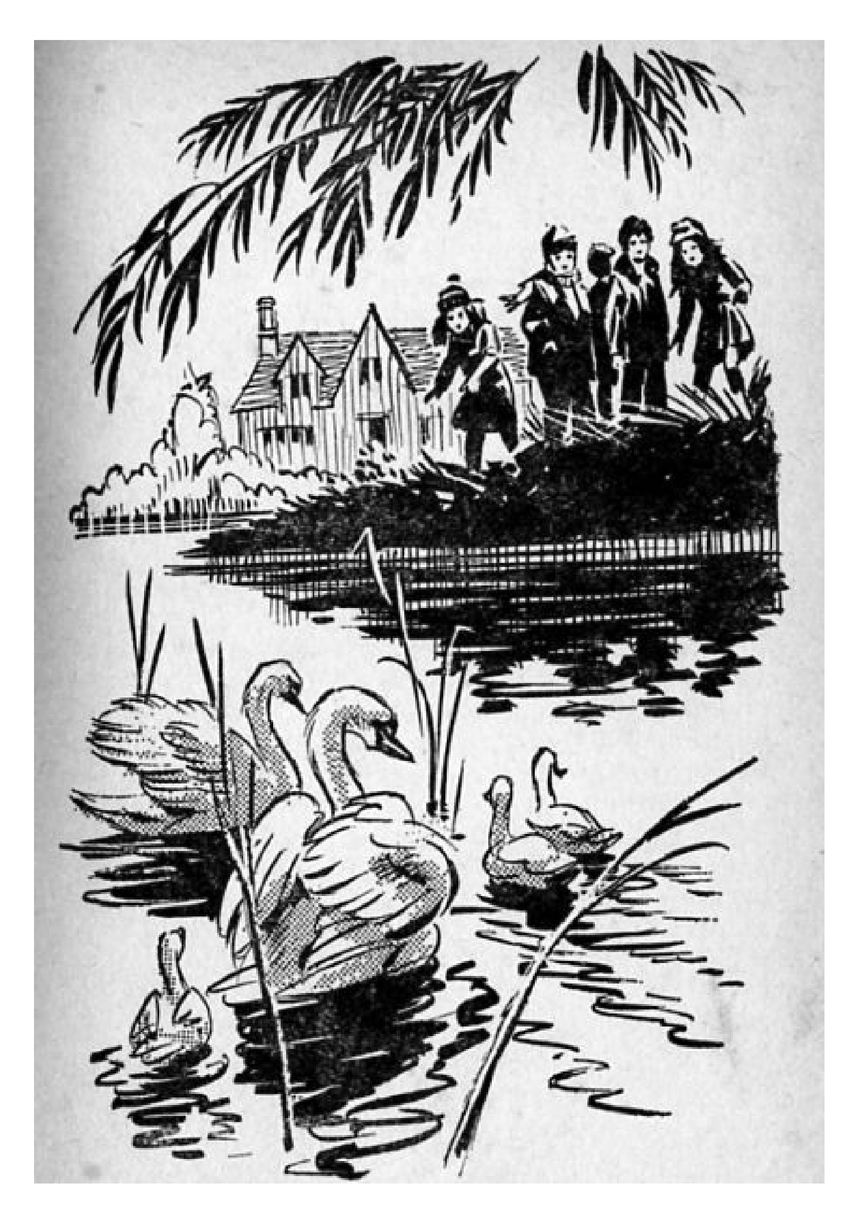
Los otros se acercaron a comprobarlo. Pip tenía razón. A través de cada uno de los portillos dobles, había una barra clavada. ¡Era evidente que a la policía no le interesaba que nadie entrara en la casa de momento!

—Bien, eso descarta la posibilidad de que los Lorenzo vinieran

en coche y lo escondieran en el jardín —coligió Fatty—. Ahora propongo que vayamos a la entrada junto al río por si vemos al señor Larkin. ¡Quién sabe! ¡A lo mejor tiene algo que decir siquiera una vez en la vida!

Total que, retrocediendo, dirigiéndose al sendero que discurría junto a la orilla y, a poco, hallábanse ante el pequeño portillo posterior.

—¡Mirad! —exclamó Bets—. ¡Los cisnes otra vez! ¡Qué lástima no tener pan para darles!



Los muchachos contemplaron a los grandes cisnes ocupados en llevar a los pequeñuelos a la orilla. A todo esto, pasó un bote con un agradable chapoteo de remos en el agua. Los cisnes se apartaron a un lado para dejarle paso libre.

—¡Escuchad ese ruido! —profirió, de repente—. Ern dijo que recordaba haber oído un chapoteo durante la noche. ¿No sería un

«bote»?

—¡Cáscaras! —saltó Fatty—. ¡No se me había ocurrido semejante cosa! ¡Un bote! ¡Naturalmente! ¡Los Lorenzo pudieron venir en bote! ¡Vayamos a ver si hay alguno en la casilla de botes de «Tally-Ho»! Porque supongo que aquella casilla de botes pertenece a la finca, ¿no?

En efecto. Era la casilla de botes de «Tally-Ho». la puertecita no tenía echada la llave y los chicos limitáronse a empujarla y a contemplar el interior. Un pequeño bote mecíase suavemente sobre las diminutas ondas que penetraban en el lugar.

Fatty lo miró. Se llamaba «Tally-Ho» y, por tanto, no cabía duda que pertenecía a la finca. Pero cuando el muchacho se disponía a avanzar hacia él, un agudo silbido procedente del exterior le detuvo en seco.

—¡El pito de Ern! —barbotó—. ¡Cielos! ¡Qué estrépito! ¡A juzgar por el ruido que mete, nuestro amigo se ha provisto de un «pito de policía»! ¡Al parecer, ha visto a la señora Larkin, porque ha pitado tres veces! ¡Voy a hacer de revisor de la luz! Entretanto, vosotros echad una ojeada a esta casilla de botes. ¡Dentro de un rato me reuniré con vosotros!

Capítulo XVIII

Unas magníficas ideas

Fatty se puso la gorra con la visera negra y atusóse el ridículo bigotito. Luego, ajustándose la bufanda alrededor del cuello, echó a andar hacia los jardines de «Tally-Ho». Sus compañeros cambiaron unas sonrisas.

—Dentro de dos minutos escasos estará leyendo el contador —comentó Pip—. ¡Ojalá pudiera verle actuar!

Fatty franqueó el pequeño portillo, silbando sonoramente, y, al dirigirse a la puerta de la casita, vio a la señora Larkin ante ella, con «Poppet» brincando a su alrededor.

La mujer miróle, sobresaltada. Era, en efecto, una persona de aspecto muy raro, con su singular peluca, su cara pálida como la cera y sus gafas oscuras.

—¿Qué desea? —preguntó a Fatty, con voz ronca.

Y sin cesar de toser y estornudar, sacóse su sucio pañuelo de su deslucido pañolón rojo y se sonó la nariz. Después, volvió a toser, manteniendo el pañuelo sobre la boca, como para protegérsela del aire frío.

—Está usted muy resfriada, señora —dijo Fatty, cortésmente—. Siento molestarla, pero he venido a revisar el contador, siempre que usted no tenga ningún inconveniente.

La mujer asintió en silencio y, dirigiéndose a un pequeño tendedero, procedió a recoger unas piezas de ropa. Fatty aprovechó al punto la ocasión para meterse en la casa, haciendo votos porque el señor Larkin no estuviera dentro.

La habitación anterior estaba desierta. Una mirada circular bastó a Fatty para comprobar que la estancia no ofrecía ningún

escondrijo. Pasó luego a una habitación trasera que resultó ser un pequeño dormitorio ocupado casi por completo por la cama. Al parecer, en él tampoco había nadie. Fatty miró debajo de la cama por si había alguien allí escondido, pero sólo vio cajas de cartón y trastos.

Súbitamente, entró corriendo la perrita y, acercándose al muchacho, le puso las patitas en la pierna. Fatty la acarició y ella demostró su complacencia meneando la cola.

—¡«Poppet»! —llamó la mujer.

Al oír a su guardiana, la perrita de lanas volvió a precipitarse al jardín.

Fatty entró en la tercera estancia, una desaseada cocina con una pequeña y miserable despensa, muy sucia y poco surtida.

—¡Qué pocilga! —pensó Fatty—. ¡Salta a la vista que los Lorenzo no están escondidos aquí! ¡Por otra parte, no creo que se prestaran a ocultarse en un inmundo corral como éste! ¡No podrían soportarlo! ¡Uf, qué peste!

No obstante, el muchacho miró los techos de las tres habitaciones para comprobar si había algún desván a buhardilla. Pero no vio ninguna abertura. Ello llevóle a la convicción de que, en definitiva, los Lorenzo no estaban allí.

En aquel momento, apareció la vieja Larkin en el marco de la pequeña puerta anterior.

—¿Aún no está usted listo? —inquirió, con aquella áspera voz que tan desagradablemente sonaba a los oídos de Fatty.

Al propio tiempo, la mujer ajustóse el mantón, sorbiendo el moco.

—Sí, señora, ya he terminado —apresuróse a contestar Fatty, pasando una cinta de goma alrededor del cartón y la hoja de lecturas—. Me he entretenido un rato buscando el contador. ¡Bien, hasta otro día!

Y al salir al jardincito, inquirió, volviéndose bruscamente:

—¿Puedo entrar en la casa grande a revisar los contadores? Tengo entendido que sus habitantes han desaparecido. ¿Les conocía usted?

—Eso no es de su incumbencia —gruñó la mujer, con expresión hosca.

Y estornudando una vez más, entró en la casa con «Poppet» y cerró la puerta.

—¡En fin! —pensó Fatty, mientras se encaminaba al portillo—. Cuando menos he averiguado algo concreto y es que los Lorenzo no están escondidos en ese cuchitril.

Encontró a Ern aguardándole ante el portillo, deseoso de reunirse de nuevo con los demás una vez cumplido su cometido de vigilar y tocar el pito desde el árbol.

—¡Cáspita! —exclamó, mirando a Fatty de hito en hito—. ¡Qué raro estás con ese bigote! ¿Has averiguado algo?

—Sólo que los Lorenzo no están con los Larkin —respondió Fatty—. Además, hemos llegado a la conclusión de que tampoco entró ningún coche en la finca anoche, porque las hojas de los portillos están trabadas con barras de madera.

—¡Atiza! Según eso, lo que oí no era un coche.

—Oye, Ern, ¿crees que el chapoteo que oíste pudieron haberlo producido unos «remos»? —inquirió Fatty, mientras ambos se dirigían a la casilla de botes.

—¿Remos? —repitió Ern—. Pues, sí, está dentro de lo posible.

Y contemplando a un bote que ascendía por el río, agregó con un fuerte cabezazo:

—¡Sí, no cabe duda! El chapoteo que oí era exactamente igual que el rumor de esos remos.

—¡Magnífico! —exclamó Fatty—. Nunca creí que fueran los cisnes. ¡Los cisnes nadan muy quedamente! ¿Sabes, Ern? ¡Ahora suponemos que tal vez los visitantes de anoche vinieron en «bote»!

—¿En bote? —farfulló Ern, desconcertado—. ¿De dónde?

—No sabemos, no lo hemos pensado todavía —contestó Fatty. Y al llegar con su amigo ante la casilla de botes gritó a los demás—: ¡Aquí está Ern, muchachos! ¡Y opina que los chapoteos que oyó «fueron» producidos por los remos de un bote!

—¡Ah! —exclamó Bets, asomándose a la puerta desde el interior —. ¿Eres tú, Fatty? ¿Alguna novedad? ¡No pareces muy eufórico!

—No tengo motivos para estarlo —gruñó Fatty, entrando en la casilla de botes, donde le aguardaban todos con «Buster»—. He ido a revisar el contador, que, por cierto, no he encontrado por ninguna parte, y resulta que la vivienda sólo consta de tres habitaciones; los

Lorenzo brillan por su ausencia. Sólo he visto a aquella horrible vieja con su peluca y sus estornudos. Conste que parece realmente enferma.

—Total que, en resumidas cuentas, hemos vuelto a equivocarnos —refunfuñó Larry, desilusionado—. ¡Los Lorenzo «no están» escondidos aquí! Eso significa que tendremos que pensar otra cosa. ¿Crees que vinieron y se marcharon otra vez sin siquiera llevarse a «Poppet»?

—Propongo que nos metamos en el bote a cambiar impresiones —suspiró Fatty—. Aquí se respira un ambiente muy tranquilo y acogedor.

Una vez instalados en el bote, dejáronlo mecer suavemente al impulso de las ondas procedentes del exterior de la casilla.

—Lo que no acierto a comprender —empezó Fatty— es por qué vinieron anoche los Lorenzo, sí, en realidad, eran ellos, y volvieron a marcharse tras hablar con los Larkin. Por otra parte, ¿de dónde vinieron en bote? Sin duda, lo tomaron en la otra orilla o en algún embarcadero del río…

—¡En Maidenhead! —profirió Bets, al punto.

—¡Naturalmente! —convino Fatty—. ¡En «Maidenhead»! ¡Qué tonto soy! ¿«Dónde iba a ser»? ¡Por eso «fueron» a Maidenhead, para poder venir aquí por el río!

—¡Vaya modo de remar! —exclamó Larry—. ¡Entre Maidenhead y Peterswood hay muchas millas de distancia!

—A lo mejor vinieron en lancha motora —sugirió Fatty.

Al oír esto, Ern exclamó, propinándole una fuerte palmada en la espalda:

—¡Has dado en el clavo, Fatty! ¡Has dado en el clavo! ¡«Ése» fue el ruido que oí anoche! ¡No de auto, ni de aeroplano, sino de lancha motora!

El bote se balanceó de resultas de la excitación de Ern.

—¡Sí, Ern! —corroboró Fatty, enderezándose—. ¡Eso fue lo que oíste! ¡Y el chapoteo de remos que percibiste lo produjeron los remos de «este» bote al salir a su encuentro! ¡La lancha no podía acercarse aquí a causa de la escasa profundidad de la orilla!

—¿«Quién» llevó este bote a la lancha? —inquirió Larry, al punto.

Sobrevino un silencio, que los chicos aprovecharon para ordenar aquellas nuevas ideas. Por último, Pip aventuró:

—Debe de haber alguien aquí que tomó el bote y fue en busca de uno o ambos de los Lorenzo para traerlos a esta orilla. Después, probablemente volvió a llevarlos a la lancha, pues, según hemos comprobado, la pareja no está escondida en «Tally-Ho».

—En este caso, el único motivo de su venida fue traer el cuadro aquí para esconderlo —infirió Fatty.

—¡Eso es! —convino Bets—. ¡Y si era la señora Lorenzo, para ver de paso a su perrita!

—Creo que tienes razón, Bets —aprobó Fatty—. No cabe duda que la perrita parece mucho más contenta hoy. Menea constantemente la cola como si hubiese visto a su ama y acaso también a su amo, convenciéndose así de que, en realidad, no la han abandonado.

—Estoy segura de que esta vez no nos equivocamos —intervino Daisy, excitada—. ¡Nuestros razonamientos son perfectos! Los Lorenzo fueron a Maidenhead con el propósito de venir aquí en barca. Tomaron una lancha y el viejo Larkin salió a su encuentro con este bote. Los trajo a la orilla, les ayudó a desembarcar el cuadro embalado, llevó a la señora Lorenzo a ver a su amada perra…

—¡Sí! —interrumpió Ern, casi volcando el bote de excitación—. ¡Entonces fue cuando oí el murmullo de voces y los ladridos!

—Y, una vez dispuesto el cuadro en un escondrijo seguro, el viejo Larkin volvió a llevar a la pareja a la lancha, regresó aquí con el bote, lo metió en esta casilla… y fue a acostarse —concluyó Fatty, triunfante.

—¡Hemos desentrañado el misterio! —exclamó Ern, emocionado.

Los otros acogieron la salida con risas.

—No, Ern, no te hagas ilusiones —replicó Fatty—. Todavía no sabemos dos cosas importantes: dónde están los Lorenzo y dónde está el cuadro.

—¡Es verdad! —barbotó Ern, desanimándose.

—Opino que debiéramos entregarnos «en cuerpo y alma» a buscar ese cuadro escondido —propuso Pip—. «Sabemos» que

anoche fue traído aquí. Por consiguiente, debe de estar forzosamente en la finca. No es fácil esconder un gran embalaje. Sin duda, está en alguna dependencia de la casa o tal vez enterrado.

—Ahora es demasiado tarde para empezar a buscar —repuso Fatty, consultando su reloj.

—¡Por favor, Fatty! —suplicó Bets—. ¡Déjanos echar una «ojeada»! ¡No cuesta nada asomarse a mirar los invernaderos y las dependencias!

—Está bien —accedió Fatty—. En este caso salgamos del bote. ¡«Ten cuidado», Ern, no saltes así! ¡Por poco nos tumbas a todos!

—¡Mirad! —exclamó Bets, de pronto—. ¡Hay algo en el fondo del bote! ¡Un agujero pequeño y brillante! —añadió, inclinándose a recogerlo—. ¡Oh, qué desilusión! ¡Es sólo una chincheta muy nueva y reluciente!

Fatty la tomó para examinarla.

—¡Apuesto a que sé de «dónde» procede! —exclamó excitado—. ¡Del embalaje del cuadro! ¡Aseguraría que ésta es una de las chinchetas que sujetaban la etiqueta al embalaje! Por lo regular, los embalajes grandes llevan etiquetas con chinchetas. Has hecho un buen hallazgo, Bets. ¡Ahora sabemos a ciencia cierta que el cuadro y su embalaje estuvieron en este bote anoche!

—¡De prisa! —apremió Pip—. ¡Vamos a buscarlo!

Y saltó del bote con tal ímpetu, que, al igual que Ern, estuvo a punto de volcar la embarcación.

Una vez más, los seis muchachos sentíase presas de gran excitación.

—¡Tenemos una pista! —exclamó Bets, tomando la chincheta de manos de Fatty—. ¿Verdad, Fatty? ¡Nuestra primera pista!

—Eso espero —asintió Fatty, riendo—. ¡En marcha, «Buster»! ¡Síguenos!

Y abandonando la casilla de botes, encamináronse todos al pequeño portillo. Una vez allí comprobaron si los Larkin andaban aún por el jardín. Pero en la casita veíase ya una luz, señal evidente de que el viejo y su mujer estaban ya recogidos dentro.

Muy quedamente, los seis investigadores entraron en los jardines de la finca.

—¿Qué es aquello? —interrogó Pip, deteniéndose, al tiempo que

señalaba con el índice un lejano rincón—. ¿Parece una hoguera, verdad? ¡Vamos a verla! ¡No me vendría mal un poco de calor!

Muy pronto, hallábanse todos de pie en torno a la hoguera, que, a juzgar por lo que ardía, semejaba rociada de parafina. De pronto, Bets, inclinándose algo con una súbita exclamación, profirió:

—¡Mira, Fatty! ¡Otra chincheta como la anterior! ¡El embalaje debe de estar por aquí cerca!

Capítulo XIX

Un poco de diversión

Fatty examinó la chincheta y comparóla con la primera. Sí, eran exactamente iguales. Luego, miró detenidamente las crepitantes llamas y, tomando una rama caída, hurgó el fuego para ver qué había en él.

—¡Mirad! —exclamó—. ¡Aquí está el embalaje! ¡Ardiendo en el fuego! ¡Lo han astillado a conciencia y le han prendido fuego para que no quede rastro de él!

Sus compañeros contemplaron los fragmentos de madera, a todas luces procedentes de un sencillo embalaje.

—¡Aquí hay un trocito de etiqueta! —profirió Larry, abalanzándose a recoger un trozo de grueso papel ardiendo.

Y soplando para apagarlo, vio que en él figuraban aún tres letras.

—«n-h-e» —leyó Larry—. Temo que eso es todo cuanto queda.

—Pero es suficiente —saltó Fatty—. Revela lo procedencia del embalaje, esto es, dónde fue enviado al fin para que lo recogieran los Lorenzo, ¡«n-h-e» son la sexta, séptima y octava letras de la palabra Maidenhead! ¡Contad y veréis!

—¡Cáscaras! —espetó Pip—. ¡Pues es verdad! Eres un lince, Fatty. En fin, supongo que ahora la pintura habrá desaparecido en las llamas con el embalaje, quemada por los ladrones para que nadie pueda descubrirla.

—No seas pollino —repuso Fatty—. Una vez retirada del embalaje, la habrán «escondido» en lugar seguro. No es difícil esconder un lienzo. Me figuro que lo han quitado del marco para deshacerse de éste juntamente con el embalaje. Si os fijáis bien

veréis varios trozos dorados esparcidos entre las llamas de esta hoguera. Apuesto a que es todo lo que queda del hermoso marco.

Como el embalaje era muy grande, el fuego ardía aún a más y mejor. No obstante, los chicos alejáronse de él, seguros de que no tenían nada más que hacer allí.

—¡Esto se anima! —comentó Fatty—. Ahora sabemos que el cuadro que buscamos no está ya en un embalaje ni en un marco, sino probablemente enrollado como un plano.

—¡En cuyo caso, es «mucho» más fácil de ocultar! —dijo Daisy —. A buen seguro, está en casa de los Larkin.

—No lo creo —replicó Fatty—. Los Lorenzo no se hubieran atrevido a confiar la pintura a ese par de sucios. ¡Podrían haberla echado a perder! No, sin duda la han guardado en un sitio más seguro. ¡Pero no en esa pocilga!

Tras franquear el portillo, tomaron sus respectivas bicicletas. Pero en el momento en que se disponían a descender con ellas por el sendero que conducía al camino del río, Fatty les detuvo con estas palabras:

—¡Mirad! ¡Allí viene Goon!

Efectivamente, a poca distancia de ellos, amparándose en las sombras, avanzaba la familiar figura del señor Goon.

—¿Qué hace? —cuchicheó Fatty—. Parece que sigue a alguien, ¿no?

—Sí —susurró Larry—. Va un hombre delante de él cargado con una especie de cesta. ¿Quién debe de ser?

—Lo ignoro —repuso Fatty—. Pero pronto lo averiguaremos. En cuanto lleguemos al camino y podamos montar en nuestras bicicletas, nos dirigiremos hacia Goon tocando desaforadamente las campanillas para que advierta nuestra presencia y, acto seguido, pasaremos junto a él como una exhalación y seguiremos adelante para ver a quién anda siguiendo. No tengo idea de quién puede ser, pero deberíamos averiguar si Goon sigue a algún sospechoso.

Apenas llegaron al camino, montaron todos en sus bicicletas, dispuestos a seguir al señor Goon, amparado aún en las sombras. Como estaba anocheciendo, los chicos habían encendido sus luces y éstas iluminaban considerablemente la senda. Al ver que se acercaban los ciclistas, el señor Goon agazapóse en la oscuridad

para no ser visto.

—¡Riiiiiing, riiiiiing! —retiñían las campanillas, al tiempo que los muchachos pasaban ante el policía.

—¡Buenas noches, señor Goon! —gritó Fatty—. ¡Le deseo un buen paseo!

—¡Buenas noches, buenas noches, señor Goon! —chillaron todos.

Y hasta el propio Ern tuvo la osadía de gritar, ensordeciendo casi al policía con su campanilla:

—¡Buenas noches, tío!

—¡Maldita sea! —gruñó el señor Goon, contrariado.

Con todo aquel jaleo el hombre a quien andaba siguiendo habíase precipitado a un bosque cercano, y ya no sería posible dar con él. ¡Condenados chicos!

Por su parte, los seis ciclistas vieron al hombre con perfecta claridad. Era el señor Larkin, con una cesta de la compra al brazo, renqueando afanosamente con la espalda encorvada y la cabeza gacha. La visera de su vieja gorra llegábale casi hasta la nariz, como de costumbre. Al oír el bullicio, el viejo desapareció en un bosquecillo de árboles.

—Probablemente viene de la compra —dedujo Bets—. ¿Por qué le sigue Goon? ¡Tal vez se figura que le conducirá a alguna pista!

—Es posible —convino Fatty—. Pero ahora le resultará tremendamente difícil localizar de nuevo al viejo. ¡Cómo me gustaría que «me» siguiese Goon para darle un largo paseíto!

—¡Sí! —sonrió Pip—. ¡Y para hacerle echar el bofe y resoplar como un condenado! ¿Por qué no te disfrazas de Larkin y te diviertes un poco a su costa?

—En realidad, hace rato que acaricio esa idea —declaró Fatty, riendo—. Le estaría muy bien empleado a ese chismoso de Goon por haber ido con aquella abominable mentira al superintendente. ¡Mira que decirle que yo le había encerrado en el cuarto de las calderas, en compañía de Johns! Apuesto a que ninguno de los dos «oyó» siquiera cerrar la puerta. Probablemente, se lo impidieron sus enormes ronquidos.

—¡Oh, Fatty! —exclamó Bets—. ¿«De veras» te disfrazarás de Larkin? ¡Por lo que más quieras! ¡Si lo haces, deja que te veamos!

—De acuerdo —accedió Fatty, cada vez más entusiasmado con la idea de imponer a Goon un pequeño castigo por ir al jefe con aquel cuento—. Primero cenaré y luego pondré manos a la obra. ¡Ojalá Goon no decida acostarse temprano en vista de que ayer perdió la noche! ¡Me encantaría pasearle por todo el pueblo!

—¡No te olvides de pasar a vernos antes! —recordóle Bets, al tiempo que se separaban en la encrucijada.

Fatty pedaleó hacia su casa, sonriendo para sí. ¡Qué bien lo pasaría a costa de Goon!

Al llegar a casa, le aguardaba una buena cena. De hecho, cenó solo, pues su madre había tenido que salir. La cocinera lo tenía tan malcriado, que le llenó la bandeja de todos sus manjares predilectos, hasta el punto de que, cuando el chico terminó de cenar, casi no sentía con ánimos de divertirse a costa de nadie.

—¡Menos mal que con tanta grasa no me resultará difícil conseguir un parecido con el rollizo señor Larkin! —pensó, contemplándose en el largo espejo de su cobertizo—. ¡Ahora todo es cuestión de seleccionar un buen surtido de prendas como las que luce el viejo Larkin!

Sin perder un instante, el muchacho procedió a rebuscar entre su enorme colección de disfraces, abriendo sucesivamente todos los cajones de la vieja cómoda.

—Unos pantalones holgados, sucios y arrugados —mascullaba—. ¡Magnífico! Ahora, unas botas viejas y un abrigo de los tiempos de Maricastaña, ¡el peor de mi guardarropa!

Era un abrigo viejísimo, desechado mucho tiempo atrás por el penúltimo jardinero de los Trotteville. ¡Justamente lo que necesitaba!

—Una bufanda raída de color de cachumbo —prosiguió el chico —. Está irá que ni pintada.

Y cerrando los ojos por espacio de un instante, Fatty imaginóse al viejo Bob Larkin con todo lujo de detalles. Como era tan buen observador, podía ver al viejo casi como si lo tuviese delante.

—Una barbita desgreñada, un bigote despeinado, cejas pobladas, gruesas gafas y una espantosa gorra con la visera ladeada sobre la cara. ¡Sí! ¡Lo tengo todo a mi disposición!

Fatty puso manos a la obra rápida y alborozadamente. Ante

todo, maquillóse el rostro hasta alterar por completo su aspecto. En él aparecieron arrugas, unas enormes cejas sobre unas gruesas gafas oscuras, un bigote enmarañado, un hueco entre los dientes anteriores (¡Fatty habíase pintado uno de negro!) y una barba rala y desaliñada como la del señor Larkin. Tras pegarse esta última a la barbilla, el muchacho se miró al espejo.

—¡Hola, viejo! —dijo Fatty a su reflejo—. ¡Hola, inmundo zarrapastroso! ¡Uf! ¡Da asco mirarte! ¡Ponte la gorra y la bufanda!

Una vez completado su atuendo con la gorra ladeada y la bufanda arrollada hasta la boca, Fatty contempló su obra, satisfecho. ¡Era la viva estampa del viejo Larkin!

—¡Quisiera Dios que a mamá no se le ocurra regresar ahora! —pensó el chico—. ¡Si me viera, alborotaría todo el vecindario! ¡Adiós, «Buster»! Siento decirte que no creo que vengas a acompañarme esta noche. De todos modos, no creo que a un perro bien criado y respetable como tú le gustara ser visto en compañía de un viejo vagabundo como yo.

Pero «Buster» no estaba conforme. El «aspecto» de Fatty le tenía sin cuidado. ¡Para él el muchacho era siempre su querido e idolatrado dueño!

Tras encerrar al «scottie», Fatty encaminóse cautelosamente a la calle, a la sazón oscura y desierta. Luego, tomando su bicicleta, dirigióse a casa de Pip. Al oír el silbido de ritual, Pip salió corriendo al jardín.

—¿Eres tú, Fatty? —inquirió—. Estoy ardiendo en deseos de verte. Larry y Daisy están aquí… y Ern ha venido también. Aquí apenas puedo verte. ¡Está tan oscuro! Pero, si quieres, puedes entrar tranquilamente, porque mamá está jugando una partida de «bridge» con unos amigos en el salón. Basta con que no hagas ruido.

Ambos subieron al cuarto de jugar. Pip abrió la puerta de par en par y Fatty entró en la estancia, renqueando como el viejo Larkin.

Bets lanzó una exclamación de asombro:

—¡Oh, no! ¡No es posible que seas Fatty! ¡Es el propio señor Larkin! ¡Apuesto a que Fatty le envió para engañarnos!

—¡Atiza! —barbotó Ern, sobrecogido.

—¡Maravilloso, Fatty, maravilloso! —ensalzó Larry, dándole una palmada en la espalda.

Fatty tosió con tos cavernosa y carraspeó como Larkin.

—¡Eh! —exclamó una voz cascada—. ¡No me des esos golpes, jovencito! ¿Quieres estropearme el relleno? ¡Si sigues así llamaré inmediatamente a la policía! ¡Sí, señor! ¡A mi viejo camarada señor Goon!

Todos se desgañitaron de risa.

—¡Es lo mejor que has hecho en tu vida, Fatty! ¡Incomparablemente lo mejor! ¿Podemos acompañarte?

—No —replicó Fatty, enderezándose y adoptando de nuevo su propia voz—. Seguramente, Goon no andará buscándome, pensando que soy el viejo Larkin. Lo más probable es que esté instalado en su sillón, dormitando con la pipa entre los dientes.

—Será mejor que te vayas —apremió Pip—. Creo que mamá anda por ahí. A lo mejor se le ocurre subir a buscar algo. ¡Márchate, Fatty! ¡Y buena suerte! ¡Estás sencillamente «horroroso!».

Fatty bajó la escalera cautelosamente y deslizóse hacia la puerta del jardín en el preciso momento en que la señora Hilton se disponía a subir al piso. Al salir, encontró a la enorme gata negra de los Hilton esperando en la puerta para entrar. A la vista de aquel extraño sujeto, el animal tuvo tal susto, que, pegando un tremendo brinco, perdióse entre las sombras de la noche con un gran alarido.

Fatty pedaleó en dirección a casa del señor Goon. Al llegar, vio luz en la ventana anterior y acercóse a mirar. Sí, Goon estaba allí, leyendo unas cartas.

Dispuesto a darle un susto, el muchacho apoyó la cara en el cristal y tosió con tos bronca. El señor Goon levantó la vista inmediatamente y quedóse boquiabierto al ver lo que se imaginó ser el rostro del viejo Larkin, pegado al cristal de la ventana.

—¡Eh, usted! —gritó el policía—. ¡Quiero hablar con usted! ¡Venga acá en seguida!

Y, poniéndose el casco, salió precipitadamente.

Fatty alejóse a toda prisa y, a poco, empezó a andar renqueando como Larkin. Goon se detuvo a mirarle a lo lejos. ¿Conque el viejo Larkin habíase dedicado a espiarle por la ventana, eh? ¡En fin! ¡No tendría más remedio que volver a seguirle! ¿Adónde iría a aquellas horas de la noche? ¡Aquel señor Larkin estaba resultando tremendamente sospechoso!

«¿A quién se le ocurre espiarme de ese modo? —se dijo Goon—. ¡Debe de estar loco! ¡Sabe más de lo que dice!».

Y echó a andar tras el presunto señor Larkin, procurando ampararse en la oscuridad.

«¡Vamos, señor Goon! —se cloqueó Fatty—. ¡Le llevaré a dar un hermoso paseo! ¡Le sentará a maravilla para reducir un poco las grasas! ¡En marcha, amigo!».

Capítulo XX

Suceden muchas cosas

Goon siguió a Fatty a prudente distancia. Por su parte, el muchacho, volviéndose a mirarlo de cuando en cuando, decidió llevarle a un solar en el que figuraban varios cobertizos, con la idea de echar un vistazo al interior de cada uno de ellos e intrigar a Goon con esta actitud.

Sin cesar de renquear, Fatty caminaba todo lo aprisa que podía, con gran asombro del señor Goon, que se maravillaba de que el viejo Larkin pudiera andar tan de prisa con una pierna mala. En cuanto a Fatty, maravillándose, asimismo, de que el grueso y corpulento Goon supiera ocultarse tan bien en las sombras. ¡Forzoso era reconocer que el policía demostraba ser muy listo en ocasiones!

Cuando el chico llegó a las parcelas de terreno, Goon lanzó un silbido de asombro. ¡Canastos! ¿Qué se proponía Larkin? ¿Robar herramientas o aperos de trabajo? ¡Con razón nunca le había gustado aquel individuo! ¡Y menos ahora que estaba inmiscuido en aquel caso Lorenzo! ¡A lo mejor sabía incluso dónde estaba el cuadro robado!

Fatty gozaba de lo lindo. Sin perder un momento, procedió a inspeccionar las barracas de los albañiles y hasta se inclinó a coger un poco de hierba.

«¿Qué es lo que hace ahora? —preguntóse Goon al verlo—. ¡Apuesto a que se dedica a coger coles de Bruselas! ¿Habráse visto bribón?».

Entonces, Fatty, alejándose de los solares, entró en unos jardines infantiles situados a poca distancia, en tanto Goon, apostado detrás de un árbol, observábale con recelo. ¿Con qué objeto entraba el

viejo Larkin en el parque infantil? ¡Qué raro proceder!

De pronto, con gran estupefacción de Goon, Fatty sentóse en uno de los columpios y empezó a columpiarse de un lado a otro mirando con el rabillo del ojo al sorprendido policía.

—¿Pero qué hace ese hombre? —se dijo Goon, desconcertado—. ¡Debe de estar chiflado, completamente chiflado! ¿A quién se le ocurre venir aquí de noche a columpiarse? ¡Ah, caramba! ¡Ya se va! ¡No me sorprendería que estuviese al acecho para perpetrar un pequeño robo!

Fatty salió del parque infantil, cloqueando, camino de la alumbrada calle Mayor. Pero apenas llegó allí, alguien le detuvo.

—¡Caramba, Bob Larkin! —exclamó el desconocido—. ¡Cuánto tiempo sin verle! ¿Por qué no se viene a tomar un bocado conmigo y mi costilla?

Fatty contempló a su interlocutor, un hombre alto y delgado muy mal trajeado y con un mostacho de guías colgantes.

—¡Lo siento mucho! —repuso el chico, imitando la cascada y temblona voz de Larkin—. ¡Pero no puedo entretenerme! ¡Tengo algo que hacer!

Y, sin más, alejóse, cojeando. Goon emergió de la oscuridad. ¿Quién sería aquel individuo que había hablado con Larkin? ¿Algún enviado de los Lorenzo? Negras sospechas invadieron la mente del intrigado policía. ¿Qué demonios se proponía el viejo Bob Larkin?

A todo esto, Fatty volvió a llevarle al parque infantil y a sentarse de nuevo en el columpio. Por entonces, Goon no sabía qué pensar. ¿Estaría Larkin loco de atar o se limitaba a hacer tiempo paseando y columpiándose en espera de acudir a alguna cita?

Para dilucidarlo, el señor Goon resolvió interpelar al viejo Larkin, harto ya de ocultarse tras árboles y arbustos en aquella fría noche de enero para observar las idas y venidas de aquel viejo chalado que tan pronto curioseaba el interior de unas barracas como se sentaba a columpiarse en un columpio. Lo mejor era averiguar de una vez sus propósitos. Y, en consecuencia, le gritó:

—¡Eh, Bob Larkin! ¡Quiero hablar con usted!

Pero entonces; el viejo apretó el paso sin volverse, tratando, además, de ocultarse en la sombra de los árboles.

—¿Por qué no se detiene cuando se lo ordeno? —preguntóse

Goon, cada vez más receloso—. ¡Conoce perfectamente mi voz! «¡Eh, Bob Larkin!».

Fatty siguió andando, sonriendo para sí.

«¡Vamos, Goon! —pensaba, regocijado—. ¡Esta caminata le sentará estupendamente! ¿Adónde iremos ahora?».

El muchacho se dijo que el mejor final de toda aquella pantomima sería conducir a Goon a la propia vivienda de Larkin. Entonces, él podría desaparecer fácilmente y Goon pensaría que el viejo Larkin había entrado en su casita. Ante semejante perspectiva, Fatty no pudo menos de cloquear, satisfecho.

Goon no tardó en darse cuenta de que Larkin se dirigía a su casa y echó a correr para alcanzarle. Su sorpresa fue inmensa al ver que la figura que le precedía empezaba a correr también, sin el menor indicio de cojera. ¿No estaría viendo visiones?

Perseguidor y perseguido recorrieron el sendero del río. A poca distancia hallábase el pequeño portillo trasero de la finca y el senderuelo que ascendía a la casita de Larkin, justamente bajo el alto árbol donde Ern tenía su atalaya.

Goon siguió a Fatty jadeando, y, tras franquear el portillo, remontó el sendero, ciego de ira. ¿Por quién le había tomado aquel viejo? ¡Ya le enseñaría él a respetar a la policía! ¿Cómo se atrevía a darle aquel paseo y a no contestarle cuando le interpelaba?

Escondido en un arbusto, Fatty vio acercarse a la casita al señor Goon. Éste llamó a la puerta con tal fuerza, que por poco se desuella los nudillos. Por fin, la puerta abrióse cautelosamente y Bob Larkin en persona asomó la cabeza por ella, contemplando con asombro el enojado semblante del policía.

—¡Vamos a ver, amigo! —rugió el señor Goon—. ¿Qué significa todo esto?

—¿A qué se refiere usted? —farfulló Larkin, pasmado.

—Conque esas tenemos, ¿eh? —resopló Goon—. No intente convencerme de que está usted en ayunas de todo lo ocurrido. ¿A quién se le ocurre darme esa caminata y columpiarse en el parque infantil como un orate?

El asombro de Larkin fue en aumento. Por último, volviéndose al interior de la casita, gritó a la señora Larkin:

—¿Verdad que esta noche no he puesto los pies fuera?

—No —respondió la mujer, tosiendo y estornudando.

—¿Se convence usted? —gruñó Larkin, volviéndose de nuevo al policía—. Ha cometido usted un ridículo error.

Entonces el hombre hizo ademán de cerrar la puerta, pero el señor Goon, interponiendo su enorme pie para impedírselo, resolló coléricamente:

—¿Se atreve usted a decirme que no ha estado usted merodeando delante de mí más de una hora? ¿Se atreve usted a negar que no anduvo fisgando en las barracas de aquel solar para ver qué podía llevarse…?

—¡Está usted loco! —espetó el señor Larkin, realmente alarmado.

—¿Para qué salió usted esta noche? —inquirió el señor Goon—. ¡Me interesa saberlo! Se arrepentirá usted de esto, Larkin. Está entorpeciendo la acción de la Ley y, como sabe usted perfectamente, puede usted ir a la cárcel por eso. ¿Dónde está mi libreta?

Mientras la buscaba, el policía apartó un instante el pie de la puerta. Entonces, el señor Larkin, rápido como una centella, la cerró de golpe. Casi sin transición, chirrió una llave en la cerradura.

Fatty echóse a reír, incapaz de contenerse por más tiempo. Pero, temeroso de que el señor Goon pudiera oírle, dirigióse a la parte trasera de la casita, con el pañuelo en la boca, y quedóse allí, refocilándose al considerar el asombro del viejo Larkin y la cólera del señor Goon. ¡Cielos! ¡Qué noche!

Por fin, se apaciguó. ¿Dónde estaría Goon? Al presente, no daba señales de vida. A buen seguro habríase vuelto a su casa, furioso, para redactar un informe sobre los acontecimientos de la noche. ¡Qué peregrino resultaría!

Fatty decidióse aguardar un par de minutos más, por si acaso Goon rondaba aún por allí, y tomó asiento en una vieja caja, con aspecto de pobre viejo cansado.

Entonces empezaron a ocurrir cosas otra vez. Súbitamente abrióse la puerta trasera de la casa y un rayo de luz iluminó de lleno al sorprendido Fatty. La señora Larkin apareció en el umbral con el evidente fin de echar unos desperdicios al cubo de la basura, y al ver a Fatty llevóse la mano a los labios para ahogar una

exclamación y, loca de terror, entró corriendo en la casa dando voces.

Fatty se puso en pie, súbitamente serenado. No era su intención el asustar a nadie, pero, naturalmente, la señora Larkin habíase llevado una sorpresa al verle allí sentado.

—¡Me figuro lo que habrá sido para ella dejar al marido sentado dentro, abrir la puerta trasera y verle sentado fuera también! —reflexionó Fatty—. ¡No me extraña que haya chillado al ver un marido por duplicado!

Tras un titubeo, el chico optó por encaminarse al jardín de los Woosh, muy próximo a la parte trasera de la casa de los Larkin. No quería arriesgarse a que la señora Larkin le viera otra vez. ¡La pobrecilla se desmayaría del susto!

En el preciso momento en que intentaba deslizarse a través del seto, oyó salir a alguien de la casa de los Larkin, hablando con un apremiante cuchicheo ininteligible.

Al punto arrepintióse de haber elegido aquel lugar tan espeso del seto para pasar al otro lado, porque, mientras bregaba por hacerlo, alguien acercóse a él y le agarró por detrás. Fatty vislumbró el reflejo de unas gafas y reconoció al viejo Larkin en persona. ¿Qué haría ahora?

Rápidamente desasióse de la mano del hombre y, tomando impulso, cayó en el jardín vecino.

—¿Por qué ha vuelto usted? —insistió el otro con apremio—. ¿Para qué ha venido?

Pero Fatty huyó, sin detenerse a contestar. Lo malo fue que, al salir por el portillo de los Woosh, oyó una voz familiar que le decía:

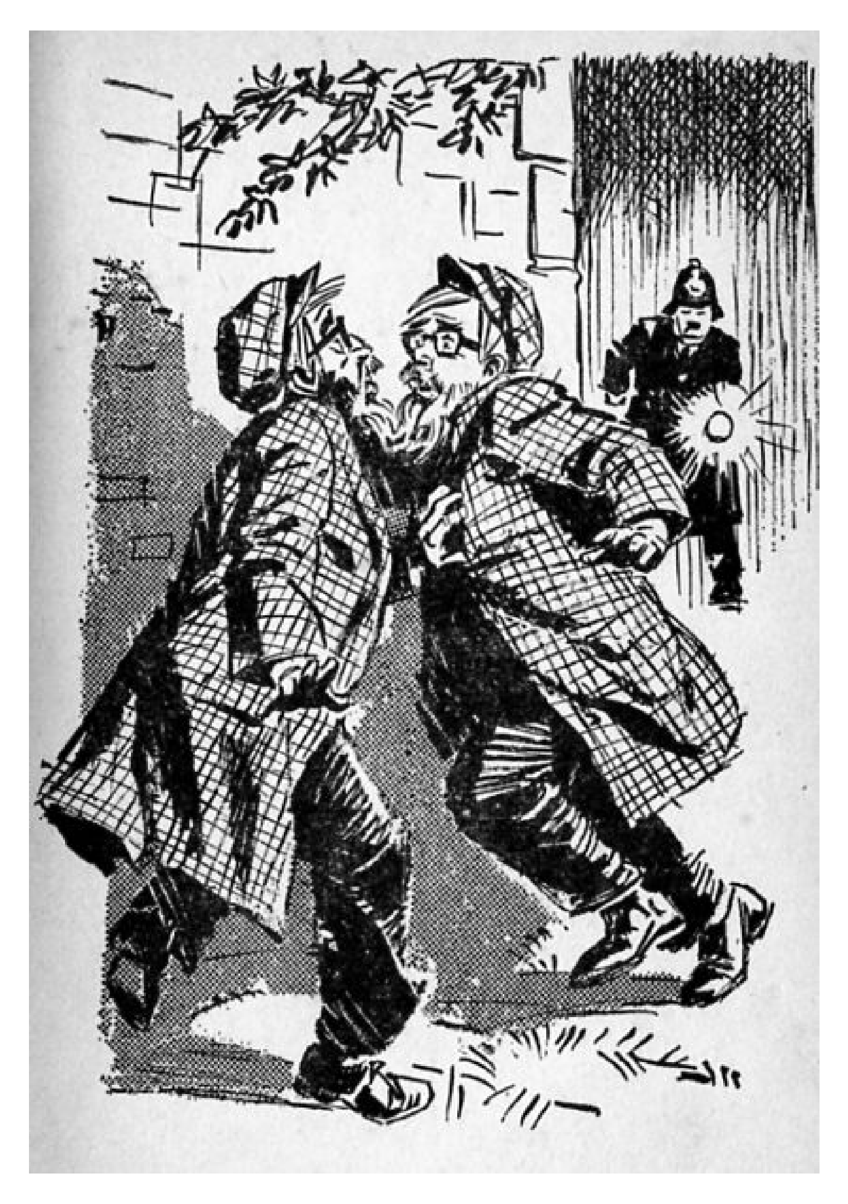
—¡Vaya! ¡«Ya me figuraba» que volvería usted a aparecer, Bob Larkin! ¡Salta a la vista que esta noche «maquina» usted alguna fechoría! ¡Véngase conmigo!

Fatty tuvo un tremendo sobresalto. Goon estaba agazapado en unos arbustos y agarróle por un brazo. El muchacho logró desasirse, pero, al hacerlo, percibió un peculiar ruidillo indicador de que acababa de rasgársele el abrigo. Con todo, pudo escapar con la rapidez de una liebre, seguido del incansable Goon. ¿Adónde se dirigiría ahora?

El portillo posterior de los Larkin estaba abierto y Fatty

precipitóse a través de él con la esperanza de poder esconderse fácilmente en los jardines de «Tally-Ho». Goon siguióle, jadeando. Mas he aquí que, atraído por el ruido, apareció Bob Larkin en persona por la esquina de la casita, tras fracasar en su intento de seguir a Fatty a través del seto.

Sucedió, empero que, al doblar la esquina, Fatty tropezó de manos a boca con él, y ambos rodaron por el suelo. En aquel momento llegó Goon y, ebrio de satisfacción, encaró la linterna hacia su presa. ¡Por fin había echado el guante a aquel sujeto!



¡Pero, cuál no sería su sorpresa al ver a «dos» señores Larkin en el suelo! En efecto, dos rostros con barbas enmarañadas, cejas pobladas y gruesas gafas mirábanle parpadeando a la luz de la linterna.

—¡Atiza! —barbotó el policía con mano temblorosa—. Pero ¿qué es esto? ¡No me gusta nada! ¡No… mmme… guuuuusta…

naaaada…!

E incapaz de resistir más aquella pesadilla, el pobre Goon echó a correr por el sendero como si le persiguieran una docena de señores Larkin, al tiempo que emitía una especie de gemido. La situación era tan sumamente graciosa que, a no ser porque se había quedado sin aliento a consecuencia de la colisión con Larkin, Fatty hubiera prorrumpido en carcajadas.

—¿Y ahora qué? —farfulló el señor Larkin desabridamente—. ¿Está usted…?

Pero Fatty habíase perdido de nuevo entre las sombras de la noche, en dirección a la casa grande de la finca «Tally-Ho», diciéndose que allí encontraría muchos rincones para esconderse caso de que Larkin emprendiera su persecución.

Pero el viejo no volvió a dar señales de vida. El muchacho permaneció un buen rato cerca del cuarto de las calderas, atento al menor ruido, pero no oyó nada. ¡Vive Dios, qué noche!, pensó Fatty, suspirando. Y decidió regresar a casa, tanto más cuanto que sentíase asombrosamente cansado.

Con suma cautela abandonó, pues, su escondrijo para contornear la casa. La oscuridad era absoluta, ya que una serie de altos árboles rodeaban toda la villa, proyectando su sombra sobre ella. Con todo, Fatty no se atrevía a encender la linterna por temor a ser descubierto, y avanzaba queda y lentamente.

De pronto, su cabeza tropezó con un objeto duro. El chico se detuvo. ¿Qué era aquello? Con mucha precaución tendió la mano para palparlo. Parecía un largo palo de madera enderezado en posición oblicua. ¡Era una escalera! Una escalera encarada al balcón. ¡Sopla! ¿Qué significaba todo aquello?

Fatty trepó por los peldaños y, al llegar a la barandilla del balcón, saltó cautelosamente por encima de ella y buscó a tientas la puerta. ¿Habría alguien dentro de la casa?

Mas la puerta no se abrió. Estaba cerrada con llave. Fatty recordó que el superintendente habíale dicho que todas las puertas de la casa tenían echado el cerrojo por dentro, excepto la lateral con salida al jardín, la cual había sido provista de una cerradura especial, a fin de que únicamente la policía pudiera entrar y salir por ella.

En tal caso, ¿quién habría puesto la escalera allí? ¿Un ladrón cualquiera? ¿Estaría éste aguardando aún en la oscuridad furioso con Fatty por descubrir su escalera?

Súbitamente, Fatty fue presa de pánico y, descendiendo por la escalera a toda prisa, echó a correr hacia el portillo del río, viendo Goons, Larkins y ladrones en cada sombra, y ya no se serenó hasta hallarse sano y salvo en medio de una iluminada calle. Entonces avergonzóse de sí mismo por el miedo sentido. ¡Él no solía asustarse casi nunca! ¿Qué le había pasado?

Capítulo XXI

Más enigmas

Media hora más tarde Fatty hallábase tomando un baño caliente, recapacitando sobre aquella extraordinaria noche. ¡Necesitaba ordenar sus ideas!

Ante todo, ¿telefonearía al jefe para contarle lo de la escalera? No. De hacerlo, veríase obligado a explicarle también su mala idea de disfrazarse de Larkin y el paseo que había dado a Goon, y algo le decía en su interior que al jefe no le parecería bien. ¿Presentaría Goon un informe sobre lo sucedido durante la noche? ¿Cómo explicaría lo de los dos Larkin?

Para colmo, quedaba por aclarar lo de aquella escalera. Fatty inclinábase a creer que el ladrón había subido por ella, probado a abrir la puerta del balcón y renunciado a la idea al comprobar que, «además» de cerrada con llave, tenía echado el cerrojo. En todo caso, había que ser muy atrevido para volver a probar fortuna después de oír todas las voces y las idas y venidas habidas en la finca. Fatty estaba convencido de que si el ladrón «hubiese» merodeado por allí, habría ahuecado el ala a la primera ocasión.

Sentía haber asustado a la señora Larkin. Recordó, asimismo, la cara de horror de Goon al ver «dos» señores Larkin a la luz de la linterna. «¡Dos!». ¡Sin duda, el policía habíase figurado estar viendo visiones! Con una sonrisa, Fatty procedió a enjabonarse todo el cuerpo.

Al propio tiempo, evocó al señor Larkin. ¿Qué había dicho éste al verle por primera vez? Fatty frunció el ceño, tratando de recordar. Era algo así como: «¿Por qué ha vuelto usted? ¿Para qué ha venido?».

Estas palabras resultaban realmente peregrinas… a menos que Larkin le hubiese tomado por Lorenzo. A buen seguro, no había podido verle bien en la oscuridad. O bien Fatty había oído mal sus preguntas. Por último, dejando a un lado el incidente, el muchacho volvió a considerar la alternativa de telefonear al superintendente Jenks. Por fin, enjabonándose de nuevo, resolvió:

—No, dejaré las cosas como están. Desde luego, si Goon le telefonea con el cuento de haber visto a dos Bob Larkin, y el jefe ata cabos y llega a la conclusión de que uno de ellos era yo, me esperan complicaciones. De todos modos, me arriesgaré. ¡No creo que Goon «presente» ese informe!

Efectivamente, Goon no lo presentó. Cuando por fin llegó a su casa, entre furioso, asustado y aturdido, sentóse pesadamente en su sillón con la mirada perdida en el vacío. Como no se acordaba ni remotamente de que había encargado a la asistenta que acudiera a prepararle la cena aquella noche, al llamar ésta a la puerta, el hombre casi botó en su asiento de sobresalto, en tanto miraba la puerta de hito en hito como si temiera la aparición de un nuevo señor Larkin.

—¿Quién… quién es? —tartamudeó Goon con voz empañada.

—Soy yo —contestó la mujer, asomando su desgreñada cabeza por la puerta y, al parecer, algo sorprendida por el inusitado tono de su patrón—. ¿Quiere usted la cena?

—¡Ah! —exclamó Goon con voz más natural— ¡Sí, claro! Tráigamela.

Las adversas incidencias de la noche no le habían quitado el apetito. Mientras comía el estofado, el hombre fue recuperándose poco a poco del susto.

—«Dos» Larkin —reflexionó—. Eran dos, no cabe duda. Tan cierto como que estoy aquí sentado. Pero ¿qué dirá el jefe si le envío un informe diciendo que vi «dos»? Apuesto a que saldría con algún comentario como éste: «Mi querido Goon, sin duda debe de haber visto visiones. ¿Por qué no se compra unas gafas?».

Goon imitó la voz del jefe, muy satisfecho del efecto logrado.

—¿Cómo dice usted, jefe? —interrogó, prosiguiendo el imaginario diálogo—. ¿Que necesito gafas? Permítame que le diga que no necesito sus consejos. Lo único que me hace falta es un

ascenso. Conste que ya es hora de que me lo concedan…

Una vez más sobresaltóse al oír llamar de nuevo a la puerta. Pero no tenía por qué asustarse. Por segunda vez, tratábase de la asistenta.

—¡Aaah! —exclamó ésta—. ¡Pensé que había otra persona aquí! ¡Me ha parecido oír que hablaba usted con alguien!

—Tráigame el budín —le ordenó Goon arrogantemente.

¡Ajá! ¡Ojalá hubiera tenido delante al jefe en aquel momento para decirle cuatro verdades! En cuanto a lo de los dos Larkin, mejor sería callárselo. No estaba muy seguro de «haber» visto dos. ¿Sí, no? ¡Ah! ¡Allí estaba su budín, apetitoso y humeante!

A la mañana siguiente Fatty convocó a los demás para informarles de lo sucedido. ¡Tenía tanto que contarles! Habíase levantado muy temprano al recordar de pronto que la noche anterior había dejado la bicicleta cerca del domicilio de Goon y, naturalmente, no le interesaba que el policía la viese allí. Así, pues, antes de las ocho Fatty fue a por ella y experimentó un inmenso alivio al comprobar que aún estaba allí.

—¡Fatty! —exclamó Bets, intrigada—. ¿Qué pasó anoche? ¿Te vio Goon?

Fatty asintió, muy satisfecho de sí mismo a la sazón. ¡Menuda historia tenía que contarles! Los otros la escucharon entre grandes carcajadas. Ern rodó por el suelo, incapaz de contener su hilaridad. La idea de su temido tío persiguiendo a Fatty por todo el pueblo y observándole incluso mientras se columpiaba era demasiado para él.

—¡Por favor, Fatty! —suplicó el pobre Ern—. ¡Para un momento! ¡Deja que me recupere! ¡Oooh, mis costados! ¡Para, Fatty, por favor!

La historia llegó por fin a su emocionante final. Todos escuchaban con suma atención, incluso «Buster». Y cuando Fatty llegó al momento en que había tropezado con la escalera de mano, todos lanzaron exclamaciones de asombro.

—Aquí está el chichón que me di en la frente, ¿veis? —concluyó Fatty, mostrándoles un magnífico chichón.

—¡Oh! —suspiró Bets—. ¡Hubiera dado «cualquier» cosa por haberlo visto todo! ¿Qué hiciste después de bajar de la escalera,

Fatty?

—Volver a casa a tomarme un baño —respondió Fatty, optando por no estropear aquella emocionante historia relatando su precipitado regreso a casa, bajo los efectos del miedo.

—¡Una noche muy interesante! —comentó Pip—. Sin embargo, no parece muy reveladora. Seguimos estancados, ¿verdad, Fatty? ¿Tienes algún plan para esta mañana?

—He pensado que podríamos ir a ver si la escalera continúa allí —masculló Fatty—. A lo mejor, encontramos huellas digitales o algún otro indicio al pie de la misma.

—No comprendo por qué el viejo Larkin te preguntó por qué habías vuelto cuando te vio —murmuró Larry—. Sin duda, te tomó por Lorenzo.

—Sí, eso mismo pensé «yo» —suspiró Fatty—. Si me hubiera visto «bien», no me habría formulado tan estúpida pregunta. No obstante, la señora Larkin me vio perfectamente. Por eso tuvo aquel susto. ¿Os imagináis su sorpresa al ver otro Larkin fuera de la casa?

—Vámonos —propuso Pip, levantándose—. Ha sido una aventura maravillosa, Fatty. ¡Ojalá tuviera valor para hacer lo que tú! Lo malo es que no lo tengo. Y si lo tuviera, mis andanzas no tendrían tan buen fin como las tuyas. Me pregunto qué pensará Goon esta mañana.

Tomaron todos sus bicicletas, en tanto «Buster» se acomodaba en la cesta de la de Fatty. Por el camino, decidieron no entrar en la finca por el portillo del río, temerosos de que le viejo Bob Larkin estuviese de mal talante por los acontecimientos de la noche anterior.

En consecuencia, pasaron de largo hasta llegar a un lugar por donde podían meterse fácilmente en los jardines de la finca. Dejaron, pues, las bicicletas allí y encamináronse a la casa grande.

—La escalera está al otro lado —cuchicheó Fatty, encabezando la marcha hacia allí.

Pero, apenas dobló la esquina, advirtió que la escalera había desaparecido.

—¡Ya no está! —barbotó—. ¡Según eso, es posible que el ladrón entrase después de mi marcha! ¡Sin duda volvió por aquí! ¡De otro modo no hubiera podido llevarse la escalera! ¡Cáscaras! Ahora

lamento no haber dado parte. ¡A lo mejor hubiera evitado un robo! ¿Creéis que logró meterse en la casa? ¡Fijaos! ¡Ahí en el suelo hay las marcas del pie de la escalera!

—Demos la vuelta a la casa para atisbar por las ventanas y ver si hay alguna habitación revuelta —propuso Daisy.

Pero la gestión resultó inútil porque, al parecer, todo estaba en orden.

Por último, llegaron a la última ventana.

—Ésta es la sala del jarrón con las flores marchitas —recordó Fatty—. ¡Mirad! ¡Aún están ahí, más marchitas que nunca! Y las sillas siguen todas enfundadas.

El muchacho dio una mirada circular, recordando todos los detalles. De pronto, frunció el ceño. Estaba seguro de que faltaba algo, algo que le había llamado mucho la atención. Sí, junto a aquel taburete recordaba haber visto un pequeño hueso de goma en el suelo. ¡Pero al presente había desaparecido!

Fatty escudriñó la estancia, tratando de localizarlo. No cabía duda. ¡Había desaparecido! ¡Qué desconcertante!

—¡Falta una cosa! —exclamó—. Un pequeño hueso de goma, un juguete de perro que probablemente pertenecía a «Poppet», la perrita de lanas. Recuerdo haberlo visto junto a ese taburete.

—Debes de estar confundido, Fatty —objetó Larry—. ¡A nadie se le ocurriría robar un hueso de goma! Además, todo está en orden. No creo que el ladrón pudiera entrar.

—«Te repito» que vi un hueso de goma —insistió Fatty—. No suelo equivocarme en cosas así. Me parece muy raro, lo que se dice muy raro.

Los muchachos alejáronse de la casa para merodear un poco por los jardines. «Buster» se fue por las suyas. Acababa de ocurrírsele una buena idea: ir a jugar un rato con aquella linda perrita de lanas.

A tal efecto, el «scottie» dirigióse a la casita de los Larkin y ladró queda y cortésmente. «Poppet» saltó al punto a la repisa de la ventana.

Al oír ladrar a «Buster», Bets fue corriendo a buscarlo, pero apenas vio a la perrita en la ventana, la niña quedóse boquiabierta de asombro, miraba fijamente algo que el animalito tenía en la boca. Por fin, cuando volvió en sí de su sorpresa, la chiquilla

precipitóse en busca de Fatty y, con el rostro sofocado de excitación, profirió:

—¡Escucha, Fatty! ¡«Poppet» está en la ventana con un hueso de goma en la boca!

Fatty emitió un silbido y, acompañado de los demás, descendió cautelosamente por el sendero. En efecto, al otro lado de los cristales de la ventana estaba «Poppet» tratando en vano de ladrar con el huesecito de caucho entre los dientes.

—Sí, ése es —declaró Fatty—. Ven acá, «Buster». Propongo que vayamos todos al lugar donde hemos dejado las bicicletas para cambiar impresiones. Esto es importante.

Todos retrocedieron al punto de partida, presas de gran agitación.

—Sin duda fueron los «Larkin» los que entraron en la casa anoche —comentó Fatty con ojos centelleantes—. Ninguna otra persona hubiera tenido interés en apoderarse de un hueso de goma. En cambio, «ellos» tienen un perro a su cargo, y es natural que se molestaran en ir a por él para dárselo a «Poppet»…

—A mí no me parece tan natural —repuso Bets—. Sabemos perfectamente que tratan muy mal a «Poppet» e incluso oímos que la «zurraban», como ellos dicen. Por consiguiente, no creo que se tomaron la «molestia» de ir en busca de un juguete.

—Y, no obstante, ahora «Poppet» lo tiene en su poder —murmuró Fatty—. Bien, en este caso, ¿qué otra persona pudo habérselo dado?

—La señora Lorenzo —respondió Bets—. Tal vez fueron los Lorenzo quienes entraron en la casa anoche. Es posible que volvieran por aquí otra vez.

—Sí, no sería raro —convino Fatty—. Eso explicaría que Larkin me tomase por Lorenzo y me preguntase por qué había vuelto.

—¡Mirad! —exclamó Bets—. ¡Ahí viene «Poppet»! Debe de haberse escapado de la casa para reunirse con «Buster». ¿Oís? La señora Larkin la está llamando.

—Llévasela, Bets —ordenó Fatty—; procura trabar conversación con ella. ¡A lo mejor, le «sacas» algo!

—De acuerdo —accedió Bets, algo asustada.

Y tomando en brazos a la pequeña «Poppet», remontó el sendero

del río en dirección al portillo de la finca, seguida de «Buster», que por cierto no cejaba en su intento de saltar para lamer el hocico de la perrita.

Bets encaminóse directamente a la casita. A sus oídos llegaban las voces de la señora Larkin llamando a «Poppet» en los alrededores de la casa grande. Bets se dijo que, aprovechando la ausencia de la vieja, no estaría de más echar una ojeada a aquel hueso de goma para informar a Fatty exactamente de su aspecto.

Así, pues, Bets deslizóse al interior de la casita en busca del juguete. No vio rastro de éste, pero en cambio vio otras cosas que la dejaron pasmada.

¡La mesa de la cocina estaba atestada de grandes y costosas latas de conservas! ¡Qué raro! Luego, Bets, entrando de puntillas en el dormitorio, vio sobre la cama, primorosamente dobladas, un par de mantas limpísimas y un edredón. Saltaba, pues, a la vista que «eran» los Larkin quienes, por medio de aquella escalera, «habían» entrado en la casa grande, robado alimentos y ropa de cama, y recogido el hueso de caucho de «Poppet» para llevárselo.

«¡Qué descubrimiento!». ¡Fatty debía ser informado de aquello inmediatamente!

Capítulo XXII

Fatty ata cabos

Antes de darle tiempo a depositar a «Poppet» en el suelo y a echar a correr en busca de Fatty, Bets percibió un rumor de rápidos pasos en dirección a la puerta. Era la señora Larkin, con el mismo viejo pañolón rojo, su horrible peluca y sus gafas oscuras.

—¡Ah! —exclamó la mujer—. ¿Has traído a «Poppet»? ¡Creí que se había caído al río!

Y tomando a la perrita de brazos de Bets, procedió a acariciarla.

—Ahora la trata usted mejor que al principio —murmuró la chiquilla al ver que «Poppet» lamía la cara de la mujer.

—Vete ya, muchacha —espetó la señora Larkin, dejando inmediatamente a «Poppet» en el suelo—. No debieras haber entrado sin permiso.

—Ya me voy —masculló Bets—. ¿Es ésa la cesta de «Poppet»? ¡Ah, ahí está su hueso de goma!

Y lo sacó de la cesta para examinarlo. Pero la mujer, arrebatándoselo de las manos, empujóla bruscamente hacia la puerta. Bets salió corriendo, desconcertada y, tras aguardar a que se cerrara la puerta, acercóse de puntillas a atisbar por la ventana. La mujer procedía a poner una esterilla debajo de la cesta de la perrita, en tanto «Poppet» retozaba alrededor.

Bets retrocedió en busca de los demás, sin saber a qué atenerse. ¿Por qué la señora Larkin trataba a «Poppet» de un modo tan diferente? Tal vez la perrita era tan cariñosa que nadie podía mostrarse duro con ella por mucho tiempo. Pero no. Sin duda, aquel cambio de actitud de los Larkin obedecía a una razón más profunda. Quizá los Lorenzo habíanles prometido una buena suma de dinero si

trataban bien a «Poppet». Sí, eso era lo más seguro.

Bets contó su aventura a los demás.

—¡Había enormes botes de conservas! —les explicó—. ¡Mantas de lana y edredones! Por lo visto, se han equipado bien. Lo malo es que no pude sonsacar a la mujer. Estaba enojada y me echó a empellones.

—¡Mirad! —exclamó Pip de pronto—. ¡Alguien entra por el portillo del río! ¡Es el viejo Larkin! Supongo que viene de la compra. Pero no. No lleva la cesta. Además, ahora les sobra comida con tantas latas. Sólo lleva periódicos.

Fatty aguzó la vista.

—¡Sí! —exclamó, sorprendido—. ¡Una buena colección de ellos! Apuesto a que los lee de cabo a rabo todos los días para ver si traen algo de los Lorenzo. De un momento a otro pueden echarles el guante.

—¿Qué hacemos ahora? —inquirió Pip—. ¿Telefonear al jefe? Sólo nosotros sabemos que alguien se ha llevado cosas de la villa. No me explico cómo entraron los Larkin en el edificio, siendo así que la policía asegura que no tienen las llaves. Me figuro que disponen de algunas y supusieron que la única puerta que no tenía echado el cerrojo era la del balcón.

—Vamos a telefonear —decidió Pip, tomando su bicicleta.

—Me alegro de que esa horrible señora Larkin se porte mejor con la pobrecilla «Poppet» —suspiró Bets—. A decir verdad, a juzgar por el modo que la mima, pudiera ser la propia señora Lorenzo. ¡Con deciros que, cuando miré por la ventana, le estaba poniendo incluso una alfombrilla debajo de la cesta!

De pronto, Fatty tambaleóse de tal modo de su bicicleta que estuvo a punto de caerse del vehículo.

—¿Qué te pasa, Fatty? —exclamó Bets.

—Nada, no me hables ahora —instó Fatty, en un raro tono de voz—. Voy a apearme. Vosotros, seguid adelante.

—¿Te sientes mal? —inquirió Bets, alarmada.

—No —replicó Fatty con apremio—. Acaba de ocurrírseme una idea, eso es todo. Lo que acabas de decir me ha dado una pista. Dejadme solo unos instantes.

Profundamente desconcertados, los chicos pedalearon otro

pequeño trecho y luego apeáronse de sus bicicletas en espera de Fatty. Éste permanecía de pie en la cuneta, sujetando el manillar, tan abstraído en sus pensamientos que ni siquiera reparó en que pasaba el señor Goon en su bicicleta.

—¡Eh! —gritóle el policía, sorprendido—. ¿«Qué» te ocurre?

—¡Chitón! —mascullló Fatty—. Estoy recapacitando.

El señor Goon se puso como la grana. ¿Cómo se atrevía aquel mocoso a imponerle silencio?

—¿En qué estás pensando? —gruñó—. ¿Todavía estás dando vueltas a lo de los Lorenzo? A estas horas, están en América con el cuadro. ¡Lo que tienes que hacer es aprender a comportarte y a contestar a las personas mayores como es debido!

De repente, surgió «Buster» de un seto cercano y, ladrando alborozadamente, precipitóse a los tobillos del señor Goon, en vista de lo cual el rollizo policía se apresuró a montar de nuevo en su bicicleta y alejarse dando puntapiés a su enemigo.

Ni siquiera esta actitud sacó a Fatty de su ensimismamiento. ¡Cielos! ¿«Qué» estaría pensando?

—Ese cerebro privilegiado está trabajando más de la cuenta —bromeó Pip—. ¿«Qué» idea le ha dado de repente?

—Cuando vuelva —aseguró Ern—, es capaz de decirnos que lo ha desentrañado todo en un momento. ¿Qué os apostáis? ¡Nuestro amigo es un genio!

Por fin, Fatty montó de nuevo en su bicicleta y reunióse con ellos con aire extremadamente satisfecho.

—¡Ya está! —anunció—. ¡Lo he desentrañado todo! Ya sólo es cuestión de servírselo en bandeja al superintendente. ¡Caramba, qué torpe he sido! ¡Mejor dicho, qué torpes hemos sido todos!

—¿Qué os decía yo? —exclamó Ern, triunfante—. ¿Veis cómo lo ha resuelto todo? ¿Qué me dices, Bets? ¿Tenía o no razón?

—Pero ¿qué es lo que has resuelto? —barbotó Pip—. ¡Apuesto a que algo, pero no «todo»!

—Pues sí, todo —aseguró Fatty—. Sólo tengo mis dudas respecto a una cosa. ¡De todos modos, pronto lo sabremos!

—¡Dínoslo! —suplicó Larry—. ¡Es horrible no saber de qué estás hablando! ¡Por favor, cuéntanoslo!

—No hay tiempo —repuso Fatty, pedaleando velozmente—.

¡Tengo que encontrar una cabina telefónica cuanto antes! ¡Apresuraos, muchachos!

Todos siguieron a Fatty en un tremendo estado de excitación. Fatty pedaleó furiosamente, como si tomase parte en una carrera. El pobre «Buster» quedóse atrás y, aunque Bets lo compadecía, ni siquiera a ella se le ocurrió moderar la marcha para recogerlo. ¡El animalito no comprendía la inusitada sensibilidad de sus amigos!

Fatty saltó de su bicicleta al llegar al quiosco telefónico más cercano y, precipitándose dentro, cerró la puerta y pidió un número. Los otros congregáronse fuera, expectantes.

—Aquí, la policía —dijo una voz al otro lado del hilo.

—Quiero hablar con el superintendente, por favor —instó Fatty —. Dígale que es de parte de Federico Trotteville, y que tengo algo muy urgente que comunicarle.

—En seguida —respondió la voz.

A los pocos instantes se puso al aparato el propio superintendente.

—¿Qué sucede, Federico?

—¡Oiga, señor! ¿Puede usted venir inmediatamente? ¡Ya está todo resuelto!

—¿Qué estás diciendo? —exclamó el jefe con incredulidad—. ¿Supongo que no te refieres al caso Lorenzo, verdad?

—¡Pues, sí, señor! —profirió Fatty, jubiloso—. ¡Lo sé todo! ¡Esta mañana he dado súbitamente con la solución! Es muy largo para contárselo por teléfono, señor. ¿Podría venir ahora mismo, antes de que se compliquen las cosas?

—Estás muy enigmático, Federico —comentó el jefe—. Pero me figuro que es preferible que confíe en tu palabra. Saldré en el coche inmediatamente. ¿Dónde me aguardarás?

—Junto a la casita de los Larkin, señor —contestó Fatty—. ¿Sabe usted dónde está?

—Sí —asintió el jefe—. Salgo para allá.

Fatty colgó el receptor con expresión radiante y, antes de salir del quiosco, frotóse las manos gozosamente.

—¡Pero, Fatty! —protestó Pip—. ¡«Podrías» decirnos qué sucede! ¿Te parece poco suplicio verte gritar en ese teléfono sin oír una sola palabra de lo que decías? Para colmo ahora sales de la cabina

frotándote las manos de gusto. ¿Qué ha pasado tan de repente?

—Os lo diré en cuanto pueda —prometió Fatty, llevando su bicicleta a la calzada—. Vamos. Debemos volver al portillo del río o sea el que conduce a casa de los Larkin. El jefe estará allí dentro de un rato.

—¡Cáscaras! —exclamó Larry, pedaleando velozmente tras Fatty —. ¿Conque le has llamado a él? ¿De veras va a venir?

—Sí, inmediatamente —confirmó Fatty—. A propósito, ¿dónde está «Buster»?

—Hemos vuelto a dejarlo atrás —jadeó Bets—. ¡Por favor, Fatty, detente a recogerlo! ¡El pobre está rendido!

Fatty se detuvo. «Buster» les alcanzó a buen trote, con la lengua casi rozando el suelo.

—¡Ven acá, «Poppet»! —bromeó Fatty, inclinándose a recogerlo.

Una vez en la cesta de la bicicleta de su amo, «Buster» lanzó un profundo suspiro de alivio.

Los muchachos pusiéronse de nuevo en marcha, pero al llegar al sendero del río tuvieron que desmontar de sus bicicletas y seguir con ellas a pie.

—¿No puedes decírnoslo ahora, Fatty? —sugirió Ern.

—Hay demasiada gente alrededor —dijo Fatty—. ¡Caramba! ¿Quiénes son éstas?

Dos niñas procedentes de un portillo cercano acababan de precipitarse sobre Ern, gritando:

—¡Ern! ¡Ven a jugar con nosotras! ¡Mamá nos ha dado unos bocadillos para comérnoslos en la casa del árbol!

—Lo siento —declinó Ern, apartándolas de su camino—. Tengo algo muy importante que hacer, Liz y Glad. Te presentó a mis primas, Fatty: Liz o Elizabeth, y Glad. Por cierto, Glad, ¿cuál es «tu» verdadero nombre? ¡Todavía no lo sé!

—¡Gladys! —contestó Glad con un cloqueo—. Oye, Ern. Esta mañana hemos hecho guardia en el árbol, como de costumbre, pero sólo hemos visto al señor Larkin una vez, a su regreso de la calle, y a la señora Larkin otra vez, mientras tendía una vieja esterilla en el tendedero. Ahora la está sacudiendo.

—Está bien, está bien —gruñó Ern, mientras los demás contemplaban la escena regocijados—. ¿Sabes, Fatty? Mis primas

me ayudan a vigilar desde el árbol. Y ahora, Liz y Glad, volved a casa en seguida. «Es posible» que dentro de un rato venga a comer con vosotras allí arriba. ¡Pero ahora, largaos! ¡Estoy ocupado!

Las dos flacas chiquillas obedecieron, satisfechas de que Ern hubiese accedido a ir a comer con ellas.

—Es preferible que no nos apiñemos todos juntos al portillo —aconsejó Fatty, en voz baja, cuando la pandilla llegó a su destino—. Propongo que remontemos un poco el sendero. ¡Cáspita! ¿Quién viene por allí?

Era el señor Goon, dispuesto a decirle al señor Larkin lo que pensaba de él por haberle paseado por todo el pueblo la noche anterior. El policía había llegado a la conclusión de que, en realidad, no había visto a dos señores Larkin. El exceso de cansancio habíale jugado aquella mala pasada de ver la imagen duplicada. ¡Ardía en deseos de decir al señor Larkin lo que pensaba de los viejos que se dedicaban a columpiarse en el parque a altas horas de la noche!

Al ver a los niños algo más allá del sendero, Goon gritóles, enfurruñado:

—¡Eh, chicos! ¡Fuera de aquí! ¡Y sujetad a ese perro! ¿Qué hacéis interceptando el camino?

—Esperamos a alguien —le contestó Fatty tranquilamente.

—¿Ah, sí? —gruñó el señor Goon—. ¿Y a quién esperáis, si se puede saber? ¿A vuestro amigo el superintendente, por casualidad? ¡Vamos! ¡Largo de aquí!

—Pues el caso es que, efectivamente, le aguardamos a él —declaró Fatty—. Es usted muy perspicaz, señor Goon.

—No intentes embaucarme con esa trola —repuso el policía con sarcasmo—. El superintendente Jenks está a muchas millas de aquí. Me consta, porque esta mañana me ha telefoneado personalmente.

—En fin, «no» hace falta que le aguarde usted también —masculló Fatty—. ¡De hecho, viene a vernos «a nosotros»!

—¿Qué cuentos son ésos? —rugió el señor Goon, sonrojándose gradualmente—. ¡No me vengas con historias! ¡He dicho que os larguéis!

En aquel momento oyóse a lo lejos el zumbido de un motor. A poco, éste enmudeció y sonó el chasquido de una portezuela de

automóvil.

—Ahí está —masculló Fatty, al tiempo que unos rápidos pasos ascendían por el sendero del río.

Goon volvióse a mirar, boquiabierto.

«Era», en efecto, el alto y corpulento superintendente Jenks, seguido de otro hombre.

—Bien —exclamó el recién llegado, sonriendo a Fatty—. ¡Aquí estoy!

Capítulo XXIII

Una historia realmente peregrina

—¡Buenos días, señor! —saludó Fatty.

Goon estaba tan asombrado que no acertó a articular una palabra. El jefe saludó sucesivamente a Fatty y a su subordinado.

—Buenos días, Federico. ¡Hola, Goon! ¿Usted también por aquí? ¡No esperaba verle!

—Ha venido por casualidad —explicó Fatty—. Todos mis amigos han acudido también, señor.

El jefe saludóles a todos militarmente y ellos saludaron a su vez. Ern incluso entrechocó los talones al cuadrarse.

—Bien —suspiró el jefe—, y ahora vayamos al grano. Tú, Federico, has telefoneado diciendo que has desentrañado el caso Lorenzo por completo. ¿Significa eso que sabes dónde están los Lorenzo?

—Sí, señor —contestó Fatty al punto.

Goon quedósele mirando con ojos desencajados y tragó saliva, desconcertado. ¿Era posible que aquel entrometido de chico supiera «dónde» estaban los Lorenzo?

—¡No me digas que también sabes dónde está el «cuadro»! —exclamó el jefe, riéndose.

—«Creo» que sí lo sé, señor —declaró Fatty—, pero si no lo adivino, no le resultará a usted difícil obligar a los Lorenzo a decir dónde lo tienen.

—Supongo que usted también ha intervenido en todo esto, ¿no? —inquirió el jefe, volviéndose a Goon.

El policía meneó la cabeza, sin resolverse a hablar.

—Bien, Federico —prosiguió el jefe, encarándose de nuevo con

Fatty—. ¿Dónde «están» los Lorenzo? Puesto que me has citado aquí, me figuro que andan escondidos en este sector.

—En efecto, señor —corroboró Fatty—. Están escondidos en la casita de los Larkin.

—¡Eso no es cierto! —espetó Goon—. Le suplico que me perdone, señor; pero debo decirle que he registrado tres veces esa casa y sólo están en ella los Larkin. ¡Puedo jurárselo!

—Sea como fuere, los Lorenzo están allí —insistió Fatty—. Venga usted conmigo, jefe, y se lo demostraré.

Y, sin más, el muchacho abrió la marcha, seguido de sus asombrados compañeros. ¿En qué clase de escondrijo estarían los Lorenzo? ¡Debía de ser muy pequeño! Goon siguióles también, irritado e incrédulo.

Fatty llamó a la puerta de la casa. Acudió a abrirla el viejo Larkin, siempre con su consabida gorra y su sucia bufanda alrededor del cuello.

—¿Qué deseas? —preguntó, escrutando a Fatty a través de los gruesos cristales de sus gafas.

Luego, al ver al resto de los chicos y al alto superintendente de la policía, hizo ademán de cerrar la puerta precipitadamente. Pero Fatty, apresuróse a impedírselo con el pie, anunció:

—Vamos a entrar, señor.

El agente que acompañaba al jefe mantuvo abierta la puerta, en tanto todos, incluso «Buster», entraban en fila en la casa. La señora Larkin no estaba en el vestíbulo. A juzgar por los ruidos procedentes de una habitación inmediata, andaba manipulando cacharros en la cocina.

—¿A qué viene todo esto? —gruñó Larkin, con su cascada voz de viejo—. Yo no he hecho nada.

La pequeña estancia estaba tan abarrotada con todos aquellos inesperados visitantes, que Larkin retrocedió unos pasos.

—Aquí está «uno» de los Lorenzo —exclamó Fatty.

Y con un rápido ademán despojó al hombre de la gorra, de la barba y de sus pobladas cejas. Las gafas corrieron la misma suerte. Al punto Larkin quedó convertido en un hombre mucho más joven, colérico y asustado.

—¡Cáaaaspita! —exclamó el superintendente, estupefacto,

lanzando un silbido de asombro—. ¡«Bill Lorenzo»! ¡Caramba! ¡Es posible que sea usted un actor de cuarta categoría, pero en cuanto a falsario se lleva usted la palma! ¡Qué modo de embaucarme! ¡Le vi personalmente al principio de este caso y habría jurado que era usted el viejo Bob Larkin!

—«Entonces», no era él —explicó Fatty—, sino el verdadero señor Larkin. ¡Mire usted! ¡Ahí viene la otra!

Al oír voces, la señora Larkin había abierto la puerta de la cocina y permanecía allí, paralizada de miedo con la pequeña «Poppet» en brazos. Pero antes de que pudiera cerrar la puerta, Fatty le cortó el paso.

—¡Y aquí está «la señora» Lorenzo! —profirió el muchacho, arrancándole su rara peluca.

Debajo de ésta apareció una cabellera rubia, dorada, espesa y ondulada. Entonces, la mujer, quitándose las gafas oscuras y mirando al sorprendido jefe con aire de desafío, confesó:

—¡Está bien! Soy Gloria Lorenzo y me alegro de poder librarme de esta inmunda peluca de la señora Larkin.

Luego, volviéndose a su marido, agregó:

—Esto se ha acabado, Bill.

El hombre asintió en silencio. Era sorprendente el cambio operado en ambos al ser despojados de sus gafas y aparecer con su propio pelo y la postura erguida. ¿Cómo podían haberles tomado por viejos y feos?

—¡Qué maravilloso disfraz! —exclamó Fatty, realmente admirado—. ¡Y que buen resultado les dio! ¡Nadie sospechaba ni remotamente que «suplantaban» a los auténticos Larkin!

—Por cierto, ¿dónde están los Larkin? —inquirió el jefe, lanzando una mirada circular.

—Bob Larkin estuvo aquí anoche —intervino Goon—. Le vi perfectamente y también a este sujeto.

—¿Cómo? —exclamó el jefe, asombrado—. ¿«A los dos juntos»? ¿Por qué no obró usted en consecuencia? A buen seguro, debía de antojársele muy raro ver a «dos» Bob Larkin.

—Uno de ellos era «yo» —declaró Fatty sin rodeos—. Yo también me disfracé de viejo Larkin. Siento haberle paseado por todo el pueblo, anoche, señor Goon. ¡Con todo, me divertí de lo

lindo columpiándome!

Goon estuvo a punto de desmayarse. Bamboleándose, retrocedió a la pared y recostóse en ella con la mano ante los ojos. ¡Total que la noche anterior había estado persiguiendo a «Fatty» en lugar de a Bob Larkin y, para colmo, el Larkin que había visto no era el verdadero! ¿Cómo se explicaba aquello?

—¿Y qué ha sido de los «verdaderos» Larkin? —preguntó el jefe —. Me interesa extraordinariamente saberlo. ¿Están sin novedad?

—Verá usted, señor —explicó Fatty—. Como usted sabe, los verdaderos Larkin se quedaron aquí al cuidado de «Poppet», a la que, por cierto, daban muy mal trato. Luego, una noche, los Lorenzo alquilaron una lancha motora en Maidenhead y vinieron aquí por el río, hasta detenerse en medio de la corriente, frente a la casilla de botes de la finca…

—¿Cómo sabes todo esto? —inquirió Bill Lorenzo, contrariado —. ¿Nos ha traicionado alguien?

—No —limitóse a contestar Fatty.

Después, volviéndose de nuevo al jefe, agregó:

—Ern oyó ruidos durante la noche, señor, y más tarde nosotros atamos cabos y colegimos que se trataba de una lancha motora. Ahora bien: por algún conducto —no sé cuál— el «verdadero» Bob Larkin recibió instrucciones de estar presto aquella noche para salir al encuentro de la lancha con el bote guardado en la casilla y, en efecto, remó hacia ella y volvió con los dos Lorenzo.

—Prosigue —instó el superintendente, escuchando atentamente.

—Bien —continuó Fatty—, según mis deducciones, los Lorenzo y los Larkin trocaron sus respectivas indumentarias, tras lo cual los Lorenzo quedáronse en la casita y los Larkin embarcaron en la lancha con destino a algún lugar seguro, probablemente con los bolsillos llenos de dinero cobrado a cambio.

—Sí, está todo muy claro —comentó el jefe, echando una ojeada a los dos mohínos Lorenzo—. Fue una idea muy astuta volver al punto de partida, esto es, justamente al lugar donde a nadie se le hubiera ocurrido buscarlos.

—Sí, muy ingeniosa, señor —convino Fatty—. Y como ambos son actores acostumbrados a maquillarse y a representar toda clase de papeles, no les resultó difícil imitar a los viejos Larkin. Como le

he dicho antes, jefe, yo mismo imité tan bien a Larkin anoche que el propio señor Goon me siguió por todo el pueblo.

—¿Entonces eras «tú» el que vi anoche? —exclamó Bill Lorenzo—. ¡Pensé que era Bob Larkin en persona y no me explicaba su regreso!

—Ya sé —masculló Fatty—. Y fueron sus palabras las que en parte me han ayudado a comprenderlo todo. Dijo usted: «¿Por qué ha vuelto usted? ¿Para qué ha venido?». Y me llamó la atención que dijera usted semejante incongruencia a una persona vestida «como usted». Eso sólo podía significar una cosa: que usted no era Bob Larkin y, por ende, se imaginaba que éste «era» el otro individuo. Pero era yo.

Goon lanzó un gemido, incapaz de seguir el hilo de todo aquello. En cambio, los demás lo entendían perfectamente.

—¡Caramba, Fatty, tiene razón! —exclamó Bets, alborozada—. ¡Por eso te preguntó cosas tan raras!

—¿Qué es, «en realidad», lo que te ha dado la «clave» de todo? —interrogó el jefe—. Estoy seguro que, de haberlo dilucidado anoche, me habrías telefoneado entonces.

—Naturalmente —asintió Fatty—. Bien, verá usted, señor. De hecho, la solución me la han dado una porción de detalles. Por ejemplo: alguien entró en la casa grande anoche y lo único que al parecer se llevó fue un hueso de caucho tirado en el suelo. ¿Por qué? ¡Por la sencilla razón de que querían dárselo a un perro! Además, Bets vio botes de conservas en la mesa de la cocina, y mantas y edredones en la cama, cosas que a los Larkin no se les hubiera ocurrido coger.

—¡Ya te «decía» yo que no tocaras aquel hueso! —gruñó Bill Lorenzo a su mujer, con aire reprobatorio.

—Por otra parte, observamos que, mientras que al principio la señora Larkin trataba muy mal a la perrita, después cambiaba en absoluto de conducta, con gran contento del animal, cosa que, naturalmente, nos extrañó. Para colmo, Bets dijo algo revelador, que me indujo a verlo todo claro como el día.

—¿«Qué» dije? —preguntó Bets, asombrada.

—Dijiste: «Me alegro de que esa horrible señora Larkin se porte mejor con la pobrecilla “Poppet”. A juzgar por el modo que la

mima, pudiera ser la propia señora Lorenzo». E inmediatamente lo vi todo claro. Saltaba a la vista que la presunta señora Larkin «era» la señora Lorenzo. Eso explica el cambio operado en «Poppet», la ida en busca de conservas y de mantas y, sobre todo, la extraña idea de tomar también un simple hueso de caucho. Con todos esos detalles, resultó todo muy fácil —concluyó Fatty, modestamente.

—¡Caramba, muchacho! —exclamó el jefe—. ¡Me dejas pasmado! Has resuelto ya varias cosas, Federico, pero con éste has batido todos los records. ¿Qué le parece a usted, señor Goon?

Goon no acertó a balbucear una sola palabra. Estaba completamente desorientado. Todo cuanto le apetecía era estar a muchas leguas de distancia.

—Has hecho un verdadero alarde detectivesco, Federico —ensalzó el jefe, calurosamente—. Te felicito de veras. ¿Qué hay del cuadro robado? ¿Tienes idea de dónde está? Dijiste que no estabas seguro sobre este particular.

Los dos Lorenzo se enderezaron, inquietos, mirando rápidamente Fatty.

—Los Lorenzo confían en que «no» lo sepa —dijo el muchacho —. ¡No les importa ir a la cárcel si les resta la esperanza de vender el cuadro a precio de oro cuando salgan! No estoy seguro de lo del cuadro, señor, pero puedo asegurarle que ya no está en su embalaje. Lo trajeron aquí en el bote la noche que los Lorenzo suplantaron a los Larkin. Entonces, estaba aún embalado.

—¿Qué ha sido de él? —inquirió el jefe.

—La pintura fue retirada del marco, y éste y el embalaje quemados en el jardín.

—¿Cómo sabes todo esto, muchacho? —exclamó Bill Lorenzo, maravillado.

—Cuestión de materia gris —murmuró Fatty.

Y dirigiéndose de nuevo al jefe, añadió:

—Verá usted, señor. Esta mañana Bets, al atisbar por la ventana el interior de esta sala, vio poner a la señora Larkin una alfombra debajo de la cesta de la perrita, al parecer demasiado bonita y buena para ese fin. Tengo la impresión de que la pintura está cosida dentro. Probablemente la alfombrilla lleva un forro de tela de cáñamo o de yute, y el lienzo está entre una y otro.

—¡Pero esa alfombra ya no está debajo de la cesta de «Poppet»! —profirió Bets, consternada.

—¡No importa! —intervino Ern—. ¡«Yo» sé dónde está ahora! ¡Liz y Glad nos lo han dicho hace un momento! ¿No os acordáis?

El jefe miró al muchacho, desconcertado.

De hecho, todos los presentes participaban de su evidente confusión.

—Liz y Glad son mis primas mellizas, señor —aclaró Ern—. Hace unos días, les mandé que vigilaran a los Larkin desde un árbol y esta mañana nos han salido al paso diciendo que habían visto a la señora Lorenzo colgando una alfombrilla en el tendedero, señor ¡Apuesto a que es la que buscamos! ¡Nadie se tomaría la molestia de examinar una esterilla tendida en un tendedero, señor! ¡Por consiguiente, constituye un magnífico escondrijo al aire libre! ¡Nadie sospecharía de una alfombra en un tendedero!

Fatty observó a los Lorenzo. Una expresión de profunda consternación invadía sus rostros.

—Vaya usted a por la alfombrilla —ordenó el jefe a su agente.

Todos salieron al jardín y contemplaron al sargento en su cometido de retirar una alfombra del tendedero. Goon permanecía cerca de la señora Lorenzo y el jefe al lado de Bill Lorenzo, por si acaso.

La alfombrilla fue descosida y, dentro, tal como Fatty había dicho, apareció la pintura intacta, envuelta sin arrollar en papel impermeable.

—¡Cáspita! —resopló el jefe—. ¡Un lienzo de cincuenta mil libras cosido dentro de una alfombra! ¡Me da grima mirarlo! Llévelo al coche, sargento.

Los Lorenzo fueron llevados también al coche, cuidadosamente escoltados por el corpulento sargento y por un pálido y silencioso señor Goon. «Poppet» despidióse de «Buster» con un ladrido. Bets habíase encargado de sujetar al «scottie» entre sus brazos durante todo aquel tiempo.

—¡Pobrecilla «Poppet»! —sollozó Bets, casi llorando—. ¡No debiera pertenecer a personas tan desagradables y horribles como ésas!

—¡Vamos, anímate! —sonrió el jefe, levantándola en alto—.

¡Qué chiquilla eres, Bets! Oye, Federico. Opino que esta última extraordinaria hazaña tuya merece celebración. ¡Te has superado a ti mismo, muchacho! ¡Vive Dios! ¡Qué bien voy a pasarlo cuando vengas a trabajar «a mis órdenes»!

—Gracias, señor —murmuró Fatty, modestamente—. ¿Me permite una sugestión, señor? Como hace mucho frío, propongo que vayamos todos a mi cobertizo a celebrar la cosa allí. Me consta que nuestra cocinera está haciendo pastelillos rellenos hoy, señor, y, además, tengo varias cosas que enseñarle, como por ejemplo una nueva dentadura postiza, un artilugio para agrandar las orejas y…

—¿Para agrandar las orejas? —interrumpió el jefe, soltando una carcajada—. ¡Oye, Federico! ¿Por qué no inventas algo para agrandar el cerebro y le das un poco al pobre Goon?

—¡Buena idea, señor! —sonrió Fatty.

Y se encaminaron todos a casa de éste, con inclusión de Ern. ¡Qué mañana!

¡Pero, ay, lo malo es que nosotros no podemos seguirlos! La puerta del cobertizo está cerrada y en el aire flota un exquisito olor a pasteles rellenos de frutas y especias. ¡Eh, Fatty! ¡Por lo que más quieras! ¡No tardes mucho en ofrecernos un nuevo misterio!

FIN



ENID BLYTON. Escritora inglesa nacida el 11 de agosto de 1897 en East Dulwich y fallecida el 28 de noviembre de 1968 en Londres. Su nombre completo fue Enid Mary Blyton, aunque publicó tanto con su nombre de soltera, Enid Blyton, como con el de casada, Mary Pollock. Es una de las autoras de literatura infantil y juvenil más populares del siglo XX, siendo considerada por el «Index Translationum» como el quinto autor más popular del mundo, ya que sus novelas han sido traducidas a casi un centenar de idiomas, teniendo unas ventas de cerca de cuatrocientos millones de copias. Sin embargo, ha sido habitualmente ninguneada por la crítica, que la ha acusado de repetir hasta la saciedad modelos narrativos y estereotipos. Es principalmente conocida por series de novelas como

Los Cinco y *Los Siete Secretos* (ambas ciclos de novelas cuyos protagonistas son jóvenes que forman una pandilla y que desentrañan misterios) o *Santa Clara*, *Torres de Malory* y *La traviesa Elizabeth* (ciclos ambientados en internados femeninos, la otra constante de su narrativa).

Notas

[1] «Tally-Ho», el nombre de la finca en cuestión, es una voz inglesa empleada por los cazadores de zorros, para apremiar a los sabuesos a la vista de una pieza. (N. de la T.) < <

[2] La pronunciación inglesa de ese apellido recuerda el silbido de un cohete. (N. de la T.) < <

[3] «Ladrando» se dice «barking» en inglés y, por lo tanto, rima con el apellido «Larking». (N. de la T.) < <